





TOMOS PUBLICADOS

I. **Primeros y últimos versos.**

II. **Una señora comprometida** *(Novela)*.
Del amor y otros excesos *(artículos)*.
Don Juan, el del Ojo pito *(Capítulos inéditos)*.

Imp. y Enc. de J. rueda.—Huertas 58.—MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO III

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.
1903

BUSILIS

(RELACIÓN CONTEMPORÁNEA)

Madrid, 1881.

PROEMIO

Esto no es una novela, ni siquiera un cuento.

Es un suceso que el autor presenció y que después ha dialogado.

Faltarán en él incidentes dramáticos, enredo, catástrofe; pero si como ha dicho Walter Scott, no hay nada más dramático que la realidad, esto pudiera ser un drama.

La protagonista es el modelo de la mujer hipócrita y engañosa.

Asunto ingrato, pero real.

I

JORGE ALLAND

Alland es un apellido francés; pero lo lleva un español, de lo más español que darse pueda. Consiste esto, en que Jorge nació en Valladolid, de padre francés y madre española, en el mes de Junio de 1843.

Tenía pues Jorge Alland al comenzar esta verídica historia, de treinta y dos á treinta y cinco años, porque los sucesos que vamos á referir, ocurrieron hará cinco, seis ó siete años.

¿Quién es ese señor Jorge Alland? dirá el lector curioso.

Pues este señor Jorge Alland, es uno de los jóvenes más *brillantes* y más celebrados de Madrid.

Jorge Alland, que vino á la corte sin más recomendación que su persona, ni más títulos que

el de abogado, se hizo muy pronto honroso lugar en Madrid de muy distintas maneras. Escribió notables artículos en los periódicos, hizo la defensa de un criminal condenado á muerte, defensa que publicó la prensa de Madrid, dándole toda la importancia que tenía, y declarando que el abogado era una notabilidad. Terció en todas las discusiones de las Academias y Ateneos, anunciándose como orador de palabra fácil y flúida. Tuvo un desafío con un neo, por haber éste dicho que la libertad era una mentira, y recibió un rasguño en un hombro, que le acreditó de liberal para siempre. En una palabra, Jorge Alland consiguió en poco menos de un año ser un hombre conocidísimo, *uno de nuestros primeros jurisconsultos* y uno de nuestros primeros oradores.

Vinieron los suyos; porque Alland tenía los suyos, y le colocaron.

Colocar á un hombre, en la jerga moderna, significa darle de comer por cuenta del Estado.

Alland fué nombrado segundo Jefe de una Dirección importante.

Allí probó que servía lo mismo para un fregado que para un barrido. Como letrado, resolvía los expedientes con una expedición que asombraba á los compañeros; como escritor, ponía unas notas que ni musicales; como hombre de partido, se esperaban de él grandes cosas.

Una vez conocido, estimado y acreditado, Jorge pensó en establecerse.

Había conocido en el Teatro Real á una encantadora muchacha, de quien se hacían lenguas todos sus conocidos.

Se llamaba Adela.

Tenía diez y nueve años y tenía trastornados á muchos hombres.

Era una mujer tan atractiva, que todo el que le hablaba una vez, no podía dejar de pensar en ella.

Pero ¡ay! Adela tenía un novio. Un excelente muchacho, con quien sostenía relaciones hacía cuatro años.

Jorge Alland sintió la necesidad de luchar con él y vencerlo.

Los padres de Adela resistieron aquella emboscada, en la cual, Adela, fuerza es decirlo, ayudó al enemigo.

Á pesar de lo arraigado de su amor, Adela comprendía que Jorge era el hombre del porvenir.

Una noche oyó esta conversación en casa de la Generala ***

Hablaban dos hombres políticos.

—¿Conoce usted á Alland?

—Mucho.

—¿Qué opina usted de él?

—Es uno de los pocos hombres que *han salido* en estos últimos años.

—Yo le he tratado poco, pero me parece una persona completa.

—¿Ese? Ese será ministro muy pronto.

Aquella noche hizo Adela su resolución. Vió á Jorge en el Teatro Real, que era su centro de operaciones, y le aseguró que estaba resuelta á romper con su novio.

Jorge saboreó su triunfo.

La posesión de Adela le entusiasmaba. Era una muchacha modesta, que no por eso dejaba de tener su reputación de inteligente, discreta y distinguida, y él, que no aspiraba á conquistar la hija de ningún grande, se consideraba feliz haciendo compañera de su vida á aquella señorita tan discutida.

Porque Adela erá discutida. Unos decían que su ambición la llevaría á cualquier parte.

Otros que en pasando de los treinta años no valdría nada.

Otros que era una *infamia* plantar al pobrecito del novio pobre por unirse á Jorge.

Débese advertir que todas estas observaciones las hacían las mujeres.

Jorge Alland pidió *oficialmente* la mano de su amada.

Los padres, aunque haciendo honrosas salvedades en favor del novio, á quien Jorge no conocía ni quiso nunca conocer, accedieron.

El novio amenazó con pegar un tiro, pero ¡cá!

Adela dió parte á todos sus amigos, humil-

des individuos de la clase media madrileña, de que se casaba con el distinguido hombre político.

Los periódicos publicaron sueltos anunciando la boda.

Los subordinados de Jorge le regalaron por suscripción una escribanía de plata.

Y se hizo la boda, que como todas las bodas, fué muy cara.

El lector soltero comprenderá tal vez estos últimos renglones, pensando que los casamientos son más ó menos caros, según quieren ó pueden gastar los novios.

¡Oh, no! Díjolo ya con oportunidad inolvidable un escritor comtemporáneo. «Se puede amar de balde, pero para casarse se necesita dinero.» Y acertara por completo si dijera.... y mucho.

Bocado caro es una boda; bien lo dice la locución familiar:—¡Poner casa!

Es decir, poner sobre el pelado suelo de un cuarto desalquilado todo lo necesario para vivir.

Y lo necesario es lo de menos. Lo de más es lo supérfluo. La vida moderna exije un número infinito de cosas que por ser supérfluas son necesarias.

Le superflu, chose tres nécessaire!

decía el poeta francés y tenía razón de sobra.

Puso, pues, Jorge, su casa, en la calle de su mismo nombre, porque él se llamaba Jorge Juan Alland, y se fué á vivir á la calle de Jorge Juan, número 4, cuarto segundo. La tranquilidad risueña de la luna de miel iba á ser realidad en el pacífico, alegre y atractivo barrio de Salamanca, único que en Madrid tiene algo de gran capital moderna. Pocos muebles, pero elegantes, algunas antigüedades, media docena de grabados al agua fuerte y otra media de fotografías de monumentos romanos, que revelaban buen gusto en el dueño, cortinas y alfombras de Bruselas, una panoplia con algunas espadas y coronada por un capacete toledano, libros en profusión, espejos y lámparas, todo esto vieron los vecinos transportar desde los carros de mudanzas al cuarto segundo, y se preguntaban unos á otros quienes eran los nuevos inquilinos.

Apenas uno pronunció el nombre de Alland, ya todo el mundo se dió por enterado. A Jorge le conocía todo Madrid; sus defensas como abogado, sus artículos como periodista, sus *actos* como hombre político, le habían dado á conocer en muy poco tiempo.

Por eso, apenas instalado en su nueva casa, y pasados los primeros quince días de novio en que un caballero y una señorita se ven obligados á pasar por todas las preguntas inconvenientes, todas las visitas inoportunas y todos

los consejos no solicitados, tolerando sonrisas maliciosas, indirectas deshonestas, y observaciones indiscretas, Jorge advirtió á su mujer que era necesario *dar parte de boda.*

Adela sonrió.

—¡Tan pronto! dijo: eso es de mal tono; ahora es moda tardar mucho tiempo en dar parte del enlace. Salvo tu opinión, yo creo que debiéramos dejarlo para Setiembre.

—¡Y estamos en Enero! dijo Jorge abriendo los ojos desmesuradamente.

Luego añadió:

—Quiero que sepas, hija mía, que yo necesito prescindir de esa costumbre, que consiste en retrasar lo más posible el ofrecimiento de casa. Me es indispensable atraer á nuestro encantador hogar á todos aquellos amigos y relacionados con quienes he alternado durante mi vida de soltero. No ignoras qué género de vida he hecho hasta hoy. El baile, la partida de caza, el almuerzo con el duque, la comida en casa de la baronesa, no eran simplemente caprichos, ni frívolos alardes de vida aristocrática. Yo pienso todo lo que hago, y el amigo A, la predilecta B, son los que me han ayudado indirectamente á ser lo que soy. Las relaciones tienen mucho de sociedad de socorros mútuos; todos nos necesitamos en el mundo, y si de soltero he logrado darme á conocer y levantar figura, no ha sido tanto por mis méritos personales, cuanto por mi

habilidad en saber aprovechar todas las ocasiones, todos los sucesos y todos los amigos. Ya casado, *establecido*, como suele decirse, unido á una mujer discreta, afable, distinguida, instalado en una casa, que si no está montada con lujo, por lo menos revela distinción y buen gusto en su dueños...

Jorge se detuvo viendo que Adela sonreía.

—¿De qué te ries? preguntó.

—No continúes, le dijo su mujer. Comprendido. Quieres dar parte de boda á todo el mundo y que hagamos la vida madrileña como todo el que está en juego.

Eso es, exclamó Jorge; eso es: precisamente esa es la frase. *Estar en juego*, yo necesito, mejor dicho, necesitamos *estar en juego!*

—Pero...

—¿Qué?

—Que para eso se necesita mucho dinero.

—Lo sé.

—Y no lo tenemos.

—También lo sé; pero á este propósito te recordaré la frase de un autor moderno.

¿A ver?

—Preguntábanle á un usurero cómo se había dejado engañar por un famoso derrochador y tramposo á quien le había prestado cinco mil duros. ...

¿Y qué contestó?

—Pues contestó sencillamente:—¡Qué quiere

usted! Yo se los presté.... porque vino á pedírmelos en coche!

Adela se echó á reir.

—Y tenía razón el usurero,—añadió Jorge. Las gentes ayudan al que ven próspero, ó que lo parece. ¿Piensas tú, Adela mía, que viviendo en un cuarto cuarto, reduciéndonos á una prudentísima economía, podríamos aspirar á ser algo en el mundo el día de mañana? ¡Oh! Si tú supieras cuántas veces he arrostrado yo empresas para las cuales se necesitaba tener la seguridad de un capital más ó menos pequeño, y apenas si tenía en mi poder lo suficiente para la vida material del siguiente día! Hay que vivir así, amor mío, el mundo, la sociedad, eso que se llama *las gentes*, no creen mas que lo que ven. No consiste el brillo en tener, sino en gastar; de ese modo se llega á lo alto, y una vez en la altura, se sale del apuro pasado y se entra sin máscara alguna en la vida de las comodidades positivas, reales y verdaderas, y del lujo auténtico, sin ningún género de disimulo.

Adela dijo entonces.

—Permíteme ser vanidosa un instante.

—Permitido.

—Creo que cuanto tú deseas se puede conseguir sin necesidad de adquirir compromisos graves.

—¿A ver?

—Gastando y triunfando, es indispensable hacer deudas.

—No puedo negarlo.

—¿Y si yo evitara ese gravísimo escollo que vamos á encontrar al principio de esta.... *navegación* matrimonial?

—¿Y cómo?

—Engañando al mundo.

—¿Pues no es eso lo que yo quiero?

—Sí: solamente que tú pretendes engañarle arruinándote y yo pretendo todo lo contrario.

—Explícate.

—Una mujer habilidosa, Jorge mío, puede convertir las pesetas en duros, y los duros en onzas.

—¡Eh!

Y al decir esto, Jorge Alland entornó los ojos como un corto de vista para mirar fijamente á su mujer.

—El vestido que comprado en casa de Escolar vale tres mil reales, se compra *de lance* por mil, las hechuras, por las que Honorina lleva cincuenta duros, salen de balde cuando una mujer sabe coser y velar y tiene las manos expeditas; el palco del teatro que vale cuatro duros, se adquiere de balde cuando un marido *mañoso* es ó ha sido periodista ó tiene amigos que lo son; los volantes que eran moda el año pasado y se quedaron pegados al vestido que ya no se lleva, se descosen, haciendo con ellos un adorno para

unas mangas. La comida diaria que nadie ha de presenciar, puede ser modesta seis dias, y de esa manera, el sétimo se puede convidar á un par de amigos, que salen diciendo lo bien que se les ha tratado; hasta los brillantes que las mujeres de los millonarios ostentan, los puede lucir la esposa del abogado Alland; porque en París ó en Londres se venden falsos que parecen verdaderos y por mil francos se adquieren alhajas que deslumbran lo mismo que las que valen un millón de reales....

Jorge Alland se levantó, dió á su mujer un abrazo, y la besó en la frente.

—¡Bendita seas! exclamó. Adiviné la primera vez que te ví todo lo que había dentro de esta cabecita de angel! No necesito yo más que una mujer como tú; yo tengo ambición travesura y osadía Tú tendrás toda la habilidad necesaria para ayudarme á subir sin detrimento de nuestro crédito....

—Y tú serás ministro, dijo Adela un poco menos risueña.

—¡Hola! ¿Eres ambiciosa?

—Supongo que todos los sacrificios que propongo imponerme desde este momento no merecen menos de una cartera....

Jorge soltó la carcajada.

—¡Pues no faltaba más! gritó. Cuando lo han sido ya tres condiscípulos míos y siete ú ocho amigos íntimos que valen menos, ¡pero mu-

chísimo menos que yo! Nada, nada, prometido. Adelita, prometido. Y ahora, busca todas las tarjetas tuyas y mías y trae papel y tintero y vamos á hacer la tirada de los ofrecimientos de casa.

—Al momento.

—Yo entretanto voy á buscar mis cartas y papelotes donde consta la mayor parte de mis relaciones.

Adela salió por una puerta que conducía á su cuarto. Jorge salió por otra que conducía al despacho.

Los dos iban cantando por los corredores de la casa. Al llegar al despacho, Jorge dijo para sí.—Es un angel! Y adela dijo también para sí.—Lo pintaban tan listo.... después de todo es un buen muchacho.

II

CARTA SENTIMENTAL

Coincidencia singular...

Pero sin las coincidencias, ni habría dramas, ni novelas, ni siquiera vida real.

Walter Scott lo ha dicho.—Nada hay más novelesco que la realidad.

Por eso el autor no teme la sonrisa que tal vez asoma ya á los labios del lector malicioso. Narra y confía en que la curiosidad del que leyere será lenitivo de su propia incredulidad.

En la misma casa donde sucedía la escena que acabo de referir, en el cuarto cuarto interior de la derecha, y un mes después de la boda de Jorge, un hombre, un joven, casi un niño, estaba poco menos que echado de bruces sobre una mesa, escribiendo con vertiginosa rapidez una carta que decía lo siguiente:

«Madrid 5 de Mayo de 1870.

Querido Ramón: Necesito desahogar mi corazón y voy á contarte lo que me pasa; tú has sido

siempre mi mejor amigo, consejero en mis adversidades, consuelo de mis pesares, partícipe de mis alegrías...

¡Soy el hombre más desgraciado del mundo!

¿Querrás creerlo? Adela, aquella Adela, cuyas cartas conservo aún, cuyo retrato llevo todavía en la cartera, aquella enamoradísima Adela, que durante dos años ha sido mi alma, mi vida, mi ser entero, con quien yo pensaba vivir mientras me durase la existencia... se ha casado hace un mes con otro!

Dirás á esto que algún motivo poderoso habrá tenido para ello; supondrás que yo la he despreciado, que alguna ofensa grave hecha á nuestro amor por mí, será la causa de este inesperado acontecimiento...

No, querido Ramón, no ha sucedido nada, absolutamente nada, sino que Adela ha hecho—ella lo supone así—una boda de conveniencia.

Hará como dos meses fuí á verla (ya sabes tú que yo entraba en su casa con el permiso de sus señores padres, todos los días del año) y la encontré triste. Pregúntela qué tenía, me respondió vagamente, insistí en mis preguntas, y entonces me dijo que no estaba buena. Interrogué á su madre, la cual me aseguró que no sabía nada de tal enfermedad; también se me figuró que su madre estaba triste.

Al salir de allí, encontré en la escalera á Teresa, una antigua sirvienta de la casa, que ha

sido durante largo tiempo, confidente de estos malaventurados amores míos.

Me miró sonriendo de una manera especial, y me dijo:

—¿Con que... tenemos boda?

Al pronto no supe qué responderle, porque no entendí bien la pregunta; por fin le dije:

—Ya sabe usted, Teresa, que he ofrecido á la señorita casarme con ella cuando termine mi carrera, y no ignora usted que me faltan dos años. No comprendo la pregunta que acaba usted de hacerme...

—¡Ah! El señorito no sabe...

—¿Qué?

—Nada, nada, buenas tardes, me están esperando los señores,—dijo—y echó á correr escalera arriba.

Yo me quedé en el descanso de la escalera viéndola subir, y sin resolverme á llamarla; comencé á adivinar lo que sucedía y bajé los escalones con tan vacilante pie, que más de una vez creí rodar un tramo.

—No, no es posible, iba yo pensando.—En el seno de una familia honrada no cabe una infamia como la que me dejan entrever las palabras de esa criada indiscreta. En esta casa se me ha recibido siempre como á un hijo; los padres de Adela saben que mi propósito de casarme con ella es tan sincero como irrevocable; ella me ama, tengo mil pruebas de ello, y creo conocerla lo

bastante para comprender que no cambia de opinión en un momento.... no, no es posible....

Te aseguro, querido Ramón, que al llegar al portal, y á pesar de que aún no era la hora del crepúsculo, no distinguía claramente los objetos; una nube, mil sombras me cruzaban por delante de los ojos, y sentía que me faltaba la vida. Teresa debió observarme desde arriba y debí darle lástima, porque la vi bajar precipitadamente y preguntarme:

—¿Qué es eso, don Horacio, está usted malo?

Apenas pude contestarle; pero ella que me vió apoyado contra la pared sin decidirme á dar un paso, fué corriendo á la portería, sacó una silla baja, y me la ofreció diciendo:

—Vamos, siéntese usted, don Horacio, siéntese usted y descanse. ¿Qué ha pasado? ¿Le han dado á usted ya el *trago*? Yo creí que todavía no...

A esta palabra, que me hizo el efecto de una estocada, volví en mí, y avancé hacia la doncella con tal ademán, que la pobre mujer retrocedió asustada. Tú no puedes figurarte, amigo mío, el efecto que en mí produjo aquella palabra *trago*, modo especial con que el vulgo suele llamar á las malas noticias. En el *trago* que yo no había sorbido aún, y que la afable Teresa daba por recibido, adiviné, no ya la felonía de mi novia y su traición, que tuve desde aquel momento por indudable, sino la premeditación de que nos habla la ley; la fría premeditación con que á no

dudar, se venía fraguando en casa de Adela mi desdicha; como el poeta, cuando oí aquella chavacana palabra...

...sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas,
y grité:

—¡Hable usted! ¡Hable usted! ¿Qué sucede?

Teresa entonces miró hacia arriba para ver si bajaba algún vecino, miró después al portal para ver si entraba algún transeunte, y me dijo temblando:

—¡Ay don Horacio de mi vida! Ya veo que le ha dado á usted una desazón que yo creia *tenía usted ya en el cuerpo*...

La cogí por la mano, la llevé á la portería, donde no había nadie, cerré la puerta de cristales, á través de los cuales se vé desde dentro quien entra y sale, la hice sentar precipitadamente en una sillita de labor, y sentándome yo sobre un arca de madera le dije con tan suplicante acento que no pudo negarse á mi ruego.

—Teresa, ¿tiene usted hijos?

—Tengo uno, respondió.

—Pues por la salud de ese hijo, le pido á usted, le ruego, como le rogaría á mi madre, que me diga todo lo que sepa y pueda interesarme.

La pobre mujer, ya por compasión ó por natural deseo de contar historias ajenas, me reveló todo lo que yo, torpe de mí, no había ni sospechado en tanto tiempo.

Por ella supe que hacía dos meses frecuentaba la casa un caballero alto, buen mozo, muy rico, y *muy nombrado*; que este caballero iba siempre antes ó después que yo, y pasaba una hora hablando con la familia reunida; que algunas noches venía á la hora del teatro y salía con Adela y sus padres, volviendo luego con ellos á las doce y media y despidiéndose desde la puerta. (Adela me ha asegurado siempre que se acostaba á las diez y media, y yo con una ciega buena fé he renunciado durante todo el invierno á toda diversión, recogiéndome á estudiar á las ocho y media, y poniéndome á las once á escribirle cartas que duraban hasta la una!)

Supe además, que este caballero había pedido la mano de Adela á los padres de ésta; que los padres se lo habían comunicado á la hija y que la hija había dicho, que aunque me quería con toda su alma (¡su alma!) obedecería sin repugnancia. La antigua criada de la casa había oído esta conversación y otras de que te daré cuenta, y luego las había trasmitido á la portera, de quien es devotísima y algo parienta.

El caballero se llamaba don Jorge; en la casa sabían que disfrutaba de muy buena posición; *que había de ser mucho en este mundo*, porque su porvenir era brillante; que figuraba mucho en Madrid y que se *rozaba con lo mejor*; que servía en un destino *muy gordo* y que *tenía mu-*

cho saber. Todo esto lo daban padres y criados como cosa segura.

Había habido grandes y animadas discusiones entre los padres y la hija, sosteniendo lo mismo en la mesa, que alrededor de la labor en las noches del invierno. Los padres decian que era preciso desengañarme; Adela convenía en que tenían razón y al mismo tiempo lloraba siempre que pronunciaba mi nombre. Aseguraba que ella no se atrevería nunca á desengarme, porque le faltaría valor para ello, y entonces sus padres aseguraban que ellos también se declaraban inhábiles para dar á mi corazón golpe tan rudo. Debo hacer justicia á la rectitud del padre de Adela; comprendo su deseo de enlazarla á un hombre rico, sobre todo comparado conmigo que nada poseo, pero al llegar el momento de decirle al hombre en quien ha visto hacia su hija ciego y desinteresado amor la horrible verdad de su desengaño, ¿cómo podría mirarme cara á cara sin enrojecer de vergüenza? La madre hubiera sido más á propósito para desempeñar misión tan dura; ella no veía, según confesaban los criados, sino que su hija se casaba con un hombre que la llevaría al mundo, que la elevaría á una gran posición y la sacaría, en fin, del modesto rango social en que vivía. Ante esta consideración, mi amor, mi consecuencia no significaban nada; Adela lloraría después de casada su equivocación, y las

privaciones entibiarían un amor que hoy parecía inquebrantable; una madre debe ser más práctica que todo eso, y la de Adela sostenía en las conversaciones familiares, que nuestros amores eran una verdadera niñada que el tiempo borraría; más aún, convencida de lo que decía á todas horas, faltábale el valor para decirme en una ú otra forma una frase, que en último resultado tendría esta traducción.—Caballero, hemos resuelto de común acuerdo retractarnos de cuanto le hemos ofrecido; ni mi hija le ama á usted hasta el punto de perder la ocasión de hacer una boda brillante, ni nosotros llevamos nuestra formalidad hasta el extremo de desaprovechar, no faltando á ella, la ocasión de asegurar el porvenir de nuestra hija.

En cuanto á Adela... ¡oh! la conducta de Adela es inexplicable, es el colmo de la deslealtad, revela un corazón perverso y sin el menor sentimiento delicado... porque ya lo ves, querido Ramón, Adela ha estado durante dos meses asegurándome ciego amor todas las tardes, y *tal vez* asegurando lo mismo á otro; por lo menos, y puesto que ni sus conversaciones según los criados aseguran han sido siempre generales y en presencia de sus padres, habrá manifestado á ese bombre una predilección sobre mí...

Aquí se detuvo el hombre que estaba escribiendo, se enjugó dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas y continuó:

—Te he dicho al principio, que necesitaba desahogar mi corazón, y debo declararte, que esta carta no es sólo la expresión de mi dolor ó de mi ira, no, Ramón; es que... amo todavía á Adela. Sólo á tí pudiera hacerle esta confesión, que otro cualquiera oiría con disgusto, viendo en mí tan poca dignidad, como sobra de corazón. La amo... y quisiera al mismo tiempo... no sé lo que quisiera, hay en el corazón movimientos tan encontrados, amigo mío, que sería imposible describirlos. Ya hablaremos de esto á nuestra vista; ahora continúo mi relación.

Adela,—y sigue el extracto del relato doncellil,—declaraba, como sus padres, que no tenía valor para decirme lo que en su hogar se fraguaba. Sus padres, medrosos como ella, y egoistas á la vez, decidieron que ella misma fuera quien me diera la fatal noticia Resistíase la traidora enemiga de mi corazón, y en estas dudas y temores dejaban padres é hija correr los días.

A todo esto, el único feliz, á mi juicio, era el futuro esposo de mi novia; porque se había tenido buen cuidado de ocultarle mis amores, y... ¡oh extrañas deferencias de la delación! ni un amigo de la casa, ni siquiera un enemigo de la familia (que los tendrá, porque nadie vive exento de ellos), ni un criado, ni la misma sirvienta que tantos obsequios me debía, le habían descubierto á él la doblez de las personas con quie-

nes pretendía emparentar; á mí en cambio se me descubría por casualidad ó por cualquier otro móvil toda la horrible verdad de aquella irritante conducta.

Comprendí en las últimas frases de aquella mujer todo lo que significaba la seriedad (que yo juzgué tristeza) impresa en el rostro de Adela y en el de su madre aquella tarde. Adiviné que se preparaban á darme la terrible nueva ó tal vez á buscar un pretexto de rompimiento. Mi primer impulso así que Teresa terminó su relación, fué subir á casa de Adela, insultarla, denostar á sus padres...

Me faltó valor para ello. Aun en medio de mi desesperación, tuve calma para pensar en algo noble y desinteresado por parte de Adela. Como la amaba, no quería ver en ella doblez, y suponía que sus padres la obligaban á hacer un matrimonio de conveniencia .. ¿pero por qué no fué ella franca conmigo? ¿No es verdad? ¿No debía yo pensar así?

Salí de aquella casa derramando lágrimas abrasadoras. Tuve necesidad de tomar un coche para llegar á mi domicilio. Pensé en contar á mis compañeros cuanto me pasaba, pero temí que se burlaran de mí. Ellos no sienten las cosas como yo; la alegre vida de estudiantes se compadecen mal con el idealismo y la poesía de que yo hago alardes, que ellos llaman ridículos. Estudian su curso de anatomía ó de patología

interna, requiebran á todas las muchachas, fuman, beben ó juegan cuando tienen dinero, y cuando no, buscan distracciones en las que no sea necesario gastarle. Para ellos es una tontería venir á Madrid á enamorarse y perder el curso; prefieren divertirse, ganar el año y sacar partido de todo lo que les rodea, y no entienden de sueños, esperanzas ni matrimonios. Yo soy constante objeto de sus bromas; según ellos, Adela lo que quería era *cazarme* y me llamaban *bobo*; si ahora les contara yo que Adela me había engañado, se reirían de mí, y el amor propio es la única de nuestras pasiones que nunca se ofusca; vé siempre claro y nos manda siempre evitar la risa agena.

Llegué á nuestra modesta casa de huéspedes de la calle de Tudescos; uno de mis compañeros embromaba á la patrona, otro cantaba, el otro dormitaba sobre un sofá con un libro medio caído de las manos. Los demás estaban al balcón haciendo señas á unas mujerzuelas que viven enfrente.

Aunque observaron mi hondo pesar, creyeron que era la natural melancolía que en mí siempre notaron, hasta ponerme el apodo de *Macías*. Llegó la hora de comer y no fuí á la mesa. Me arrojé vestido sobre la cama y les hice creer que estaba enfermo. Oí que se condolían de mi situación, atribuyendo mi enfermedad y cuantas pudiera tener al *amelonamiento* (así llamaban á

mi amor) por Adela. Uno de ellos decía en voz baja, aunque no tanto que yo no lo oyera, que Adela era una coqueta, por quien un militar se había pegado un tiro en Valladolid; otro pedía señas concretas de mi novia, como recordando algo al oir la relación de este suceso, y de pronto díjo:—Pero... esa Adela es hija de uno que era empleado en la Dirección de la Deuda...—La misma.—¡Uf! Y á esta exclamación siguió una carcajada general. Diéronme ganas de saltar de la cama y salir á interrumpir aquellas burlas dando de bofetones á todos mis compañeros; pero luego pensé si el equivocado sería yo, si tendrán ellos razón, si durante dos años habría cubierto mis ojos el amor con venda tan tupida, que me impidiera ver la verdadera situacíón de aquella familia, sus condiciones y defectos...

En esto entró la criada con una carta; antes de que llegase á la cama para dármela adiviné que era de Adela. Me incorporé, la cogí y la abrí con tal prisa, que la rompí en dos pedazos.

Tengo esa carta sobre la mesa y la copio literalmente. Decía así:

«Horacio mío: No puedo engañarte más tiempo; nuestras relaciones son imposibles ya. Soy una hija que se sacrifica á la voluntad de sus padres, y aunque te amo, no puedo desobedecerles. Hay en la resolución que debo tomar al-

go superior á mi amor, aunque esta declaración ofenda al que por mi sientes; la felicidad de mis padres, su bienestar en los últimos años de su vida. Además yo no tengo valor para acelerar su muerte, negándome á una boda que ellos ansían ver realizada. Harto te digo con esto. Evítame el rubor de verte; ten compasión de la pobre hija obediente que debe casarse muy pronto con un hombre á quien apenas conoce. No pretendo ofenderte con esto. Creo que si no te hubiera conocido antes que á él, si no hubiera comenzado á amar oyendo tu primera declaración de amor, mi primera pasión hubiera sido para este hombre, en quien veo una ciega pasión por mi, y un deseo tal de acomodar á mis menores deseos su corazón y su porvenir, que lo repito, si Horacio no existiera, Jorge sería el amor de mi vida.

¿Sentirás tal vez que le haga justicia? Acaso los celos te infundan odio hacia mí, porque te hablo con desusada franqueza, pero en el estado actual de las cosas, debo hablarte así, Horacio. Al cumplir mi deber como hija sumisa, comprendo que en un porvenir más próximo ó más lejano, Jorge logrará ser amado por mí, si no tanto como tú lograste serlo; por lo menos como debe serlo el hombre honrado y amoroso á quien la suerte ó Dios me depara para marido. Y todas estas observaciones, que son inoportunas, las hago en esta postrera carta para

que sepas desde hoy la inquebrantable barrera que nos separa. Yo te amo aún, Horacio, pero de hoy más, el deber me liga con indisoluble lazo á otro hombre, y espero de la nobleza de tu corazón que no intentarás salvar la distancia con que el honor y el respeto nos separa. Ya no me pertenezco. Adios, Horacio, adios para siempre.»

No se me ocurre, querido Ramón, más que una observación para terminar esta carta. La mujer que escribe así... tiene diez y nueve años. La lectura de esta carta me sumió en un mar de tristes reflexiones: Adela me revelaba un talento superior al que yo le había reconocido hasta entonces, y aunque este talento se empleaba en mi daño, me excitaba desde aquel momento á sondearlo aún más, á luchar con él. Me convencí entonces de que aún en la pasión nada egoista del amor, el contacto con un ser que nos parece superior cuando le creíamos igual en mérito á nosotros, en lugar de producirnos la admiración que el talento aniversalmente reconocido nos causa siempre, despierta en nosotros, aunque pretendamos engañarnos, un resentimiento que nos incita á luchar con quien acaba de superarnos en astucia ó en sagacidad. Mi desesperación tuvo un momento de lucidez; comprendí mejor á Adela en aquella carta, que en un año de relaciones. Adiviné que quería librarse de mí *de una vez*, y evitar para en ade-

lante escenas violentas, conversaciones agrias, reconvenciones y disgustos. Sentí la necesidad de vengarme.

Salté de la cama con ánimo decidido de ir á casa de Adela y promover un escándalo. Sin despedirme de mis compañeros salí de casa, bajé la escaleras precipitadamente, llegué á la calle, y comencé á andar con una rapidez extraordinaria. Era ya de noche y ya sabes que en esas primeras horas discurre mucha gente por los alrededores de aquel barrio populosísimo. Chocando con los transeuntes pacíficos, oyendo confusamente el ruido de los carruajes y murmurando palabras iracundas que yo creía pensar y que á pesar mío pronunciaba en voz bastante fuerte, seguí toda la calle de Tudescos, salí á la de la Luna, donde el movimiento y el ruido eran mucho mayores. Notaba que me miraba la gente y que algún curioso se detenía á verme pasar. Dos ó tres muchachos desarrapados comenzaron á ponerse á mi lado y á seguir mi camino mirándome y diciendo cosas que yo no oía, porque ya entonces los sonidos no llegaban claros y distintos á mi oído. El rumor de la gente me parecía inmenso, la concurrencia se multiplicaba, observaba con extrañeza vaga que cada coche de plaza llevaba diez ó doce luces, escuchaba á ambos lados preguntas extrañas; al pasar por un gran café, cuyas ventanas estaban abiertas, vi dentro un millón de

quinqués reflejando en millares de espejos, y el ruido de un piano, de los vasos y de las cucharillas, de la gente que estaba sentada, me parecía una orquesta infernal; cada parroquiano tenía tres ó cuatro cabezas y bailaban sentados en sus bancos, y sin haberme detenido para ver aquel fantástico espectáculo que hallé al paso, seguía andando y viéndolo y oyendo á la vez los gritos de los vendedores de periódicos, las campanillas de las mulas de un carro, las blasfemias de un carretero, la danza que tocaba una murga, las campanas de una iglesia, el rumor sordo de las pisadas de la gente y la voz de un ciego que pedía limosna; y yo seguía andando á toda prisa, y hablando en voz alta, pero no palabras francas sino voces balbucientes, insultos incoherentes, maldiciones y amenazas, recibiendo aquí un empujón, más adelante un codazo, allá un insulto, más adelante una grosería, y oyendo á lo lejos, no sé dónde, pero clara y distinta, la voz de Adela que llamaba á su Jorge, y viéndola entre sombras azules y rojizas que me cruzaban por delante de los ojos, sonriente, feliz, rompiendo en sonoras carcajadas.... De pronto ví que toda una manzana de casas se tambaleaba, se avanzaba hacia mí con toda su inmensa pesadumbre.... me detuve, busqué donde apoyarme y cogí fuertemente el brazo de alguien, que me dió una violenta sacudida.... y entonces, viendo desplomarse las casas y hun-

dirse el pavimento y revolotear la luna como una mariposa de fuego.... incliné la cabeza sobre el pecho, senti resbalárseme los pies, y caí.

III

CONTINÚA ESCRIBIENDO

EL INCAUTO JOVEN

Cuando abrí los ojos me hallé en mi cama, rodeado de mis compañeros.

—¿Cómo vá eso? me dijo sonriendo con afabilidad uno de ellos.

Apenas pude contestarle; sentía una debilidad extraordinaria y parecía que las palabras se resistían á asomar á mis labios. Por fin pude preguntar:

—¿Qué hora es?

Pero lo dije tan torpe, con tan marcada tartamudez, que mis compañeros se miraron unos á otros.

—No hables, me dijo Sebastián, que era el más formal, y á quien nosotros llamábamos *el doctor*, porque le faltaban no más que cuatro meses para acabar su carrera.

Quise hablar, sin embargo, pero no pude.

Entonces ellos se salieron del cuarto y comenzaron á hablar en el inmediato, pero en voz baja y con singular animación. Todo enfermo es suspicaz y la gravedad de nuestros males no se nos oculta nunca. Adiviné que mis amigos discutían sobre el estado en que yo volvia á hacer uso de la palabra. Sebastián volvió á poco rato con un lápiz y un papel colocado sobre uno de los libros de texto.

—¿Podrás escribir? me dijo.

Dije que sí con los ojos, y logrando incorporarme un poco escribí algunas preguntas con tal prisa, que Sebastián apenas podía entender las desaliñadas palabras.

Así, por escrito, y durante un cuarto de hora supe lo que por mí había pasado.

Habían transcurrido *diez días* desde que caí como herido de muerte sobre los adoquines de la calle de la Luna. Parece ser que la gente me rodeó, que unos guardias se preparaban á llevarme á la casa de socorro, y en aquel momento acertó á pasar por fortuna mía, el conserge de la Academia de San Carlos, quien, reconociéndome, logró que se me condujera á mi casa.

Según Sebastián, yo había pasado un ataque cerebral, de cuya favorable crisis dudaron él y los demás compañeros. Mi tartamudez actual podría ser un principio de derrame seroso, que aunque lento y de probable curación, me aterró .Los estudios que yo cursaba y la impa-

ciencia que sentía de restablecerme, me hacían más temeroso y aprensivo. Formulé en el papel esta pregunta.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaré en curarme?

Sebastián me dijo después de pensarlo un poco:

—Un mes ó mes y medio.

No le contesté: me dejé caer sobre la almohada y cerré los ojos. Oí á poco que Sebastián se retiraba y les decía á los muchachos con acento de cariñosa compasión.

—¡Pobre chico! Apenas ha recobrado el uso de sus facultades mentales, y ya está pensando en su desastrado amor.

—¡Reniego, archi-reniego de todas las mujeres! decía Luis, otro de los estudiantes mis compañeros. Pensar que un hombre se vea así por una coquetuela...

A lo que añadió Sebastián:

—¿Y quién es el valiente que le dice que Adela se ha casado anoche?

Al oir esto, sentí algo parecido á lo que en el momento de caer sobre las piedras de la calle había sentido quince dias antes. Indudablemente hice algún movimiento ó murmuré algún quejido, porque al abrir los ojos para librarme de las ráfagas de mil colores que me pasaban ante la vista, volví á encontrar á mis cuatro compañeros alrededor de mí.

—Nos ha oido, dijo Luis.

Yo hice un mohín afirmativo.

—Ea, pues ya que lo sabes todo, exclamó con dulzura Sebastián, no hay más sino pensar en curarte, procurando olvidar pasadas amarguras.

Cuando un gran dolor nos sorprende solos ó al lado de seres con quienes nos está vedada la expansión, el desconsuelo de nuestro corazón es infinito; pero cuando podemos hablar de nuestra desventura, y aquellos que la saben la comprenden y nos ayudan á sobrellevarla, entonces la amistad supera á todo lo que pueden dar unidas la religión y la ciencia para sostén del ánimo y alivio de la materia dolorida.

Mi convalecencia fué larga; pero tuve siempre al lado uno de mis compañeros, que no solamente me consolaba, sino que me distraía. Afables, cariñosos, bromistas, apurando todos los chistes y cómicas consideraciones que á un estudiante de buen humor puede sugerirle la doblez de una mujer que no le interesa, cada uno de aquellos hermanos, porque como tales se condujeron, me abreviaba el tiempo y me adelantaba la cura. Yo quería olvidar, y no podía. Solía distraerme, pero cuando me quedaba solo con mis recuerdos sufría horriblemente. Hubo necesidad más de una vez de apelar á la morphyna para que el sueño calmara la constante excitación de mi cerebro. Si mi mal hu-

biera reconocido una causa vulgar me habría curado en diez dias. Mi cerebro estaba constantemente alterado y la curación debía ser mucho más lenta.

Por fin logré hablar un poco más claro. Mis compañeros, siempre de acuerdo con nuestro profesor, que se interesaba mucho por mi salud, me propinaron remedios acertados. El mismo profesor vino á verme dos tarde y completó el diagnóstico con el mismo interés que hubiera desplegado con su hijo.

Pero el tiempo no había pasado en vano; la época de los exámenes estaba tan próxima, que sólo faltaban veinte días para que llegara; yo no había estudiado gran cosa durante el curso, distraído con mis malaventurados amores y confiado en estudiar en un mes lo que no hubiera aprovechado en seis. Ahora estaba convaleciente, mi cabeza no resistía la lectura de una página. Había perdido un año en mi carrera, y me aterraba la idea de volver á mi pueblo.

Tú conoces á mi padre tan bien como yo: sabes que es rígido hasta la exageración, inexorable en materias de educación, y capaz de morirse de pena sin declararla al tener que castigarme, sin dejar por eso de hacerme sentir su rigor. La pérdida de un curso, me lo ha dicho siempre, sería una falta imperdonable; agrega á esto los inmensos sacrificios que á mis padres cuesta mi estancia en Madrid y los gastos de mi

carrera, y comprenderás si mi terror era fundado. Me faltaba el valor para escribirle lo que me sucedía; sabía que si al tranquilo hogar del honrado montañés llegaba una carta mía en que le hiciera saber que las grandes economías del pobre labrador durante todo un año habían sido arrojadas á la calle por un hijo desaplicado y que su nombre con cuya gloria adquirida por mí sueña el día y noche figuraba en la lista de los desaplicados ó ausentes del examen, ó le mataba el disgusto ó me castigaba de modo tan duro, que me doliera mientras viviera. Me ví ya condenado á ser labrador y no salir de la oscura aldea nunca; me consideré maldito y echado de mi hogar; medí, en fin, la magnitud de mi desventura, y resolví inventar algo para engañar al pobre viejo que me esperaba contando los días que faltaban para el comienzo de las vacaciones.

¿Y mi madre? Mi pobre madre con sus sesenta y cinco años y su esperanza puesta en mí? ¿Qué diría al saber mi imperdonable descuido? ¿Qué supondría conociendo el caracter de su austero marido? ¿Cómo podía llevarla una noticia tan grave, ni como me atrevería á escribírsela quedándome en la terrible duda de si al leer mi carta se moriría de pena? ¿No acababa yo de saber por experiencia que una gran emoción producía una gravísima enfermedad? Y en igualdad de casos, ¿podría resistir la po-

bre anciana lo que yo, gracias á mi juventud y complexión robusta había dominado?

Estos pensamientos unidos á los tristísimos, amargos y desoladores que me producía el desdichado fin de mis relaciones amorosas, me sumieron en abatimiento tan profundo, que parecía faltarme la vida. Salía á la calle y apenas tenía fuerzas para andar; un sudor frío constante parecía inundarme; una tarde al pasar por delante de un almacén de espejos, me ví tan pálido y demudado, que sin ser dueño de mi voluntad, rompí á llorar, viéndome obligado á meterme en un coche y volverme á mi casa para no llamar la atención de las gentes. Nunca más que entonces me hubiera convenido volver á mi país, respirar el aire de la Montaña y olvidar, pero ya te he dicho que no tenía valor para ello y aquella misma tarde tracé en una carta una sarta de mentiras criminales para que mis padres las leyeran al día siguiente.

Les dije que mi cariñoso profesor de fisiología, teniendo en cuenta mi aplicación y lo escaso de mi peculio, me había encargado un trabajo que me ocuparía todo el verano; debía corregir las pruebas de una importante obra que mi profesor iba á dar al público en Septiembre y que confiaba á mi cuidado mientras él se marchaba á pasar el verano en el extranjero; además, tenía que allegarle datos para otra que tenía imaginada y todo esto requería una asi-

duidad extrema; pero en cambio, me produciría un pequeño sueldo mensual, con el cual podría vivir sin que ellos tuvieran que hacer gasto alguno por mí. Como ves, esto debía agradarles y hacerles llevadera mi ausencia. Yo arrostraba en cambio un porvenir tan negro como mi fortuna. No sabía de qué iba á vivir.

Pasó un mes, mis compañeros fueron volviendo á sus pueblos, ignorantes de mi plan. Quedéme solo en la casa, y temeroso de no poder en adelante pagar mi manutención, resolví marcharme de allí, pretextando que iba á pasar el verano en mi aldea. Busqué lejos de aquella parte de la población un cuarto modesto, y le hallé en el alegre y tranquilo barrio de Salamanca. Un cuarto cuarto interior, con vistas al campo, si merece este nombre una gran extensión de terreno tortuoso y negruzco, donde dentro de algunos años edificarán nuevas casas los que compren esos terrenos, hoy en venta; pero mi nueva vivienda era muy linda, muy ventilada, muy solitaria y muy barata. Un mes adelantado y otro de fianza me costaron catorce duros. Una cama, una mesa de noche, una mesa-camilla; dos butacas de gutta-percha y media docena de sillas de Vitoria, me costaron trescientos reales una mañana en las *Américas* del Rastro. Todavía me quedaban unos cuatrocientos reales para vivir *todo el verano*. Así que tuve preparada mi nueva habitación, me despedí de

mi patrona, que se permitió abrazarme tristemente, mirándome de un modo tal, que no me dejó lugar á dudas. Aquella mujer creía que yo no viviría dos meses.

De esto hace diez días, Ramón. Aquí estoy solo, completamente solo, en una casa casi vacía de mobiliario, pensando en Adela y en mi porvenir, y creyendo á mis solas, que si me ha faltado el valor para volver á mi hogar no me considero desgraciado mientras viva en Madrid.

¡Triste resumen de esta carta! Cuando pienso en Adela,—y pienso en ella á todas horas,—creo que ella está pensando en mí todavía. A pesar de cuanto han hecho mis compañeros para infundirme desprecio á esa mujer, á pesar de lo que ella misma ha hecho.... pero te conozco, Ramón, sé que asoma á tus labios una sonrisa ó desdeñosa ó burlona. Como los demás, juzgas á Adela mal. Yo no puedo: leo y releo su carta y me obstino en creer que está escrita con sinceridad. Mi enfermedad me ha impedido cometer alguna violencia y seguir el curso de los sucesos. Debo alegrarme? Mientras nada sé de ella puedo consolarme pensando en que dijo la verdad al escribirme, con calma y reflexión, y sin verla *todavía*, tal vez averigüe algo que me consuele; acaso sepa que Adela es desgraciada en su matrimonio... que yo puedo ser algún día su libertador, porque Adela, si he de creerla está opresa... por otra parte, esto sería indecoroso y

bien se vé que ella arrostra su desventura con todas las consecuencias; bien claro me lo dice; jamás faltará á su deber.... no revela esto un alma honrada y una severidad de principios....?

Pero si todo esto es mentira, como supuse yo el día en que recibí su carta y como aseguran mis compañeros....

Si Adela fuese una miserable embaucadora... una mujer sin corazón que necesitaba á toda costa un hombre ajeno para hacer olvidar el suyo....

¿Quién puede ser ese Jorge con quien se ha casado? Qué circunstancias han podido concurrir en esta boda....

Ay Ramón, yo me pierdo en un mar de horribles confusiones; mi salud se consume, la melancolía me devora y me considero solo en el mundo.

Aquí, en este solitario cuarto donde ahora vivo, nada viene á turbar mi pena. La calle es silenciosa, la vecindad tranquila, apenas se oye ruido.... desde que vivo aquí, solo un sonido ha llegado hasta mí para distraerme. Parece ser que han venido anteayer á habitar el cuarto principal unos recién casados. Una de las ventanas de mi cuarto dá al patio; desde ella se ven las galerías de cristales del cuarto cuarto principal y del segundo, y aunque los cristales son raspados y no permiten ver lo que pasa dentro, por la noche, cuando la lámpara de un pasillo

deja pasar su reflejo por esos cristales opacos, suelo ver pasar corriendo uno tras otro á esos dos seres tan felices. Sólo se dibuja á través de las vidrieras el contorno de los dichosos novios, y les he visto perseguirse, pasar juntos cogidos del brazo ó abrazándose el talle mútuamente.... me alegro de que los cristales no dejen ver más que las siluetas, porque no quiero conocer á nadie que sea dichoso. Y sin embargo, yo debiera estar agradecido á la vecina del principal, por que como te decía antes, el único sonido grato que aquí se escucha se lo debo á ella. Por las noches suele tocar algunos valses que me recuerdan otros que Adela tocaba. Hay uno sobre todo, que le he oido tocar mil veces... ¿Quién será?

Adiós Ramón, necesito llorar. Escríbeme pronto. Dime algo, aconséjame, ó ven! Sólo tú puedes comprender lo desgraciado que es tu mejor amigo.

HORACIO.»

Al pié de esta carta puso Horacio las señas. La envolvió en un sobre y la arrojó sobre la mesa.

Después cayó de bruces sobre la mesa aquella y rompió á llorar ruidosamente.

Así le sorprendió la noche.

IV

DE COCHE Á COCHE

A mediados de Mayo en Madrid el calor comienza á darse á conocer como un amigo á quien se ha olvidado. La primavera se despide derramando besos impregnados de aromas. Ya en Abril abrieron su botón las flores que en este mes perfuman el diáfano ambiente madrileño. Revolotean las mariposas en torno á las apretadas hojas de las rosas encendidas que adornan los parques de los hoteles y las laderas del Buen Retiro. Límpido y claro el cielo convida á madrugar á las diligentes muchachas que rivalizan con las flores y con los juguetones jilgueros moradores de las enramadas, y anima á los perezosos á salir á los paseos, donde comienzan á ostentarse en su mayor esplendor las mujeres de Madrid, que son, después de todo, las mujeres de toda España reunidas aquí para ayudar á la corte en sus pretensiones de reina de lo atractivo. Derraman embriagador aroma las acacias en la Casa de Campo, en el Campo del Moro, en la calle de Alcalá y los anchos paseos del Buen Retiro. Madrid despierta cansado

y marchito de sus orgías y veladas del invierno y se lanza á la calle á respirar el aire puro, impregnado de esencias y de misteriosos aromas; los enamorados aman más y los que no aman buscan á quién, porque la primavera es musa de amores.

A las cinco y media de la tarde comienzan á bajar los coches al Retiro; la sociedad que va en coche no puede excusar la hora y media de paseo cotidiano, que á veces es una verdadera tortura; porque bien considerado, no deja de ser monótono y cansado pasar una hora encerrado en una berlina que ha de colocarse en fila, y ver pasar á los demás carruajes donde van todas las tardes las mismas personas, á las cuales hay que hacer los mismos saludos y de las cuales se conoce desde el nombre hasta la renta diaria. Pase la monotonía, cuando el que va en el coche es un soltero rico, que necesita ir á cambiar una sonrisa en cada vuelta, quedándole tiempo más que suficiente hasta la repetición para pensar en las ventajas de la boda que piensa hacer, en las artes que habrá de usar para concluir, ó en la tontería que hizo al comenzar; pase cuando el sujeto artísticamente colocado en el abierto *landeau* es una mujer bonita, elegante y pretenciosa, que va todas las tardes á lucir un vestido ó un sombrero nuevo, á dar nuevos celos á una contendiente poderosa ó á añadir un adorador más á la lista de los in-

numerables; pase, en fin, cuando el dueño de la *victoria* ó del *milord* es un banquero cansado de trabajar y va á distraer la vista, un subsecretario recién nombrado que necesita lucir la librea de galones dorados de sus flamantes cocheros, un amante débil, que tiene la forzosa obligación de ir en su coche detrás del de la persona que le domina ó le luce; pase, repito, cuando algo de esto obliga á pasear por entre aquel hormiguero monstruoso de coches negros y brillantes que parecen desde lo alto del paseo, á los reflejos del sol que hace brillar las cajas charoladas, un escuadrón de tortugas, que han resuelto de pronto andar deprisa y correr desesperadamente; pero cuando se tiene un coche como se pudiera tener un mueble de adorno, cuando se pasea por no saber qué hacer de cinco á siete ó por dar una satisfacción á las gentes que echarían de menos nuestro carruaje y creerían sabe Dios qué, ó por costumbre inveterada, que no hay facilidad de perder, dada la debilidad humana, el paseo de coches es un sitio más donde emplear un capital de fastidio, que cuanto más se derrocha más cunde.

Pero no hay otro remedio que doblar la frente ante las exigencias del mundo, y mientras la espléndida Casa de Campo brinda aromas, frescura, sombra cariñosa y dulces murmurios del agua, y la melancólica Moncloa en extenso paseo y la abandonada Fuente Castellana limpia

de polvo y paja y amplia y espaciosa, deja vagar por entre sus árboles solitarios el suspiro del aire que sólo respiran media docena de familias de luto ó alguna pareja feliz, cuyos carruajes se hartan de dar vueltas, como el nadador que ha elegido una playa solitaria, el paseo de coches del Retiro continúa siendo el punto de reunión de todos los desdichados felices, que arrastrados por la imperiosa ley de la moda, deben concurrir á él para verse y saludarse y prepararse á verse de nuevo en el estreno de la noche y en el mismo paseo mañana.

Uno de los carruajes que bajaban al paseo la misma tarde en que Horacio escribía y el joven matrimonio se preparaba á hacer la lista de sus amigos para ofrecerles la casa, llamó la atención por su esplendidez. Era un precioso *landeau* con ruedas amarillas y forrado de raso blanco, recién charolado y descubriendo á distancia de cien pasos su reciente salida de los talleres de Labourdette. Cochero y lacayo vestidos de lustroso paño verde gris con galones amarillo claro, imitando el bordado tradicional de la Casa de Borbón; con flamantes pelucas blancas y calzón de punto con medias claras y zapatos con hebillas de plata, y sombreros galoneados de plata también, con escarapela amarilla del color de los galones de la librea, guiaban un poderoso tronco de yeguas color gris perla, que lucían vistosas frontaleras y elegan-

tes cucardas, en las que el aire agitaba las varias cintas de diversos colores. Dentro del landó, sola, descuidadamente recostada y vestida de negro y blondas, recogido el negro y brillante cabello bajo un primoroso sombrero que aquella misma mañana había recibido de París, iba la condesa de *** atrayendo todas las miradas. Su natural elegancia, su merecida fama de hermosa y de desgraciada, eran siempre un motivo para que llamara la atención donde quiera que fuese, pero esta tarde, el atractivo que el público sentía era mayor, porque el estreno de un coche, cuyo valor, sacado al primer golpe de vista por todos y cada uno de los amigos y conocidos, no bajaría de tres ó cuatro mil duros, es siempre un acontecimiento que viene á romper la monotonía del paseo cotidiano.

Y como si el nuevo vehículo realzara más la belleza de aquella interesante mujer, todos la encontraban más hermosa todavía de lo que solía ser; los hombres decían que la belleza de la condesa aumentaba de día en día desde que había enviudado; las señoras aseguraban que lo negro siempre sienta bien, y que el sombrero que llevaba la favorecía extraordinariamente. Ella en tanto, agitando levemente, más por costumbre que por calor, su abanico de plumas negras de avestruz, y saludando á derecha é izquierda con aquella habitual dulzura que infundía á la vez simpatía y respeto, llegó al fin del

paseo después de haber sido durante diez minutos objeto de todas las conversaciones y ocasión de que muchas de sus amigas sacaran las cabezas por las ventanillas de las berlinas para contemplar despacio y durante algunos segundos, coche, tronco, librea y cuanto era ocasión de asombro y de elogio.

Fernando, el aturdido Fernando, que iba guiando un *doscar*, cuyo caballo lo arrastraba como una pluma, obligando al dueño á refrenarlo á costa de sus puños y de sus débiles fuerzas, hasta el punto de sacarle al rostro más color del ordinario, se acercó al coche de la condesa, y le dijo:

—Buenas tardes, prima, ya veo el *landeau*. ¡Magnífico! ¿Lo estrenas hoy? Todo el mundo habla de él.

—Sí, hoy le estreno, pero no hablemos de mi coche. No sabes cuánto me alegro de que te hayas acercado á mí.

—Pensaba ir hoy á comer contigo y quería prevenírtelo. ¿Hay *plombiere*?

—Supongo que sí.

—Me encantan tus helados....

—Oye, Fernando, necesito de tí, dijo la condesa manifestando pocos deseos de que su primo prolongara la conversación.

—Soy todo tuyo.

—¿Verás hoy al general?

—¿A cuál de ellos? preguntó Fernando con cierta gravedad.

La condesa sonrió.

—Conozco más de treinta, continuó su primo; ya sabes que yo soy de los que saben tener amigos, y á falta de renta tengo relaciones. Ahora bien, en la escala social española, el general ocupa siempre lugar preferente y por eso *los uso*. ¡Oh! Es lo que hay que ser, por eso lo es todo el mundo. De ocho años á esta parte, la *generalidad* ha aumentado de un modo considerable, pero lógico. No se puede hacer carrera política sin ser militar, y no se puede ser militar sin ser general. Un general sirve para todo; lo mismo dirige la Administración que la Hacienda, lo mismo preside una subasta que un consejo de guerra. Es un verdadero milagro ser ministro sin ser general, y en cuanto á los presidentes del Consejo, no llegan á cuatro los que han llegado á esa altura desde paisanos. El general es la representación del Estado, de la aristocracia, del dinero. Hay generales con título, generales labradores, generales diplomáticos, generales poetas, generales bolsistas, generales banqueros.... sobre todo, en el Casino; el general es un artículo de primera necesidad, una rueda magna en la máquina social política, gubernamental y administrativa; suele suceder, que en tiempo de guerra, con tantos generales á elegir, no se encuentra ninguno;

pero eso no importa, la guerra se hace, se acaba, y por si los antiguos generales no servían, los hacemos nuevos. Por eso oirás decir *hornada* de generales, es decir, remesas, colecciones, mestruarios, aluviones, langosta....

—¡Basta por Dios! exclamó la condesa riendo. Fernando reía también á la vez que refrenaba á su caballo, por que Fernando era de los que con el semblante risueño y la risa en los labios, defiende su ironía, diferenciándose de los caracteres agrios y nerviosos en que se les tolera y aplaude, mientras que á estos se les tacha de intolerantes ó maldicientes.

—Conozco, pues, añadió el ocurrente Fernando, á casi todos los generales que hay en Madrid. Ten la bondad de decirme de quién me hablas.

—Del general Guijarro.

—¡Ah! ¿De nuestro amigo el general Guijarro? Acaso le vea, por que desde tu casa iré al Teatro Real y él está abonado al lado mío.

—No sabía....

—Sí, á pesar de sus setenta y pico, que él reduce á cincuenta y nueve, como si no supiéramos que fué en persecución de Riego, el general se permite calaveradas de muchachos. Va á los toros á la meseta del toril, está abonado al Real á butaca de callejón, frecuenta los palcos del *Veloz* en los demás teatros, se viste con esmero, prefiere adornar con un clavel el ojal del frac á ponerse la roseta de la Legión de Honor

ó de San Hermenegildo; en fin, ya sabes como es; tú misma me has confesado la otra noche, que ha pretendido ser uno de tus adoradores....

—No dije eso.

—Lo indicaste y lo cogí al vuelo, primita; pero ahora que pienso.... ¿me vas á dar alguna comisión delicada? Habrás sido capaz ¡oh desdichada! como dicen los trágicos, de decidirte...

—Te perdono la ofensa en gracia del buen humor; no, no es eso, pero yo quisiera ver al general esta misma noche.

—Se procurará, dijo Fernando, afectando cómica gravedad, y creo que lo mejor sería que yo fuese á buscarle ahora mismo y le invitara en tu nombre.

—¿Sabes acaso dónde estará?

—Son las cinco y media; á las siete se come en la mesa redonda del Casino; el general come allí unos días, y otros en Fornos; en uno ú otro lado le encuentro y le secuestro.

—¡Ah!

—Con seguridad está en el Casino; si ha perdido, comerá allí el modesto cubierto; si ha ganado, irá á Fornos, donde se regalará con una comida de noventa ó cien reales, Champagne aparte. Es su costumbre; le conozco bien, porque hemos sido compañeros.

—¿Compañeros? Acaso tú has servido....

—No; hemos sido compañeros de monte.

—¿Ah, de caza?

—No, no, querida, de monte tranquilo y pelado, del patriótico juego del monte....

—Pero.... Fernando....

—No te escandalices, prima, es el juego nacional, tan indispensable al color local como los toros y el cocido. El general entiende de esto como pocos. Me ha hecho cada perrada.... pero en fin, esto no es del caso; ya hablaremos de ello despacio, y si has de tener algún género de relación íntima con ese caballero veterano, yo te ilustraré....

—Veo que tus ilustraciones no han de favorecerle mucho.

—Distingo, distingo, no he de negarle yo su valor, sus once cruces laureadas, su habilidad política ni su talento, no, prima; pero conozco que me preguntas por él con un interés que disimulas muy mal....

La condesa hizo un gesto de desagrado é interrumpió á su primo:

—Tu malicia habitual y la costumbre de apreciar las cosas por la forma exterior, te llevarían hasta á sospechar de mí.

—¡No!

—¡Oh! sí, no se evita la malicia, amiguito. Renuncio á tener al general á la mesa; no le invites.

—Pero....

—Nada, no quiero; prefiero contarte lo que deseo y darte el encargo de realizarlo.

—Perdóname.

—Perdonado. Toma.

Y la condesa sacó un papel del bolsillo y fué á dárselo á Fernando.

—¿Me vas á dar ese papel? dijo éste.

—¡Sí!

—¡Ah pobre prima mía! Angel inocente, que á pesar de tu viudez y de la experiencia que tus desventuras han debido darte, te enojas de mi maledicencia, y no calculas la ajena!

—Pero ¿qué dices?

—Te quiero yo con tal sinceridad, y siento tanto el leve pesar que te he dado con mis bromas malditas.... que voy á darte una prueba grande de amistad....

—¿Cómo?

—No tomando ese papel de tu mano.

—¡Ah!

—Sí, hija mía, dijo Fernando en voz más baja y acercando su *doscar* al coche de la condesa hasta que los caballos se rozaron. Madrid es un pueblo impío, cruel, enemigo de toda mujer hermosa.... ya han dicho por ahí que yo estoy enamorado de tí....

La condesa se puso encarnada como una amapola y miró á todos lados.

—No hay cuidado, añadió su primo. Cuando las cosas no son verdad no arraigan. Además, yo tengo novia....

—¿Tú?

—¿Te extraña? dijo Fernando, disimulando muy mal un mohín de alegría.

—Sigue.

—Han dicho eso porque he ido tres noches seguidas á tu palco y te he acompañado al coche. Ahora llevamos mucho rato de conversación, y en un día en que has estrenado un coche magnífico y en que tu arrebatadora hermosura brilla con todo su incomparable esplendor, dando tormento secreto á todas estas *tísicas* (y Fernando señaló con el látigo hacia los otros coches) que no perdonarán medio de zaherirte á traición si me das ese papel, que yo no sé lo que dice, creerán, asegurarán que es una carta....

—Pero....

—Me ha sucedido ya en otra ocasión. No importa que se te ocurra ahora mismo lo absurdo de esta *chismografía*; la hay siempre, y tú has tenido la fortuna de no servir aún de pasto á ninguna conversación.

—Véte, Fernando, me asustas.

—No es mi ánimo ese sino probarte que sé bien el terreno que piso. Si no fueras mi prima, si no te estimara con toda la admiración y el casto cariño que tú sabes inspirar á todos los que te conocen, prolongaría este diálogo tomaría ese papel, me lo guardaría con cierta precipitacion en el bolsillo, sonreiría al guardarlo de cierta manera....

—¡Pero eso sería infame!

—Ya lo sé, pero eso se hace, y por eso hay muchos que se dan el tono de merecer lo que no merecen, y jugando con la reputación ajena, hacen creer que son amantes y amados y hombres temibles y mimados de la fortuna, y Madrid les ayuda y ustedes son las que lo pagan.

—Véte, véte.

—¿Qué quieres para el general?

—Quería que le dieras esta nota.

—Vamos, es una nota.

—Sí, el general es senador; tiene influencia, por servirme hará milagros....

—Y tú quieres aprovechar sus milagros....

—¿Está mal hecho?

—Está muy bien pensado, aunque sea un poco.... maquiavélico.

—¿Me juzgarás mal por esta picardigüela?

—No; me figuro que cuando lo haces, es porque lo que en la carta se pide te interesa mucho.

—De tal manera...

Y al decir la condesa estas tres palabras, brilló en sus ojos un relámpago de deseo, de impaciencia, de vehemencia tal, que á Fernando no se le pudo ocultar.

—¿Pues de quién se trata? dijo.

La condesa volvió á su habitual y dulce tranquilidad.

—No importa de quién se trata; lo interesante es.... que yo debo conseguir lo que aquí se pide.

—Ya, es una rivalidad.

—Lo que tú quieras; pero necesito que *esto*—y señalaba al papel—se haga en seguida.

—Si la carta no es muy larga, léemela.

La condesa leyó:

«Se desea un destino de diez ó doce mil reales de sueldo en Madrid para don Horacio Galán.»

—¿No dice más? preguntó Fernando.

—No.

—Pues no se me olvidará, y voy á buscar al general ahora mismo.

—¿Recordarás el nombre?

—Perfectamente. Horacio Galán. Un poeta célebre y no cómico cualquiera. Horacio, Galán, Horacio, Galán... dime ¿quién es este... Galán?

—Un pobre chico, hijo de mi nodriza.

—¿Le conozco yo?

—No es fácil, porque... no está en juego, dijo sonriendo la condesa.

—Ah, es un cualquiera, un ser vulgar, un...

—Un estudiante de medicina.

—¡Ya! Adiós, prima.

—Vas....

—A buscar á nuestro hombre.

—¿Vienes á comer?

—Con la credencial en el bolsillo.

—No serás capaz.

—¿Lo dudas?

—No hay tiempo material.

—Si supieras latín te diría aquello de...

—*Volente nihil dificile.*

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir, que si el general no lo hace.... lo haré yo.

—¡Tú!

—Yo.

—Pero....

Fernando miró á la condesa con tan intensa mirada, que ella volvió á enrojecer como antes. Después dió un latigazo al caballo, haciendo sonar la fusta con sonoro chasquido, el caballo arrancó como una exhalación, y Fernando gritó.—¡Hasta luego! La condesa siguióle con la vista, y pudo ver que uno de los guardias civiles que conservan el orden en el paseo quiso detener el *doscar*, que amenazaba arrollar á todos los coches, caballos y viandantes; que Fernando, sin hacer caso, y esquivando un sablazo, seguía agitando su látigo, sin que los otros guardias lograran tampoco detenerle, y cuando le vió desaparecer á lo lejos, llamando la atención del público, hasta el punto de que las personas que ocupaban los coches abiertos se pusieron de pie para ver si el *doscar* se estrellaba contra un árbol ó escapaba de las iras de los vigilantes del paseo, respiró y dijo para sí con honda satisfacción.—¡Qué bueno es!

Fernando en tanto, estaba ya en la calle de Alcalá, que subió con espantosa rapidez, haciendo creer á la gente que su caballo iba desbocado, y entraba por la calle de Cedaceros sin

hacer caso del asombro público y repitiendo covulsivamente: ¡Horacio! ¡Galán! ¡Galán, Galán....!

Y se perdió de vista.

V

PEPE CALLEJA

Pese á los que duden del buen servicio de correos, la carta que vimos escribir á Horacio, llegó á su destino en horas.

A Zamora fué, porque en el sobre decía:

«Señor don José Calleja, empresario del teatro de Zamora.»

Y el cartero zamorano la llevó á la contaduría del teatro y se la entregó al mismo interesado, que era un joven, delgado, más alto que bajo, con unos ojos pequeñitos y vivos, el pelo negro y rizado, la boca delgada y las narices más largas de lo que se usa.

Cuando llegó el cartero, don José Calleja, ó Pepe Calleja, pues así le llamaban todos y le llamaremos nosotros en adelante, estaba diciéndole á un hombre que escribía en la mesa de la contaduría.

—Nada, diga usted á todo el mundo, que á las dos se paga y que luego cada uno se las busque como pueda.

El de la mesa sonreía.

—¿Pues qué vamos á hacer? decía Calleja cruzándose de brazos. ¿Voy á estar yo poniendo dinero encima? Nada, hoy se acaba el abono, haremos *El hombre de mundo*, y mañana cada *quisque* á su tierra. Ya sabe la compañía que yo pago á toca teja y que no quedo debiendo un cuarto. ¿Prolongar yo la temporada? ¿Para qué? ¿para que se diviertan cuatro socios del Casino que entran de balde? ¡No tendrán ellos la culpa! Saque usted la nómina, vamos á ver en seguida qué dinero hay.... y á las dos á soltar la mosca. ¡Valiente tierra de pesca he venido yo á explotar! ¡Bonito negocio! Vaya; hasta luego, amigo, que esto ya está visto.

Y salió á la calle abriendo al mismo tiempo la carta.

Iba andando y leyendo. El lector conoce el contenido de aquella carta y sabe que no era nada festivo. Sin embargo, Calleja leía y reía y se paraba de cuando y hacía un movimiento de cabeza como si dijera no, y luego hablaba solo:

—Ya está éste sin saber qué hacer, y creyendo que el mundo se le viene encima, porque la *señoritinga* esa ha hecho lo que hacen la mayor parte de ellas. Ya no sabe vivir sin mí. Ya necesita que le saque del atolladero. ¡Pues le sacaremos! Bendito sea Dios, ¡qué personas hay en este mundo tan poco á propósito para sufrir contrariedades! Vaya, vaya, esto es muy largo,

por el camino lo leeré despacio; lo que importa saber es que el pobrecito de Horacio necesita que yo le anime y que esté á su lado. Pues en mejor ocasión no podía decírmelo, porque pienso salir esta noche para Madrid.

Y se guardó la carta en el bolsillo y echó á andar hacia la fonda donde vivía. Al entrar le dió dos pellizcos á una de las criadas, que le saludó cariñosamente. Entró en el escritorio, y pidió la cuenta del gasto hecho en quince días, pero la pidió cantando y haciendo desternillar de risa al dueño; luego atravesó un pasillo para ir á su cuarto, y entró en él cantando también, y se dispuso á hacer el baúl, pero pronto se detuvo y fué á dar con los nudillos de los dedos en la pared, diciendo al mismo tiempo:

—¡Paco!

Una voz dijo en el cuarto de al lado.

—¡Quién!

—Yo, hombre, yo, dijo Calleja. ¿Sabes que nos vamos?

Se oyó crugir una cama como si alguien que estuviera acostado en ella se levantara, y la voz dijo:

—¿Que nos vamos?

—Sí, respondió Calleja, á las dos os pago, y á las seis me voy con la música á otra parte.

—Espera, dijo el de al lado, voy á pasar.

Y Calleja siguió cantando y haciendo su equipaje.

A poco se presentó en la puerta el primer galán de la *compañía dramática de los teatros de Madrid*, según decían los carteles.

Venía en mangas de camisa y desperezándose.

—¿Qué demonios dices? preguntó.

—Pues digo que estoy cansado de perder dinero, que me habéis traído engañado y que se acabó el abono. Aquí no hay afición al teatro; lo que gané con los vinos lo he perdido con las comedias: bueno, me es igual, en pagando lo cumplido, á mí no me apura nada; por consiguiente, hago cuenta que me he divertido y á vivir.

El primer galán, que no digo cómo era (porque todos los cómicos de provincia, y algunos de Madrid se parecen) se sentó en un cajón vacío que había junto á la puerta, y dijo:

—Eres el hombre más *barbián* que hay en España. ¡Yo pensaba que hacías quiebra!

—¿Quiebra? dijo Calleja suspendiendo su faena y mirando á Paco, con ambas manos puestas en las caderas. Tú no sabes quién soy yo. Yo soy uno de los pocos españoles que pagan, que cumplen sus compromisos. Una cosa es que no tenga dinero casi nunca, y otra, que cuando lo tengo, sepa perderlo; pero yo le tendré, no te quepa duda: yo he de ser muy rico, porque á mí no me apura nada, ¿entiendes? y todos los grandes capitalistas han empezado como yo.

—¿Siendo empresarios de teatros? Lo dudo.

—Siendo lo que han podido, pero trabajando por su cuenta. Todo en este mundo es cuestión de trabajo... y de suerte. Ya me conocéis todos; me habéis visto empresario de teatros, contratista de empedrados, comisionista de vinos, administrador de fincas, corresponsal de una casa editorial de Barcelona... pues antes, hijo mío, había sido revendedor de billetes, y antes vendedor de periódicos, y antes..... ¡qué sé yo! Mi padre, que sabe Dios quién será, me dejó en la esquina de la calle de Jacometrezo una noche de invierno, y allí me recogió la frutera de la plaza del Cármen, que me tuvo en su poder hasta que cumplí ocho años; pues á los ocho años ya ganaba yo mi jornal en la imprenta de Rivadeneira, á los trece ya era cajista, luego se murió la frutera, me quedé solo, aprendí con mis ahorrillos una porción de cosas; qué demonios, el que quiere trabajar trabaja, desengáñate, y lo que importa en los negocios es tener formalidad... Vamos á ver, ¿á tí qué es lo que te corresponde por tu quincena?

Así hablaba Calleja, terminando de meter en el baúl su ropa, y el cómico le miraba sonriendo y con cierta admiración, porque la verdad es, que otro en el lugar del desdichado empresario, al ver que el negocio del teatro había fracasado y que tenía que volverse á Madrid sin dinero, acaso acaso hubiera hecho una *quiebra amistosa*,

diciendo á los artistas, que todos eran amigos suyos:—Hasta aquí llegué, no puedo más; el viaje de vuelta es de cuenta de ustedes; por consiguiente, ó matadme ó conformaos; que esto es lo más frecuente y corriente en tales casos.

Pero Pepe no era hombre capaz de engañar así; carácter franco, naturaleza excepcional, necesitaba la lucha con la vida, como otros la necesitan con los hombres. Desde niño se había hecho el propósito de medrar trabajando. Era ambicioso, y buscaba siempre las especulaciones en que pudiera ganar mucho dinero en poco tiempo, lo cual es muy español, pero no por eso se metía donde no pudiera salir. Esta vez había tomado el teatro de Zamora por quince funciones. El público no había querido divertirse, y los actores, después de haber hecho quince dramas distintos, veían, que ó el género no gustaba en la tierra de Doña Urraca, ó que no gustaban ellos. Yo creo más verosímil lo segundo. Así lo creía también el empresario, que con su buen humor habitual, les había dicho muchas veces durante aquellas dos semanas, *que no apretaban bastante*; pero los cómicos, aunque se desquitaron haciendo lo más tremebundo del repertorio, no consiguieron que se vendieran más de veinte butacas ninguna noche.

A las dos de la tarde del día en que presentamos al lector á Calleja, acudió toda la compañía al escenario.

Pepe pronunció una especie de discurso festivo, pintando las amarguras porque la *empresa* había pasado en aquella brevísima temporada; dijo un burlesco elogio de cada artista, á los cuales no había hecho justicia el público ignorante; hizo constar la diferencia que existía entre él y otros especuladores que sacaban á los artistas de Madrid para dejarlos luego burlados; declaró que mientras viviera recordaría los gigantescos esfuerzos de aquellos *genios* para levantar el decaído espíritu de los zamoranos; y después de algunas consideraciones acerca de lo inconveniente que sería prolongar ni un día más la temporada como deseaban vivamente todos los espectadores que entraban al teatro de balde, sacó un taleguillo de dinero y nombrando á cada actor ó actriz por su nombre les fué dando lo que por su contrato les correspondía. En seguida se despidió de ellos, pues aquella misma tarde, dijo, pensaba volver á Madrid.

Un ¡viva Pepe Calleja! fué el final del discurso y del pago; y como los cómicos son gente alegre cuando está bien pagada, al salir Pepe del escenario le acompañaron todos cantando la marcha real, á cuyos ecos respondía Pepe haciendo cómicos saludos á uno y otro lado como un soberano triunfante.

Los cómicos se dispersaron por la ciudad. Pepe entró en la contaduría para despedirse del contador, del dueño del teatro y de dos ó tres

personas más que allí le esperaban, celebrando su buen humor y su formalidad en los negocios. También le esperaba allí la dama joven, que era, en efecto, joven y bonita, y se llamaba Pepita Cobos, ó la Cobos, como decía el público y los compañeros de la actriz. Era pública voz que esta linda muchacha, la mejor actriz, á no dudar, de todas las que componían *el cuadro* que Pepe había llevado á Zamora, estaba enamorada perdida de su empresario, pero también era voz y fama, que Calleja no se había enamorado de nadie todavía, á pesar de que tenía veintiséis años. A esto decía él que *no había tenido tiempo*, y que el hombre enamorado, ni trabajaba, ni emprendía negocios, ni servía para nada. No le disgustaba, sin embargo, verse querido de Pepita, que aunque nunca se lo había dicho, se lo demostraba de una manera tan clara, que no dejaba lugar á dudas.

Se conocían desde niños y se tuteaban. La Cobos era hija del regente de la primera imprenta donde Calleja fué aprendiz. Allá en su infancia, iba á llevarle la comida á su padre y hablaba con Pepe. Después, cuando Pepe era ya cajista, la muchacha era alumna del Conservatorio. Cuando salió por primera vez al teatro, Pepe era revendedor. Al dejar esta industria para emprender algunos negociejos con el dinero que había ganado, Pepe dejó de ver á su tocaya dos ó tres años, pero ella le escribía

desde el teatro de Cuenca ó de Calatayud, le contaba sns triunfos, le preguntaba cómo iban sus negocios, y Pepe, que siempre estaba de prisa, no tenía tiempo de contestarla, pero cuando pasaba por el café Imperial y oía que tal ó cual cómico iba á trabajar con Pepa en tal ó cual parte, le decía;—Dile á la Pepilla Cobos que no escriba, que ya sabe que la quiero mucho.

Ella, según decían algunos cómicos, fué la que le aconsejó que tomara el teatro de Zamora, y así debía ser, porque en el momento en que estamos, así que Pepe pagó y entró en la contaduría y la vió alli entre los cuatro ó cinco hombres, le dijo riendo:

—Hola, Pepilla; bonitos negocios me propones!

—Más que tú siento yo lo que te ha pasado, dijo Pepa muy seria.

—De seguro; porque yo no lo siento nada.

—Siempre es doloroso perder el dinero.

—Por otro lado lo ganaré. Yo me he propuesto no apurarme nunca!

Quince mil realitos me ha costado la broma; tenía veintidos mil, así es, que todavía debo dar gracias á Dios por no haberlo perdido todo. Con que señores, yo me voy á Madrid esta tarde, si algo se ofrece, ya saben ustedes que en la calle del Rubio, número 16 tienen un amigo y una casa. Divertirse mucho y gastar poco.

Y después de cambiar cuatro ó cinco abrazos

con aquellos señores que le dirigieron todo género de frases cariñosas, salió á la calle.

Pepita salió con él.

—Oye, le dijo, tengo que hablarte.

—Pues habla.

—Yo tengo diez mil reales.

—¡Tú!

—Yo. Como soy sola y en Valladolid donde últimamente estuve me obsequiaron tanto la noche de mi beneficio.....

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes que me regalaron un brazalete de oro, unos pendientes con dos brillantes, un neceser de plata, un.....

—Pero.....

—Todo esto vendido ó empeñado vale quinientos duros.

—¿Bien, y qué?

—Que yo quisiera ofrecértelos.

Pepe soltó una carcajada tan estrepitosa, que dos ó tres transeuntes se volvieron á mirarle.

Pepa continuó.

—Ya que yo te he metido en esta fatal empresa....,

—¿Ah, te has picado por lo que te he dicho?

—No, de ningún modo, pero yo sé lo que tú trabajas para ganar un duro.....

Pepe la interrumpió.

—Mira, Pepilla, dijo, no me propongas préstamos, porque yo.....

—¿Préstamos? exclamó Pepa poniéndose colorada. Yo no presto dinero.

—¡Ah! ¿me los ibas á regalar?

—Naturalmente.

Pepe se paró.

—Te aseguro, dijo, que es la primera vez en mi vida que me ofrecen dinero, así, *gratis*. Te lo agradezco mucho, hija mía, pero yo tengo varios proyectos, y en cuanto llegue á Madrid pienso triplicar lo que me queda. Ya verás tú, ya; á la vuelta de seis meses estoy otra vez *al pelo*.

Pepa lloraba.

—¿Qué demonios te pasa, chiquilla?

—Yo no creí que me desairarías.

—Eres una excelente amiga, y te agradezco mucho lo que quieres hacer por mí, pero yo me he propuesto hacer mi camino solo, ¿entiendes? Y sobre todo, Pepa.....

—¡Qué!

La actriz adivinó que el amigo de su infancia iba á decir algo muy trascendental y la prisa de saberlo le obligó á interrumpirle.

Pepe dijo:

—Nada, nada, que no quiero. ¿Qué vas á hacerte tú ahora?

—Voy á Madrid.

—¿Conmigo?

—En el mismo tren.

Pepe reflexionó.

Después dijo:

—Bueno, pero como yo soy muy leal, quisiera advertirte una cosa.

—Dí.

—Que la gente del teatro es muy mala; que ya andan diciendo si tú y yo tenemos ó no tenemos.....

Pepita dijo con extraordinaria vehemencia:

—¡Si no me importa!

Su amigo la miró á la cara y vió en ella ta expresión, que sonrió cariñosamente, le dió dos palmaditas en el hombro con cierto aire de protección y le dijo:

—Vaya, pues ve á tu casa, prepáralo todo y acude á la estación. A las seis en punto salimos.

Pepa echó á andar muy deprisa hacia la derecha. Pepe Calleja se fué por la izquierda murmurando:

—Sí, yo ya sé que esta chica me quiere á mí... pero ¿adonde voy yo á parar con amores, con mujer, con obligaciones..... si el hombre *amelonado* no puede hacer nada, ni se ocupa de nada, ni sirve para nada!

Después, como recordando, dijo:

—De aquí á las seis voy á leer detenidamente la carta de ese bobo... este si que se va á perder miserablemente..... mírate en este espejo, Calleja!

Y subió las escaleras de la fonda desdoblando la carta.

VI

DIMISIÓN Y BOMBO

«Por poco acostumbrados que estemos á presenciar actos de independencia y de dignidad política (decía *El Radical* de aquella misma semana) no dudamos de que aún alienta entre nosotros, si bien mermada por la influencia de nuestras costumbres políticas, aquella raza de hombres amantes de su país, esclavos de su conciencia y defensores de la verdad á costa de sus ventajas personales.

Un hecho que parecía en su principio insignificante, que no pasaba de la categoría de vulgar, por la frecuencia con que se repite, que á nadie llamó la atención en los primeros momentos, ha venido á ser, por la preciosa averiguación que de sus detalles ha hecho un periódico, la primera chispa del incendio, que lógicamente, ha de arrasar hasta la última piedra de esta situación carcomida.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que nos referimos á la dimisión presentada el jueves por el señor don Jorge Alland, segundo

jefe de la Dirección general de *** (aquí el departamento) y que nadie pudo figurarse fuera motivada por tan graves motivos.

Decíase al principio, que la dimisión del ilustrado publicista y funcionario, reconocía por causa desidencias políticas; corrió luego el rumor de que la motivaban antagonismos personales entre el Director y el segundo jefe dimisionario; por último se dijo que el señor Alland, nombrado recientemente abogado consultor de la gran compañía internacional de préstamos á labradores, quería dedicarse con más espacio á su profesión que á la política. Nada de esto era la verdad; la verdad ha brotado, la luz se ha hecho, la dimisión es ya del dominio del público, nosotros nos hemos procurado una copia, y nada más elocuente en defensa del señor Alland, que la dimisión misma. Sabemos cuanto exponemos al publicarla, pero tratándose de los intereses del país nada nos arredra.

Dice así este importantísimo documento:

«Excelentísimo señor:

Don Jorge Alland, jefe de Administración de primera clase, segundo jefe de la dirección general de ***, á V. E. expone:

Que habiendo observado durante el tiempo que lleva de desempeñar su destino el horrible desorden que reina en la Dirección general y la torcida marcha de todos ó la mayor parte de los

expedientes que debe autorizar con su firma, se ve en el doloroso caso de hacer dimisión del cargo, no sin exponer antes á la ilustrada consideración de V. E. las poderosas causas que á ello le obligan.

El que suscribe, excelentísimo señor, nació á la vida pública en el periodismo, y después de largas, penosas y desusadas tareas, se consideró dichoso al ver en el poder la representación del partido, cuyos ideales había defendido en numerosos artículos que no es del caso recordar, pero que la opinión recuerda todavía, no por su escaso mérito, sino por las reformas que proponían en la administración de los intereses del país. Llamados al Ministerio los hombres políticos que figuraban á la cabeza de aquel partido, el que suscribe, que se contentaba con el modesto papel de soldado, se vió llamado, solicitado, materialmente pretendido para ocupar un cargo que nunca agradecerá bastante; y abandonando sus asuntos particulares por los del Estado, respondiendo á la voz cariñosa del país, que por boca de su Gobierno le llamaba, no vaciló en aceptar un puesto, que si le reducía los ingresos legales con que cuenta para vivir, le producía en cambio la satisfacción de servir á su patria, procurando á la Administración las reformas que durante tanto tiempo había propuesto en la prensa y en las reuniones políticas que precedieron á la formación de su partido.

Pero, fuerza es decirlo, por triste que sea la revelación de estos hechos, en el año y medio que esta situación lleva de existencia, los males que las anteriores no habían podido remediar, lejos de ser atacados en su origen, parece que ha habido empeño en agravarlos. Desatendidos todos los servicios, olvidadas las obligaciones, encomendada la administración á un personal, mitad inmoral, mitad inepto, suprimidas las subastas públicas que son la garantía del contribuyente y sustituídas por contratas hechas de real decreto; desfalcado el Erario en diferentes puntos y departamentos dependientes del en que el exponente sirve; no parece sino que el Ministerio, á quien debí el cargo que desempeño, se ha propuesto acreditarse de lo que no supongo quiera ser, pero que desgraciadamente parece. La mano del funcionario probo y delicado tiembla cuando ha de firmar uno de esos expedientes en que van envueltas, ó para hablar más claro, involucradas cantidades enormes, cuyo empleo no está debidamente justificado; la responsabilidad el día de mañana será de todos, y el que suscribe, que tiene su conciencia limpia y tranquila, no puede continuar ni un momento más arrostrando las iras del país, que tiene derecho á exigirnos una gestión tan pura como las aspiraciones que el Gobierno aparentaba llevar á la esfera del poder que disfruta.

No se trata aquí ya de compromisos políticos contraídos y no realizados, como la opinión da en recordar á cada momento; no se trata de falta de cumplimiento de las leyes orgánicas del país, que la oposición asegura uno y otro día están constantemente burladas; se trata, Excelentísimo señor, de algo más sagrado; de los intereses del contribuyente, de los intereses de la Nación, desatendidos de una manera lamentable. Y antes de que la culpa sea general, deber es de los que no hemos venido á la política ni á la administración á hacer negocio del patrimonio común, retirarnos á lo tranquilo de nuestro hogar con la serena calma del que nada tiene que reprocharse, no sin hacer constar antes los motivos que á ello nos obligan, para que no se tache de cansancio ni de abandono, lo que es únicamente desaliento y protesta.

Por estas razones, el que suscribe, ruega á V. E. tenga la bondad de admitirle la dimisión del cargo que desempeña.»

«Hasta aquí la dimisión de nuestro amigo. Anoche se decía, que á consecuencia de este *acto*, que era ya objeto de todas las conversaciones en los círculos políticos, el señor Alland había sido reducido á prisión.

Ignoramos el fundamento de la noticia. Podrá ser cierta, pero no lo es menos, que el nombre de Alland, modesto hasta ayer, será desde hoy un nombre popular. Los desaciertos del Gobierno y su fatal sistema, habían sido hasta hoy objeto de censura en la prensa, en la tribuna, en las conversaciones particulares. Faltaba una voz que saliera del mismo seno de la situación, que protestara dentro de uno de los departamentos más importantes, y esta voz se ha oído. Se necesitaba para ello un carácter independiente, severo, franco, noble, leal, como el del antiguo periodista, que en estos tiempos de egoísmo, de adulación servil y de rebajamiento de caracteres, arroja por la ventana una alta posición oficial, tal vez el sustento cotidiano, su presente, su porvenir, sus relaciones, su influencia, todo, para decir la verdad, retirándose al seno de su familia, buscando en su profesión honrada lo que tantos otros van á buscar con grandes ventajas en la política, que les sirve de instrumento á sus planes.

Reciba el señor Alland, con la nuestra, la felicitación de todos los españoles amantes de su país. Dícese que se prepara una manifestación de todos los partidos, sin más excepción que el que ocupa el poder, para probar al subdirector dimisionario las simpatías que en veinticuatro horas ha adquirido, y que nosotros reduciremos á cifra redonda, diciéndole para su satis_

facción, que son las simpatías de la nación entera.

En nuestro número de mañana tendremos el gusto de ofrecer á nuestros lectores la biografía y el retrato del señor Alland, objeto preferente de la atención pública.»

VII

UN PASEO POR LA CARRERA

Cuando Horacio acabó de escribir y de pensar y salió á la calle para echar al correo la carta que Calleja ha recibido ya, notó gran animación á la puerta de su casa.

Había allí dos ó tres grupos de caballeros que vociferaban como si sucediera algo importante, y el portero, que era guardia municipal, le estaba preguntando á la portera, su mujer, si habían venido á prender á alguien.

Lo primero que se le ocurrió á Horacio fué si querrían prenderle á él, porque á todo el que está sin una peseta y en una aflicción grande se le ocurren siempre tales cosas.

—¿Pues qué hay, qué pasa? preguntó.

—Eso del señor del principal, dijo el portero; el señor Alland, que ha armado un jaleo de todos los demonios y dicen que van á mandarlo á Filipinas.

—¡Qué han de mandar! dijo entonces uno de los caballeros que estaban hablando en la puer-

ta y dirigiéndose á la portería. ¡Hasta ahí podía llegar el escándalo! ¿Qué ha dicho el señor don Jorge en su dimisión? Lo que sabemos todos. ¿Por qué se le persigue? Por decir la verdad. Si quiere el Gobierno ver lo que es bueno, que se atreva á tocarle al pelo de la ropa. Ya estamos cansados de farsas, ¿entiende usted? Ha llegado el momento de hablar claro, faltaba una persona de... valor (dijo de otra cosa) que dijese la verdad, y ahí está. ¡Vivan los hombres de corazón! ¡Así deben ser los hombres, así! Verá usted lo que se va á armar con la dimisioncita. Por de pronto, ya se ha abierto una suscripción en la peluquería de Agapito para imprimir la dimisión y hacer una tirada de un millón de ejemplares y repartirla por España. Esta noche le da una serenata la orquesta del teatro Real; ¡que rabie el Gobierno! ¡Que venga á prenderle! ¡Qué han de venir! Y dicen que hay crisis!

Horacio se enteró de lo que ocurría. Habló con los caballeros de los diversos grupos, y en seguida se fué al centro de Madrid, donde supuso que se hablaría de la cosa.

En efecto, así que llegó á la carrera de San Gerónimo, notó en ella una animación extraordinaria. Desde las cuatro calles al café de la Iberia, los grupos eran tantos y tan próximos unos á otros, que casi formaban uno solo, y en todos ellos se hablaba del suceso. Decíase, que á consecuencia de haber publicado *El Radical*

la dimisión de Alland, dicho periódico había sido suspendido; que un diputado de la oposición había hecho un discurso terrible contra el Gobierno, haciendo notar, que cuando sus mismos empleados, los hombres identificados con la situación se alejaban de ella por no aparecer como *defraudadores*, ¿qué tal sería ella?

Decían además, que en la dimisión publicada por el periódico citado, se había suprimido un párrafo, dando el periódico una prueba de cortesía, que otros llamaban *compasión*, al Gobierno, porque en aquel párrafo, daba Alland como principal causa de su salida, el no querer poner su firma en el ruidoso expediente de las salinas de Navalgoma, expediente famoso, que un diputado había pedido á las Cortes, y las Cortes no habían querido traer; que á consecuencia de todo esto, el Gobierno se hallaba reunido en la sala de ministros del Congreso y que era indudable que aquella misma noche presentaría su dimisión á la Reina (porque entonces había Reina.)

Y á todo esto el nombre de Alland corría de boca en boca.

Unos decían que era un joven ilustradísimo, ya bien conocido por sus obras como publicista.

Otros que el acto que había llevado á cabo probaba una abnegación y un patriotismo de que no había ejemplo.

Otros que lo que revelaba era una intención

política extraordinaria y que Alland prometía ser un carácter.

Quein, aseguraba, que la dimisión obedecía á un plan combinado con las oposiciones, que habían ofrecido á Jorge Alland una subsecretaría cuando ellas mandaran.

Quien negaba esto con acaloradas frases, diciendo que conocía á Alland desde niño y que era incapaz de hacer nada *indigno*.

Los ministeriales decían qne era un traidor y que la ropa sucia debe lavarse en casa.

Todos los partidos de oposición le reclamaban para sí. Aseguraban que la ingenuidad y noble franqueza expresadas en aquella dimisión ya célebre, auguraban el éxito á cualquier partido que contara en su seno á tal hombre.

Los empleados de su Dirección iban de un grupo á otro declarando que cuanto decía Alland era mentira, y que lo había dicho porque estaba reñido con el Director, á quien quería avasallar de una manera inconcebible.

Un gentil-hombre decía que en Palacio había hecho la dimisión un efecto desastroso, por el escándalo que con ella se daba.

Los amigos de Alland ponderaban sus grandes cualidades y decían que estaba escribiendo un libro sobre filosofía y otro sobre *clarificación de los vinos*.

Sus ex-compañeros de redacción recordaban que escribía los artículos *como quien juega*.

Cuatro ó seis paisanos suyos decían que era un pillo.

Y un dependiente de una litografía que estaba á la puerta de la tienda viendo lo que pasaba decía que era algo pariente suyo.

¡Ay! pero entre aquella multitud que fijaba sus esperanzas, sus decepciones, sus miradas morales en Jorge Alland, nadie había más emocionado que Horacio; porque Horacio oía por todas partes la popularidad naciente de Alland, y Alland era su rival, ¡qué digo, su rival! ¡Era el marido de Adela, era el que le había arrebatado el amor de su vida!

Ya no era sólo el despecho, los celos, la amargura lo que devoraba el corazón de Horacio.

Horacio sentía por la primera vez de su vida la envidia.

Porque era indudable, que aun suponiendo ciertas las confesiones que Adela le había hecho en aquella tremenda carta de eterna despedida, y ella no sintiera por su marido el amor que por Horacio sintió antes, al pobre muchacho no se le ocultaba que las glorias de Allandle ganarían el amor de su esposa; y si por un momento esperó en que la comparación entre el esposo logrado y el amante despedido, hicieron comprender á Adela qne había dejado un hombre por un *quidam*, ahora el *quidam* era él, ahora veía que con razón ó sin ella la opinión pública

celebraba á Jorge, que Jorge *iba á ser* algo, y que él, Horacio Galán, no era nada!

Primero sintió envidia. Luego ambición.

Estas dos pasiones nacieron en él á un tiempo, andando por la calle oyendo á los políticos, y entre el estruendo de los coches y de las conversaciones.

Brotaron como brota á veces el amor. De repente.

Sintió rugir dentro del pecho una voz que le mandaba hacer algo de que la multitud se ocupara. Imaginó en un momento todas las glorias de la tierra para él, se vió grande hombre, y perseguidor de Alland y ofensor de Adela...

Era extraño lo que á Horacio le sucedía. Conforme envidiaba y ambicionaba, amaba á Adela de otro modo. Hasta un momento antes, la amaba *porque sí*; ahora la amaba con intención de vencerla. Era presa de un deseo de lucha que no había experimentado jamás.

Al pasar por junto al Casino, oyó decir á varios sujetos que había en la puerta:

—Esa que pasa es su señora.

—¿La señora de quién?

—La mujer de Alland.

Horacio se volvió con rapidez hacia el sitio donde habían señalado los curiosos y vió á Adela en un coche abierto.

Iba sola, elegantemente vestida, paseando la mirada á uno y otro lado de la acera, como con-

sultando al público. Pintábase una gran satisfacción en su semblante.

Horacio fué á gritar, pero no pudo; tenía un nudo en la garganta y le parecía que se ahogaba.

Siguió andando con intención de meterse en cualquier parte, y oyó á otro grupo:

—Es muy guapa.

—Guapa no, bonita.

—Y tiene una fisonomía muy inteligente.

—¿De quién se habla? preguntó un periodista noticiero acercándose al grupo.

—De la señora de Alland.

—Ah, sí, dijo el noticiero, es muy lista.

Horacio siguió andando y se metió en un café, dejándose caer en un rincón.

Junto á su mesa tenía el fosforero su puesto de cajillas y periódicos y en uno de aquellos periódicos, que estaban colgados como ropa á secar en una cuerda que el cajón tenía clavada de lado á lado, vió Horacio un retrato y debajo estas palabras:

JORGE ALLAND.

Sacó dos cuartos del bolsillo y compró el periódico.

Miró detenidamente el retrato y exclamó como si hablara con alguien.

—Francamente, es muy feo.

VIII

EL TESTAMENTO DE UN MINISTRO

Entretanto, la opinión acertaba. Había crisis. Bien se lo dijo el Ministro de *** al subsecretario, á las pocas horas de suceder lo que en el capítulo anterior queda dicho. Entró en su despacho, y dando orden de que no recibía á nadie, exclamó, dirigiéndose al *sub*, que le esperaba impaciente.

—Nos vamos.

El subsecretario le hizo cuarenta preguntas en dos minutos, y á todas respondió el Ministro atropelladamente. Los detalles no importaban, lo cierto era que se iban, que era necesario firmar todo lo que hubiera pendiente, hacer cuatro ó cinco nombramientos que estaban acordados dejar *aquella casa maldita*; así dijo el consejero de la corona; y el subsecretario echó á correr.

Enseguida entró el portero mayor.

—Señor excelentísimo.....

—¡Déjeme usted en paz! dijo el *Jefe* sin mirarle.

—Pero es, que, señor excelentísimo...

—¡Que no quiero oír nada!

—Es que están ahí.....

—No recibo á nadie.

—Es un senador.

—No importa, ahora no puedo.....

—Es el señor general Guijarro.

El Ministro amainó.

—Que entre, dijo.

—Viene con él otro caballero.

—Que entre el general ¡solo!

Desapareció el portero, y entró el general.

¡Que aspecto tan risueño, que sonrisa tan franca. que cara tan jovial y que viejo tan agradable!

Esto decía todo el que le veía por primera vez al general Guijarro.

Era, en efecto, lo que podemos llamar un hombre atractivo. Pequeño de cuerpo, rechoncho, colorado, calvo, con guedejas de pelo blanco á los lados de la lustrosa calavera, los ojos negros y vivos, el cutis relativamente fresco, el bigote blanco engomado con dos guías afiladísimas, la dentadura, suya ó postiza, blanca como la nieve, aquel señor limpio como el oro, con su levita negra, su chaleco blanco, su pantalón gris, sus zapatos de charol y su sombrero blanco y el flexible bastón en las manos, fué capaz de desarrugar el entrecejo del Ministro, que como era natural, estaba dado á todos los demonios.

—Hola, amigo, dijo el general entrando muy deprisa y dirigiéndose á la mesa donde el Ministro estaba sentado. ¿Con que te vas?

—Sí, me voy, respondió el dimisionario, ya lo sabrás; ¡lo sabe todo el mundo!

—No se habla de otra cosa.

—Ya ves como un oficialillo de secretaría derriba una situación.

—¡Vaya con Alland¡ ¿Y quién es ese Alland?

—¿Lo sabes tú? Pues tampoco yo. El Presidente le dió el destino, era un abogadillo de mala muerte, le hicimos hombre, y nos lo ha pagado como todos, porque aquí todo el mundo es traidor.

—No te acalores, chico.

—¿Acalorarme? Si yo estaba deseando dejarlo.

—¡Ah pícaro!

—¡Te juro!

—Todos dicen eso.

—Y tienen razón, aquí no tiene uno más que disgustos!

—Por eso yo no me los tomo.

—Porque tú eres como Dios te ha hecho.

—Chico, yo ya no tengo nada que ambicionar; tengo mis dos entorchados, mi gran cruz, la renta de mi pobre mujer, mi senaduría, yo no quiero más que tres cosas, ya lo sabes, buena mesa, buena música y buenas mujeres!

—Las mujeres sobre todo.

—¡Eso!

—¡Carcamal!

—Carcamal y todo me hacen caso.

—Pero díme, generalito de mi alma, viejo de mi corazón, ¿te parece que estoy yo ahora para conversación? ¿Qué traes? ¿Qué quieres?

—Pues vengo á que me dés un destino.

—¿Ahora?

—¿Pues cuando mejor? Supongo que harás testamento.

—No.

—Pues haces mal, porque nadie debe morir sin dejar sus cosas arregladas.

—No nombro á nadie.

—Yo no te he pedido nada mientras has sido ministro.

—Lo sé.

—Ha llegado la ocasión de que me sirvas.

—Pero ¿qué demonios te voy á dar? ¿Tengo yo algo que dar acaso? ¡No parece sino que no hay más que dar destinos! ¡Déjame en paz, hombre!

El general se sentó.

—Mira, querido Lúcas, dijo; á mi no me vengas con evasivas, porque demasiado conozco yo con quién trato; por eso he venido ahora precisamente. Como sé que antes de salir de aquí vas á hacer más sangre que mi antiguo jefe Castaños en Bailén, quiero que uno de los huecos que dejes sea para mí, y de aquí no me muevo sin que lo hagas.

El subsecretario entró con una carga de papeles.

—Buenas noches, mi general, dijo.

El general, después de contestar:

—Ayúdeme usted, exclamó, á sacarle á este pícaro una triste credencial de doce mil reales.

El Ministro comenzó á firmar con rabia los papeles que el subsecretario iba presentándole.

—Te repito, generalito, murmuraba, que no tenemos nada.

—Bueno, observó el general; pues en ese caso yo sé qué rumbo he de tomar.

—Puedes tomar el que quieras.

—Le diré á la condesa que no has querido servirme.

El Ministro levantó la cabeza, y dijo suspendiendo la firma.

—¿A qué condesa?

—A la de la Almudena.

—¡Hola! dijo el cecijunto consejero procurando sonreir. ¿También tú eres amigo de la condesa de la Almudena?

El general hizo:

—¡Psth!

Y comenzó á darse golpecitos en la bota con la contera del bastón.

El Ministro dijo entonces.

—Conozco á esa señora de casa de los duques de *** donde comemos los dos todos los lu-

nes. Nunca me ha pedido nada, parece un poquito pretenciosa.

—Pues por eso pretende ahora, dijo el general.

El ministro sonrió.

—En qué quedamos,—dijo—¿es ella ó eres tú el que pretende?

—Somos ambos.

—Te advierto que estoy dispuesto á decirle el lunes que he sido yo y no tú quien ha hecho el milagro.

—Puedes decir lo que quieras, con tal de que me des la credencial ahora.

El Ministro se dirigió al subsecretario.

—Búsqueme usted un hueco de doce mil reales.

El *sub* contestó:

—Tenemos dos empleados de ese sueldo recomendados por Alland.

—¿Por Alland? gritó el Jefe fuera de sí. ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes? ¡Fuera, fuera esa canalla! A ver, tú, ¿cómo se llama tu recomendado?

El general dió el nombre y al cuarto de hora tenía la credencial en su poder.

Doblóla en cuatro dobleces, y guardándosela en el bolsillo, dijo:

—Querido Lucas, no olvidaré este favor. Por lo demás, ya sabes que aunque no seas ministro tendrás toda mi consideración y todo mi cariño.

—¡No faltaba más!

—Bueno es hacerlo constar en estos momentos, porque dentro de poco vas á sufrir muchos desengaños. Yo he desempeñado muchos cargos en este mundo y sé como se sube, y como se cae. Con que, adiós, y un millón de gracias.

El Ministro no dijo mas que *adiós* y continuó firmando.

Salió el general del despacho y fué á reunirse con Fernando que le esperaba en la antesala.

—Buen plantón le ha dado á usted, amigo, dijo.

—Regular, contestó el joven.

—Pero en cambio.....

—¿Trae usted eso?

—Aquí está.

Fernando no quería creer lo que veía.

—¿Es posible? exclamó. ¿Tenemos colocado á don Horacio Galán?

—Así parece.

—¡Oh general adorable, general ilustre, *general.....ísimo*! gritaba Fernando abrazando al atractivo viejo, que respondía:

—¡Esto es querer servir á los amigos!

—Perfectamente. Ahora va usted á hacerme un favor.

—Diga usted.

Tener la abnegación de no decir á la condesa que ha sido V. quien ha hecho el milagro.

—¿Y por qué?

—Porque.....

—Ah, ya, tiene usted sus pretensiones.

—¿A mi prima? Ni mucho menos. ¿Sabe usted quien es mi prima?

—La condesa de la Almudena.

—Quiero decir, si sabe usted hasta que punto es invencible?

—¡Hombre, qué demonios! ¡Se tomó la Seo de Urgel...!

—No se trata de la Seo de Urgel. Se trata de una viuda intachable, de cuya virtud respondo.

—Responder es.

—No querrá usted que riñamos después que le debo un favor.....

—Nada de reñir, pero yo le aseguro á usted que Zaragoza se rindió... en fin, diga usted á su encantadora prima, que mañana iré yo á comer con ella.

—Y yo también.

—Allá, pues, nos veremos.

—Hasta mañana.

—Buenas noches.

Fernando tenía á la puerta del Ministerio su coche de paseo, aquel *doscar* donde le hemos visto atropellar á los transeuntes por la tarde.

Subió en él; tomó las riendas que le guardaba el lacayo y dando un fustazo al caballo, salió con su acostumbrada rapidez en dirección á la Carrera de San Gerónimo.

IX.

EL MATRIMONIO ALLAND

Recordará el lector que le dijimos en el capítulo segundo de esta verídica historia, que Horacio estaba escribiendo su carta un mes después de la boda de Jorge y Adela.

Queda probado, pues, que el acontecimiento magno alumbrado por la luna de miel de aquella dichosa pareja, fué pensado, preparado y puesto en práctica durante aquel primer mes de matrimonio.

¿Qué causas pudieron influir en determinación tan violenta?

¿Por qué Jorge despreciaba la fortuna de tal manera? ¿Cómo arrostraba la cesantía en el primer mes de casado?

Necesita esto detenida explicación y el autor está obligado á darla.

Todo cuanto dijéramos de la vehemencia de Adela sería poco; y sin embargo, su exterior sencillo, tranquilo, risueño, no denunciaba aquel *lado saliente* de su carácter, como se dice ahora.

Para probar que no era lo que parecía, no necesitaremos más que recordar al lector lo que Horacio había contado á su amigo. Adela pensó en veinticuatro horas que la boda con Jorge le convenía más y en aquel breve espacio de tiempo resolvió dejar á Horacio, olvidarle para siempre y casarse con Alland.

Parecerá monstruoso este proceder; sin embargo, es frecuente. Estamos en época de soluciones prácticas; las mujeres son prácticas casi siempre y Adela era todavía más práctica de lo que suelen ser las mujeres.

Desde niña había soñado con una alta posición, con descollar entre las demás, con romper la cárcel en que su destino parecía haberla encerrado. Sus padres, su casa, sus costumbres, todo le parecía *cursi*. Esta palabra *cursi* no se le caía de la boca. Adela era ambiciosa hasta un extremo inconcebible.

Por eso, desde el momento en que Jorge le dijo las primeras galanterías, ella, que tenía largas noticias de las condiciones de su pretendiente, se consideró dichosa. Si le hubieran dado á escoger entre el comerciante más rico de su barrio y Jorge, se hubiera decidido por éste. El comerciante podría ofrecerle comodidades, dinero, consideración entre los de su clase; pero Jorge Alland, sin una peseta,—Adela lo sabía, porque tenía muy buen ojo—llegaría á ser subsecretario, ministro, embajador, tal vez conde

ó marqués, y con cualesquiera de estas posiciones (pensaba ella), el dinero vendrá sin necesidad de buscarlo. Una boda así era más que una boda con dote determinada, porque la dote que podría traer el talento y la travesura representaba una cantidad incalculable.

Mas este talento y esta travesura debían desarrollarse en un espacio de tiempo mucho más corto de lo que tal vez se había propuesto Jorge, que no se descuidaba en eso de hacer pronto su camino. Y lo que á él no se le ocurriera, de fijo se le había de ocurrir á su cara mitad.

Líbrenos Dios de mujer traviesa y atrevida. La audacia, cuando asienta en una mujer, se despliega en términos tales, que sobrepuja á la de diez hombres traviesos y atrevidos puestos de acuerdo. La imaginación femenina es temible. Piensa y ejecuta.

Pasaron los ocho ó diez primeros días de la boda, aquellos en que vimos al matrimonio Alland discutiendo la conveniencia de ofrecer la casa; la suerte quiso que por aquellos días se hablara mucho del famoso expediente de las salinas, y la prensa auguraba la pronta caída del Ministerio.

Alland iba al suyo todos los días, y al volver á su casa, hablaba con su adorada esposa de cuanto le había ocurrido en el día. En los primeros meses de casados los maridos lo cuentan

todo. Después van haciendo economía de narraciones.

Alland y su mujer veían que su posición oficial estaba amenazada de muerte, y digámoslo claro, ni Jorge ni su esposa se resignaban á perderla como decía él, á *palo seco.*

Cuando un hombre como Jorge toma la politica como una industria, y perdone el lector lo descarnado de estas reflexiones, que de seguro no hallará desusadas, una cesantía en luna de miel es un verdadero trastorno. Si este hombre se ha trazado un plan y este plan consiste en medrar dentro de una situación en cuya permanencia se esperaba, y ve que la situación se desmorona, naturalmente ha de pensar en el modo más hábil de capear un temporal que anuncia nubes lejanas.

Marido y mujer discurrían sobre esto y Jorge decía:

—Caeremos; y hasta que volvamos, pasará mucho tiempo, y aunque yo sé que una temporada larga de oposición me brinda mil ocasiones de hacerme famoso, mejor fuera aprovechar la influencia ganada y llegar por el camino derecho al punto que me he propuesto.

A esto decía siempre Adela, que por el camino derecho no se llegaba nunca á ser nada.

Jorge sonreía y Adela le recordaba entonces un número dilatadísimo de nombres propios. Fulano y Zutano y Perengano habían llegado

á ministros en poco tiempo; ayer eran unos *cursis* (la palabra le gustaba á Adela extraordinariamente) y hoy tienen trenes y casas propias; valían menos que Jorge y habían llegado á más.

Esta apología de los contemporáneos acababa siempre con la misma frase:

—No seas tonto.

Y como Jorge no era tonto, y lo que le decía su mujer era la verdad, y sobre todo, su mujer se lo decía por su bien, Jorge estaba encantado de haber hallado una compañera tan á propósito y en la que veía un poderoso auxiliar de sus grandes miras.

Pero ¿qué podía hacer él en aquellos momentos para resolver de una vez su situación de hoy y la de mañana?

¿Quedarse con los hombres que sucedieran al actual? Esto era indecoroso; peor todavía, era vulgar. Es lo que hubiera hecho un pobre empleado de diez mil reales con mujer y seis hijos.

¿Ver caer la situación sin haber tenido tiempo de desarrollar todo el sistema de contemplaciones, servicios extraordinarios, visitas y súplicas y demás pequeñeces en uso, para ascender y llegar á lo que se desea?

Esto era desconsolador en extremo.

¿Dejar las cosas en tal estado y esperar á lo que Dios quisiera? No era esto lo que pedía el

temperamento de Jorge Alland, acostumbrado al movimiento, á la lucha y á todo lo que la política ofrece de más apetitoso.

La inefable dicha de los primeros días de casados, la turbaba el desasosiego en que ambos esposos vivían.

Una tarde volvió Jorge de la oficina y le dijo á su mujer, que el expediente famoso de las salinas quedaba sobre su mesa.

Después de haber sufrido una tramitación larga y oscura, este kilogramo de papeles atados con dos ó tres varas de balduque, se había estacionado en uno de los negociados, sin que nadie se atreviera á tocarle. Era uno de esos asuntos, que cuando llegan al momento de su resolución se estancan, porque ningún funcionario un poco experto se atreve con ellos.

Pero como las oposiciones habían pedido la resolución inmediata, y todo el mundo hablaba de ello, creyó el Gobierno prudente resolver la dificultad de un modo hábil, para que sin menoscabo de su crédito pareciera que el asunto quedaba ultimado.

Tocóle á Jorge roer este hueso, y el día en que se le encomendó el negocio, volvió á su casa pensativo.

Adivinó Adela que algo le sucedía, y así que lo supo, sus ojos brillaron de una manera extraordinaria.

Ella fué la que auguró á Jorge la dimisión en la forma que ya el lector conoce.

Negarse á poner las manos en el asunto, preferir la cesantía á la culpabilidad. Protestar de su rectitud ante el país y poner en evidencia á todo un Gobierno. Esto era tremendo, inusitado, escandaloso, pero abría muchos caminos. Tal era el criterio de Adela.

———

X

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Y lo que sucedió, ya el lector lo sabe.

Un gran escándalo. Jorge, celebrado por todos los partidos que esperaban contarle pronto en su seno. Las oposiciones aprovechando lo sucedido para exigir estrecha cuenta al Gobierno. El Gobierno en crisis. La situación desmoronada, y contra lo que se creía, Jorge libre, feliz, aclamado, celebrado, porque si alguien debiera haberle perseguido, eran los ministros salientes, que no los entrantes.

Los entrantes ofrecieron desentrañar todo lo que hubiera de grave en el expediente famoso; y con esto, y disolver las Cortes, quedaron en posesión tranquila del poder.

Para que nadie se dé por aludido, ni se nos tache de poner en evidencia á partido alguno, el lector nos permitirá que llamemos ministerio *verde* al saliente, ministerio *azul* al entrante, partido *amarillo* al de oposición más rabiosa, partido *blanco* al más exageradamente reaccio-

nario, etc. De este modo podremos seguir el hilo de nuestra narración sin aparecer parciales.

Adela estaba en el comienzo de su carrera política. Decimos esto, porque aquella mujer se había propuesto, como muchos hombres, hacer su carrera, y para ello, había comenzado á ilustrar á su esposo.

¡Qué ajeno estaba el país de que todo cuanto sucedía era obra de una mujer hasta entonces desconocida!

—Ya ves, le decía á su esposo al día siguiente de los acontecimientos; ya ves como yo tengo mis ideas.

—Ideas diabólicas, dijo Jorge, pero no por eso menos dignas de aplauso.

—Ahora, repuso ella, es preciso pensar en algo más perentorio.

—Me figuro lo que quieres decir.

—Hay que vivir hasta Dios sabe cuando.

—Indudablemente.

—Y para vivir se necesita dinero.

—Y ahora más que nunca.

—Es claro, repara en esas tarjetas que hay sobre la mesa. Todo el mundo nos convida. Comida en casa del nuevo Ministro de Hacienda. Banquete de corresponsales de periódicos extranjeros, té en casa de la generala...

—Bien, ¿y qué tienes pensado?

—Tengo pensado llamar á mi padrino.

—¡Ah!

—Decirle que nuestra situación es penosa...

—Y...

—Y no hace falta más.

—No olvides que tu padrino está afiliado á los *azules*.

—Precisamente por eso le llamo.

—¿Cómo?

—¿A qué bando piensas afiliarte ahora?

Jorge miró á su mujer fijamente.

—No había pensado en eso... todavía, dijo.

—¿Qué es *todavía*? exclamó Adela. Hay que fijar bien las cosas; hay que pensar desde hoy mismo en lo que se ha de hacer. Pensar que los *verdes* te han de mirar á la cara *por ahora* es una tontería. Al dejar tu puesto has dejado á tu partido. Eres el hombre de moda, porque eres el hombre de bien que tiene el valor de sus actos, pero no has de quedarte en tu rincón á defender pleitos. Por consiguiente, señor don Jorge, ¿adónde vamos?

Y al decir con cariñosa sonrisa estas palabras, Adela se cruzó de brazos.

Jorge se levantó, se dirigió hacia ella, y la estrechó contra su corazón.

—¿Sabes una cosa? le dijo.

—¿Qué?

—Que desde ayer te quiero mucho más.

—¡Hola!

—Sí, Adela mía, mucho más, y necesito hacerte una advertencia...

—¿Sobre?

—Sobre tu padrino.

—Ya sé que no te es muy simpático.

—Error grandísimo es ese. Me parece un excelente señor.

—Pues...

—Pero recuerdo que era protector indirecto de tus amores con el estudiante.

Adela soltó la carcajada.

—Vamos, dijo, hacía muchos días que no se hablaba del estudiante, ¿verdad?

Jorge frunció el ceño.

—¿Crees,—dijo—que tengo celos?

—No, porque esa es pasión de tontos, y tú no lo eres.

—Harto sé yo que no quieres...

—¿Cómo?

—Que *no querías* al jovencito ese. Pero tu padrino... recuérdalo, no aprobó tu conducta con él.

—Mi padrino lo que deseaba éra que yo me casara, y dudaba de que tu intención fuera pedir mi mano.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—¿Por qué no ha venido por acá tu padrino desde que nos hemos casado?

—Por temor de enojarte.

—¡Ya!

—No se le oculta que le tienes entre ojo.

—Ya.

—Y sin embargo, yo sé que te estima mucho.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque al tener conocimiento de nuestra boda se alegró.

—Sin embargo, no estuvo en ella.

—Estaba en sus haciendas de Andalucía.

—No faltó quien me dijera que se había ido por no estar en la ceremonia.

—Es falso.

—Que auguraba muy mal de nuestra boda.

—Falsísimo.

—Que era amigo de tu novio anterior.

—¡Una sola vez le ha visto!

—Tu padre me ha dicho que el señor de Paret es muy listo.

—Por eso no debemos perder su amistad.

—Tu mamá le detesta.

—Manías.

—En fin...

—En fin, yo quisiera que le trataras, y tengo la seguridad de que cambiarías de opinión.

—Y sobre todo...

—Y sobre todo, ahora que puede sernos muy útil.

—¿Crees tú?

—Paret es un hombre riquísimo. Me ha visto nacer, me conoce mejor que mis padres. Si yo le digo...

—¡Oh, no! dijo Jorge levantándose de la silla y paseando por el cuarto.

—Ya te has figurado, observó Adela, que voy á pedir á mi padrino alguna cantidad de dinero como si se tratara de algún usurero.

Jorge cesó de andar.

—No, hombre, no; las cosas no se hacen así. Veo que yo, pobre mujer, conozco el mundo mejor que tú.

—Tal vez, contestó Jorge.

—Déjame que te presente á ese respetable amigo, y lo demás corre de mi cuenta.

Jorge, después de sacar el labio inferior, arquear las cejas y encoger los hombros, dijo:

—Bueno.

—¿Recuerdas, dijo Adela, lo que me decías á los pocos días de casados? La vida que hemos de hacer requiere gastos, obligaciones que hay que cumplir irremisiblemente. ¿Qué te contesté yo?

—¡Qh, sí! me probaste que tú sabrías engañar al mundo haciéndole creer una fortuna que no tenemos.

—Pues si además de eso tenemos lo indispensable...

Jorge no respondió. Conforme iba andando por el cuarto, siguió hacia el pasillo y abrió la ventana que daba al patio.

Adela se levantó y fué detrás de él para reñirle por su grosería.

Pero se detuvo al oír en el patio estas palabras, que decía la portera á alguien que hablaba con ella:

—Pero hombre de Dios, ¿es usted sordo? Le digo á usted que D. Horacio Galán vive aquí, pero que no está en casa.

Jorge cerró la ventana y siguió andando de frente, con las manos en los bolsillos, sin decir nada.

Adela se volvió de puntillas al gabinete y diciendo para sí:

—¡Tendría que ver!

XI

EN CASA DE LA CONDESA

—¡Prima! ¡Primita! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, en el gabinete!

—¿Se puede?

—¡Sí!

—¡Que traigo *eso*!

—¿Cómo?

—¡Que aquí está lo prometido!

Así hablaba Fernando, á la vez que atravesaba los extensos pasillos de casa de su prima.

Presentóse ante ésta con tal aire de triunfo, que la condesa no necesitó saber más.

—¡La credencial! exclamó radiante de alegría.

—¡*Eccola!* gritó Fernando enseñando el papel.

La condesa le tendió su mano con marcada expresión de reconocimiento.

Fernando se la besó.

—Eres una notabilidad, primo, le dijo. Quién había de figurarse que á estas horas...

—¿Vienes del teatro?

—Sí; y vete que es muy tarde.

Fernando se sentó reposadamente.

—Tenemos que hablar, dijo.

Sentóse también la condesa.

—Cuando un hombre, dijo Fernando, logra en *ocho horas*, prima mía, en *ocho horas*, una credencial que representa doce mil reales de sueldo, este hombre es acreedor á que se le dé una taza de té y á que se le oiga por espacio de treinta minutos.

—Soy toda oídos, dijo la condesa.

Y después de pedir el té se dispuso á escuchar á su primo.

Éste dijo.

—Todo lo que á tí se refiere me interesa en extremo. Yo, que soy un hombre acostumbrado á ver mucho malo, cuando encuentro en el mundo una persona virtuosa como tú, le dedico toda mi atención y todos mis cuidados.

—¿Tus *cuidados*? preguntó la condesa riendo.

—Sí.

—Explícate.

—Yo tendría un verdadero pesar el día que supiera que te habías enamorado.

—¡Ah!

—Me tiene sin cuidado el asedio del general Guijarro, que es un carcamal ridículo. Me dan risa las pretensiones del Ministro que ha firmado esta credencial, y que según acabo de ver, también espera que le hagas dichoso con

una mirada. Los mil *niños* que vienen á tu casa y te abruman á galanterías, me divierten. Pero quisiera saber, si no es un secreto, quién es D. Horacio Galán.

La condesa prorrumpió con una estrepitosa carcajada.

Después dijo:

—¿Te interesa mucho saberlo?

—Muchísimo.

—Pues yo tengo mucho gusto en decírtelo. D. Horacio Galán es un estudiante de medicina.

—¿Eh?

—Un estudiante de medicina.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, Fernando miraba al suelo y la condesa le miraba á él.

Fernando dudaba de la verdad de las palabras de su prima, y no se atrevía á decírselo.

Ella entonces quiso sacarle de la duda, y dijo:

—Tú ya sabes que yo tengo una casa en la calle de Jorge Juan.

—Sí.

—Sabes también que tengo un administrador muy curioso y muy parlanchín.

—Sí.

—Sabes que me cuenta todo lo que sabe y todo lo que se figura.

—Sí.

—Pues bien, anteayer me refirió una historia que me ha llegado al corazón.

—¿Y me la vas á contar?

—En muy pocas palabras.

—¿A ver?

—Figúrate que ha tomado el cuarto cuarto un muchacho que se muere de amor.

—Caso raro.

—Rarísimo. Ha reñido con sus padres y vive en la última miseria, sólo por estar cerca de la mujer que ama...

—¡Bah!

—Y que se ha casado con otro.

—¡Prima, perdón!

—¿Perdón de qué?

—De lo que voy á decirte.

—¿Tan grave es?

—Díme que me perdonas.

—Perdonado. Habla.

—Pues... no creo lo que me has dicho.

—Si yo no te conociera muy á fondo me ofendería, dijo la condesa; pero tus dudas me son gratas.

—¿De veras?

—Sí. Y con muy poco trabajo puedes salir de ellas.

—No sé como.

—Toma el coche, vas á la calle de Jorge Juan y entregas tú mismo la credencial al interesado.

—¿De parte tuya?

—¡Oh, no! Quiero que ignore que soy yo quien le favorece.

—Eso te honra en extremo.

—Siempre hago así los favores que puedo; y supongo habrás quedado convencido de que al dar una modesta posición á ese pobre muchacho, no tengo otro interés que el de ayudarle á sobrellevar su desgracia.

—¿A quién he de decirle que debe su nombramiento?

—A nadie.

—¿A nadie?

—Yo pensaba haberle mandado el nombramiento bajo un sobre...

—¿Dónde tienes los sobres? dijo Fernando mirando á un velador donde se veían algunos pliegos de papel.

—En ninguna parte. *Exijo* que vayas tú mismo á llevar ese papel.

—¿Te has enojado conmigo?

—No.

—¿Por qué lo niegas?

—Nunca he negado lo que siento.

—Voy pues, y vuelvo.

—Ve y no vuelvas; porque es muy tarde, y yo voy á recorgerme en este momento. Pero ven mañana á almorzar y me contarás lo que haya pasado.

—Entérame bien de lo que deseas. Yo llego ahora mismo á la calle de Jorge Juan, pregunto por Galán, le veo á toda costa y le digo...

—Le dices, por ejemplo: El nuevo Gobierno...

—Repara, primita, en que no habrá Gobierno nuevo hasta mañana.

—Es verdad; pues le dices: El Gobierno que acaba de caer... no ha querido dejar el poder sin premiar los servicios de usted.

—Ya.

—Y añades lo que quieras.

—¿Nada más?

—Sí, algo más.

—Venga.

La condesa pensó algunos instantes.

Luego dijo:

—Procura convencerle de que hace mal en darse tormento por la mujer que le ha dado tan terrible desengaño.

—¡Ah, luego tú la conoces!

—Sí.

—¿Quién es?

—No sé si tú la conocerás. Es la mujer de Alland.

—¿Alland? ¿El que ha causado la crisis?

—Ese.

—¡Le conozco mucho!

—¿A quién, á Alland?

—Ya lo creo.

—¡Cómo lo celebro!

—¿Y por qué?

—Fernando, eres insoportable, dijo la condesa riendo.

—¿Por qué? ¿Porque lo quiero saber todo?

Tienes razón, pero veo en todo esto algo muy raro, algo que no comprendo, algo en que tu corazón ó tu cabeza andan de por medio, y te lo aseguro, no estoy tranquilo.

—Yo celebro mucho tu intranquilidad, porque prueba un interés que nunca agradeceré bastante.

—Todo eso es muy bonito como cumplimiento.

—¿Quisieras que no fuese cortés contigo?

—Quisiera que habláramos una vez siquiera como primos...

—¿Eh?

—Como amigos...

—Pero...

—Como...

—Acaba.

—No; no es ocasión. Voy á cumplir tu encargo. Mañana á las doce estaré aquí, almorzaremos juntos y hablaremos, ¿oyes? Ahora, dame ese papelote, que voy á entendérmelas con el estudiante dichoso.

—Toma.

Fernando cogió el papel y se lo guardó en el bolsillo. Después tendió la mano á su prima, que al dársela, recibió otro beso más apretado que el primero, y se puso ligeramente encarnada, bajando los ojos y diciendo á la vez:

—¡Adiós, loco!

Pocos momentos después Fernando llegaba á

la casa de la calle de Jorge Juan, preguntaba por Horacio, la portera le decía que no estaba, y Fernando se empeñaba en subir al cuarto cuarto, ocasionando todo esto un altercado, que llamó la atención de Jorge Alland, como vió el lector, moviéndole á escuchar por la ventana del pasillo, oyendo lo que también oyó Adela y lo que ninguno de los dos quisiera haber oído.

XII

DISCUSIÓN PRÁCTICA

En tanto que esto sucedía, Horacio estaba en el café de Madrid leyendo la biografía de Alland.

Cada renglón que leía le producía un movimiento de ira.

—Nada,—decía para sí—aquí no hay nada que revele un hombre extraordinario. ¿Qué es la popularidad? ¿Por qué razón ocupa este hombre hoy la atención pública? ¿Con qué derecho se interrumpe la monotonía de la vida de un pueblo para hacerle saber que este caballero fué á la escuela, estudió latín, cursó filosofía, hizo artículos de periódico y entró á servír en la Dirección de Tal con cuarenta mil reales de sueldo?

¿Que se guarda para el ingeniero que rompe el istmo, horada la montaña, salva las distancias y une á los pueblos?

¿Qué debe decirse del médico que lucha con

la muerte y prolonga la vida de un ser á quien la humanidad daba por perdido?

Estos políticos, estos literatos, estos cantantes, tienen acaparada la popularidad de un modo lamentable.

¡Los hombres de ciencia no son nada al lado de los que escriben artículos, escenas, redondillas ó sonetos!

¡Reniego de los farsantes!

Así decía Horacio leyendo y recordando que aquel *hombre de moda* era el dueño de Adela, cuando oyó en la calle, á la misma puerta del café estas palabras:

—¿Qué haces ahí hombre? ¡Ya podía yo buscarte!

Alzó los ojos y vió á Pepe Calleja cubierto de polvo.

—¡Pepe! gritó Horacio levantándose y arrojando el periódico.

—¡Horacio!

Y los dos amigos se confundieron en íntimo abrazo.

Horacio lloraba como un niño. Ya estaba en los brazos de su mejor amigo. Ya podía hablar de sus penas. Había llegado el momento en que su corazón podía desahogarse, y esto era para Horacio media vida.

—¡Por vida de! gritaba Pepe Calleja llamando la atención de los concurrentes al café. ¿Con que estamos en plena desesperación? Pues hijo

de mi alma, aquí me tienes á mí, que vuelvo sin un cuarto y alegre. ¡A mal tiempo buena cara! Vamos á tomar algo.

Y comenzó á dar palmadas sin cesar hasta que vino un camarero.

—Yo traigo hambre, dijo Pepe. Voy á comer, ¿y tú?

Horacio se acordó en aquel momento de que no había comido todavía.

Pepe hizo el *menu* de la comida improvisada y mascando y bebiendo hablaron los dos amigos lo siguiente:

—Con que vamos á ver; resulta que aquella Adela tan pura y tan consecuente...

—No la insultes.

—No, hombre, no, Dios me libre, pero digo que resulta que aquella virtud...

—¡Que no hables irónicamente!

Pepe Calleja comía y reía.

—¡Es grande esto! exclamó. Le engañan y no quiere quejarse. Le venden y no quiere darse por vendido.

Y sacó la carta de Horacio.

—Aquí—dijo—me la pintas como un ser perverso.

—Es verdad.

— Dices que te ha engañado miserablemente.

—Cierto.

—Que se ha casado con...

Horacio enseñó á su amigo el periódico donde estaba el retrato de Jorge.

—Con este, dijo.

Pepe Calleja miró al retrato y dijo.

—¡Si le conozco mucho!

Horacio abrió los ojos demesuradamente.

—¿Le conoces? preguntó.

—¡Ya lo creo!

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¿De qué?

—De que le he debido mil atenciones.

—¿Tú?

—Yo, hombre, yo, ¿tiene eso algo de particular?

—No, de particular, nada.

—Pues entonces...

Y antes de que Horacio pudiese hablar, dijo Pepe:

—Figúrate que don Jorge me facilitó el primer dinero para mis negocios... Te advierto que el señor Alland es una de las personas más estimables que hay en Madrid... nada, no arrugues el entrecejo, yo le defiendo. Cuando yo era revendedor, *el señorito* (que así le llamaba yo entonces) me tomaba muchas butacas para los teatros y no me las pagaba nunca...

—¡Tramposo! exclamó Horacio con rabia.

—Déjame hablar.

—¡Bribón!

—Cállate, que no he concluído. Como te digo, nunca me pagaba, y la cuenta iba subiendo, subiendo... ¡Oh! de esto hay mucho, si tú supieras cuantos caballeretes hay que tienen crédito con los muchachos...

—Sigue.

—Pues verás. La cuenta llegó á cerca de dos mil reales; entonces don Jorge era... yo no sé lo que era, nada, él iba al Congreso y á las tertulias de los ministros... ¡qué sé yo! el resultado fué que un día yo le esperé á la puerta del Teatro Español y quise darle un escándalo... con que él me llamó aparte y me dijo: Mira, Pepe, dentro de poco yo podré hacerte algún servicio que vale mucho más que todo eso... ten paciencia y veremos...

—¡Pillo!

—¡Calla, hombre!

Yo tuve prudencia... pensé y dije:—¡Quién sabe! Esperemos.

—¿Y esperaste?

—¡Tengo yo muy buen ojo para los negocios! A los dos meses le dieron un destino muy gordo, y cátate que se anuncia la subasta de la impresión de unos estados... yo que había sido antes impresor y sabía que estas cosas siempre dejan algo, cojo y ¿qué hago? me voy á ver á mi maestro, el dueño de la imprenta de la calle del Pez y le digo:—D. Pedro, yo tengo ahorrados treinta mil reales, si usted quiere poner

otros treinta mil, vamos á presentarnos á la subasta y puede ser que yo halle manera de que seamos los favorecidos...

—Ya adivino...

—¿Callarás?

Efectivamente, fuímos á ver al señor Alland, que me recibió enseguida; estuvo cariñosísimo, me recordó lo agradecido que estaba á mis atenciones, nos dijo que la subasta se había suspendido y que la impresión iba á hacerse por administración...

—Eso no es legal.

—¿Pues no ha de serlo? A los ocho días nos dieron la impresión á nosotros, yo cedí mi parte á don Pedro, gané tres mil duros y le devolví al señor Alland el pagaré de dos mil reales que me tenía hecho, y además le regalé un abono á Jovellanos.

Desde entonces, añadió Pepe, don Jorge y yo hemos sido siempre buenos amigos y te aseguro que le serviré en todo y por todo, porque es una excelente persona.

Eso no quita para que yo deplore muy de veras que te haya quitado la novia y para que haga cuanto tú quieras. Con que vamos á ver, tu dolor pasado ya me los has referido en tu carta. Ahora supongo que me revelarás tus planes futuros. ¿Qué haces? ¿Qué piensas hacer? ¿Vas á dedicarte á llorar tu desengaño y nada más? ¡Eso no es de hombres!

—Pepe, dijo Horacio, yo estoy en tan desesperado caso, que necesito de toda tu amistad.

—Pues aquí me tiene.

—Quiero tener á toda costa una entrevista con Adela.

—¿Y para eso me buscas á mí?

—No: te consulto sobre la conveniencia de dar este paso.

—Me parece un disparate mayúsculo.

—¡Pepe!

—Yo supongo que me consultas para que te diga la verdad.

—¡Oh, sí!

—Por eso aseguro que lo que piensas es un gran desatino.

—Necesito que ella misma me diga que no me quiere.

—La prueba que no te quiere es que se ha casado con otro.

—No.

—¿Cómo no?

—Adela es ambiciosa y ha hecho una boda de conveniencia.

—Y ha acertado, porque Alland ha de ser prontro ministro.

Horacio, después de unos instantes de pausa, dijo.

—Si yo le dejo.

Al oír esto Pepe Calleja, dejó sobre la mesa el vaso que tenía levantado para beber y exclamó:

—Chico, tú estás loco.

Horacio continuó.

—Tú que eres amigo de Alland podrás entrar en su casa.

—Pienso ir á verle en cuanto sepa donde vive. ¿Lo sabes tú?

—Yo no, dijo Horacio, ignorante de la vecindad que con Jorge y Adela tenía.

—Yo lo averiguaré y le veré en seguida. En mí es un deber darle la enhorabuena...

—¿Por su traición?

—Por su abnegación.

—¡Es un farsante!

—O un hombre práctico.

—Reniego de los hombres prácticos.

—Entonces renegarás de mí, porque yo lo soy. !Ah, Horacio! Si yo fuera tan impresionable como tú, debería ofenderme. Ni siquiera me has preguntado que tal me ha ido en Zamora.

—Es verdad: ¿has perdido el dinero?

—Todo, pero no me importa. Traigo proyectos...

—¿Con que decíamos que ibas á ver á Jorge Alland?

—¡Ah! sí. Le veré mañana. ¿Qué quieres?

—Que seas amigo de Adela.

Con un carácter como el mío, no es difícil; pero ¿qué voy á lograr con eso?

—Hablarle de mí.

—Y tú que tachas de traidor á don Jorge ¿quieres que yo le sea traidor á él?

Horacio calló.

—No, amigo mío, no, dijo Pepe, cree á quien te estima muy de veras. Déjate ya de pensar en Adela y en todas esas tonterías que te están volviendo loco, vuélvete á tu pueblo, veranea en calma y el año que viene acaba tu carrera, que hay de sobra en el mundo mujeres más bonitas y más consecuentes que tu ex-novia, con las que serás muy feliz sin perder el tiempo en fantasías.

—¡Tú eres un mal amigo, egoísta, necio y material y tan farsante como Alland, gritó Horacio poniéndose de pie, y lo que siento con toda mi alma es haberte hecho confidente de penas que los imbéciles como tú no pueden entender nunca!

Al oír este *exabrupto*, Pepe Calleja cogió un vaso y se lo tiró con tal fuerza á su amigo, que á no haberse apartado éste á un lado, de fijo le rompe la cabeza. Con la misma rapidez dióle Horacio una soberana bofetada, y agarrándose ambos por los respectivos cuellos salieron al medio del café, cuyos concurrentes todos se les vinieron encima, logrando separarles no sin el consiguiente ruido y el alboroto de cajón en tan desdichados casos.

Horacio se marchó por la puerta que da á la calle de Alcalá y Pepe por la que da á la carrera de San Jerónimo.

Una amistad de quince años se había roto por un consejo prudente.

Pepe que era rencorosillo iba diciendo por la calle.

—¡Te aseguro que la has de pagar, y pronto!

XIII

SUEÑOS DE MUCHACHO

Cuando Horacio llegó á su casa encontró á Fernando en la puerta.

—Ese que viene es, dijo la portera.

—¿Don Horacio Galán?

—Servidor de usted.

—Quisiera tener el honor de hablar con usted breves momentos.

Horacio se puso colorado hasta las orejas.

Pensó en lo destartalado de su cuarto y al ocurrírsele que debía recibir en él á persona tan distinguida, tuvo vergüenza.

Vió á la puerta el coche de Fernando; oyó á éste decirle al cochero que se marchara, porque él volvería á Madrid á pie; y lleno de confusión aprovechó estos breves instantes para inventar una excusa.

—No tengo el honor.... balbuceó.

—Fernando de Casanval, secretario de la embajada española en Londres, dijo el pollo con cierta afectación.

Horacio le dijo:

—Tengo mucho gusto, pero....

—Vengo á hablarle á usted de un asunto que ha de sorprenderle y agradarle mucho.

—Caballero, yo....

—Pero como á esta apreciable señora—y Fernando señaló á la portera que les miraba con estúpida fisonomía,—no le importa nada todo esto, creo que sería conveniente que usted me recibiera en su casa.

Ya no había más remedio que subir.

Horacio continuaba tartamudeando.

—Yo tendré mucho gusto.... en que usted honre.... aquel miserable chiribitil....

—¡Bah! dijo Fernando. Con la noticia que yo traigo se mudará usted á otro mejor.

Continuaba Horacio en un mar de confusiones y sin saber qué pensar de todo aquello.

Subieron. El estudiante encendió un cabito de esperma y colocándolo encima de una salvadera de loza, invitó al elegante á sentarse en una de las dos sillas que en el aposento había.

Fernando después de pasear la mirada por el cuarto, dijo:

Pues ha de saber usted que el Gobierno de S. M., teniendo en cuenta los relevantes méritos de usted, le ha nombrado auxiliar del Ministerio de...

Horacio no le dejó continuar.

—Usted viene equivocado, caballero, le dijo.

—No, no, señor mío, no vengo equivocado, observó Fernando sonriendo; y en prueba de ello aquí está el nombramiento.

Y se lo entregó.

A la pobrísima luz del cabo leyó Horacio aquel pliego de papel en que estaba su nombre y volvió á mirar á Fernando con espantados ojos.

¿Puedo saber, dijo, á quién debo este beneficio?

—Al Ministro, respondió Fernando.

—Y... usted, todo un secretario de la embajada de España en Londres se ha tomado la molestia de venir á mi casa á las doce y media de la noche para traer el nombramiento mío?

—¿Eh?

—Permítame usted, señor, dijo Horacio tendiendo el papel como para entregárselo á Fernando, que vea en todo esto algo que no comprendo, y que mientras no sea muy claro para mí me impide aceptar este favor, que no por eso agradezco menos.

—Señor mío, dijo el primo de la condesa después de reflexionar algunos momentos. Estamos en momentos de crisis, el Ministro que es además primo mío, no quería dejar la cartera sin hacer *lo de usted*. Yo vivo aquí cerca...

Fernando mentía tan mal que Horacio no le dejó seguir.

—Todo eso, le dijo, es un tejido de excusas

que no puedo creer. Si como supongo, alguna persona que se interesa por mí ha querido colocarme, no hacía falta calumniar al Gobierno haciéndole justo y protector de la juventud. Acabemos, pues. ¿Qué significa esto?

—Supuesto que usted me sale al paso, dijo Fernando levántadose, ya debe usted comprender que cuando no hablo con más claridad es porque ni puedo ni debo. Se me ha encargado el secreto. He cumplido mi comisión y me retiro.

Cogió su sombrero y se marchó.

Horacio estaba tan asombrado, que no tuvo tiempo de detenerle; se quedó de pie con el pliego de papel en la mano y pensando tantas cosas que creía volverse loco.

Pero lo cierto, lo indudable era que estaba nombrado; que tendría desde el día siguiente, en que podía tomar posesión, doce mil reales; que tal vez aquel nombramiento se lo había procurado alguna mujer que estuviese enamorada de él. Que se veía en camino de ser algo. Que Alland había empezado por menos según se contaba en la biografía...

Oh! Las cosas que pensó Horacio desde la una de la noche hasta las cuatro de la mañana!

Cuando entró en su cuarto el primer rayo de sol, se acostó el estudiante y se quedó dormido soñando mil disparates.

XIV

EXPLICACIÓN NECESARIA

A las nueve de la mañana subió la portera y comenzó á dar golpes en la puerta.

Horacio despertó sobresaltado.

—¡Quién! gritó.

—Abra usted, don Horacio, soy yo, la portera, que le traigo á usted un recado.

Lo menos que se figuró él fué que la portera le traía el ascenso.

Desde que vivía en aquel cuarto nadie había llamado á su puerta.

Se levantó en calzoncillos y fué á abrir la puerta.

—¿Qué ocurre? dijo.

—Pues... el vecino del cuarto principal me ha dicho que desea hablar con usted.

—¿El vecino del principal? no tengo el gusto de conocerle.

—Ni él á usted porque me ha estado pidiendo noticia de su *presona*...

—¿De mí?

—Sí, señor, y luego me ha encargado le diga que necesita verle muy pronto.

—¿Y quién es ese caballero?

—Ah, pero usted no le conoce ni de nombre?

—No.

—Puede que sea usted el único en Madrid.

—?Cómo se llama?

—Don Jorge Alland.

—¡¡¡Qué!!!

Dijo Horacio y cayó sobre la silla.

—¡Ay que Dios! exclamó la portera. Pues no le ha chocao á usté poco!

Horacio estaba como petrificado.

—¿Vive... en el principal? dijo por fin.

—Hace mes y medio.

—¿Es ahí donde suena un piano?

—¡Pues claro!

—Y la que toca...

—Doña Adela.

—¿Su esposa?

—Claro.

—¡Ay, señora Teresa! Debió decírmelo el corazón.

—¡Puede!

—¿Y dice usted que el señor Alland desea verme?

—Así me ha dicho.

—Baje usted y dígale que voy enseguida.

La portera se marchó y Horacio comenzó á

dar paseos por su cuarto como un león enjaulado.

¡El rival, el hombre aborrecido, el esposo de Adela, le llamaba! ¡Es decir, que aquel hombre le temía!

Esto fué lo primero que pensó Horacio.

Después creyó que le llamaba sin saber quien era. La entrevista tendría otro objeto que los amores de Adela y el estudiante. ¿Cómo era posible que Alland quisiera conocer al que durante tanto tiempo había sido amante de Adela?

Tal vez habría sabido que vivía en la vecindad y...

—Pero ¿á qué es pensar tanto? dijo por fin. El hecho es que me llama, y que voy... que dentro de poco estaré en su casa, en la casa donde ella vive... tal vez la veré...

Ea, Horacio, exclamó, salgamos de dudas.

Y bajó.

Al verse delante de la puerta del cuarto principal, por junto á la cual había pasado tantas veces durante un mes, ignorante de que detrás vivia el amor único de su existencia, sintió Horacio una emoción tal que creyó perder el sentido.

Sonaba el piano dentro y se oían por el pasillo los tacones de un hombre que paseaba.

Horacio tiró de la campanilla.

Los tacones sonaron más cerca y el mismo Alland abrió la puerta.

Qué deseaba usted? preguntó.

—Soy.... Galán, dijo el estudiante mirándole de hito en hito.

El rostro de Alland palideció ligeramente. Miró con curiosidad al estudiante y enseguida dijo:

—Tenga usted la bondad de pasar.

Horacio le siguió.

En aquel momento cesó la música del piano.

XV

ME QUIERO CASAR CONTIGO

A la misma hora en que Alland y Horacio hablaban lo que luego se dirá, entraba Fernando en casa de su prima.

La condesa había invitado á almorzar al general Guijarro y al señor de Paret, á quien tengo el honor de presentar á ustedes.

Al general ya le conocemos. Del señor de Paret hablaremos ahora.

Era lo que se llama un hombre respetable. Ejercía la magistratura. Había sido diputado dos ó tres veces, gobernador seis, presidente de varias sociedades de ahorros, director de un periódico de tribunales y accionista del Banco. Era soltero.

No era viejo este señor. Podría tener cincuenta y dos años. Su fisonomía era de una gravedad tal, que infundía respeto. Completamente afeitado, limpio, con los ojos garzos casi cubiertos por las pobladísimas cejas que acentuaban la severidad de su fisonomía, el señor de Paret,

ó don Sebastián, como le llamaban en casa de la condesa, de quien era apoderado general, tenía las simpatías de todo el mundo

Hablaba poco, y siempre para conciliar voluntades.

Nunca murmuró de nadie; para él todo el mundo era bueno.

Disculpaba los defectos de los demás y se complacia en exponer los suyos.

Gozaba fama de íntegro como pocos.

La condesa aseguraba que su fortuna había triplicado desde que don Sebastián la administraba.

Era en fin, lo que se llama un excelente señor, de quien nadie tenía quejas.

El general y él llegaron antes que Fernando. Guijarro comenzó su tiroteo de galanterías, que á la condesa le divertían mucho y á don Sebastián le arrancaban sonrisas.

—Este general, decía, siempre de buen humor.

—¿Pero quién puede haber triste delante de esos ojos? decía el general golpeándose la bota con el bastón.

—Quien los tiene; observaba la condesa.

—¿Está usted triste?

—Sí por Dios. Hoy me he levantado de mal humor.

—Quiere decir que hoy para nosotros es un día nublado, ¿eh, don Sebastián?

—Don Sebastián tampoco está muy alegre.

—¡Psth! hizo el señor de Paret, no aseguraré que estoy contento, pero crea la señora condesa que mis melancolías no valen la pena de ser contadas.

—Eso es querer ocultárnoslas.

—No, señora. Me tiene un si es no es aflijido no haber podido dar la enhorabuena á mi ahijada.

—¿A la señora de Alland?

—¡Es verdad, exclamó el general, que don Sebastián quiere á esa niña como si fuera su hija! Y diga usted, señor de Paret, ¿qué casta de pájaro es su marido?

—Los hechos lo dicen. Un hombre de grandes condiciones, capaz de derrumbar á un gobierno desde su modesta plaza.

—No tan modesta, observó el general.

—Modesta para lo que ha dado de sí.

—Eso es verdad.

—Bueno, pues el señor Alland y yo no andamos bien.

La condesa se contentó con decir.

—¡Ya, ya!

—Y no andamos bien, porque ha dado en suponer que yo me oponía á su matrimonio con Adela.

—¡Ah!

—Figúrense ustedes, exclamó don Sebastián colocándose de espaldas á la chimenea y apo-

yando el codo en la repisa, ¡si yo había de tener más autoridad con Adela que sus mismos padres!

—Hay quien dice que sí, observó la condesa.

—Pues es un grandísimo error, señora, porque si bien yo como padrino de la niña y amigo antiguo de la casa tengo en ella legítima y grande influencia, no por eso había de inmiscuirme en asuntos tan graves.

—Vamos, don Sebastián, que todo se sabe, dijo la prima de Fernando con cierta sonrisa maliciosa.

—¿Lo dice usted porque yo apoyaba los amores de Adela con aquel Galán, de apellido y de figura? Pues no he de negarlo. Si alguien ha querido bien á mi ahijada es ese pobre chico.

—¿Sabe usted que le he colocado?

—¿Usted?

—Nosotros, dijo entonces el general.

—Vamos, vamos, eso no está bien, mi general, exclamó la condesa. Ya sé que usted ha ayudado á mi primo en esto del nombramiento.

—¿Ayudar? Le he dado la credencial.

—En cambio el ministro saliente me escribe—y la condesa enseñó una carta — que sabiendo mis deseos no había querido dejar la cartera sin complacerme.

—Cosas de ese *carcamal*, dijo el general bastante contrariado. Yo le aseguro á usted...

—Hágase el milagro, dijo don Sebastián, y

hágalo quien quiera que sea. ¿Dice usted que le han dado un destino, señora condesa?

—Sí, señor, y no es malo, no es cualquier cosa, respondió el general; le *hemos* hecho auxiliar de un ministerio...

—De donde resulta que si Adela hubiera esperado, exclamó don Sebastián, acaso el estudiante hubiera hecho la misma carrera que Alland.

—¿La misma? difícil es.

—¿Por qué?

—Porque ya ha habido periódico que ha indicado á Alland para ministro...

Don Sebastián cambió de postura.

—¡Es mucho país! exclamó. En veinticuatro horas hacemos ministro á cualquiera. Lleva uno treinta años de servicios...

Y luego, interrumpiéndose como si le pesara de haberse incomodado, don Sebastián dijo:

—No es esto que yo niegue los méritos del candidato. Téngole por persona instruída, resuelta, muy capaz para todo.

La condesa reía sin decir nada.

—La condesa se ríe maliciosamente, dijo el general.

A lo que respondió ella.

—Será preciso arreglar esas diferencias y hacer que Alland y Paret sean amigos.

—Mucho lo celebraría, dijo don Sebastián.

—¿Verdad?

—Muchísimo. No me hallo sin Adela. Son muchos años los que llevo de quererla y considerarla como cosa propia y...

El general mirando á la condesa dijo:

—Señora, arregle usted eso pronto, porque don Sebastián no vive.

—Nada más fácil. Conozco á Alland bastante. Le he visto en los bailes de casa de mi prima. Pasado mañana doy un té; invitaré al matrimonio. Paret vendrá y se harán las paces.

El rostro de don Sebastián expresó la mayor alegría.

—Ah, señora, dijo, pocos momentos habrá tan felices para mí como aquel en que pueda abrazar de nuevo á *mi niña*.

—Talludita es ya para abrazarla, dijo el general.

—Mi general, usted es muy malicioso.

En este momento entró Fernando.

Saludó con su acostumbrada afabilidad á todos. La condesa pidió el almuerzo. El general le ofreció el brazo y pasaron al comedor.

Ya en la mesa, el general y Fernando comenzaron un fuego graneado de indirectas sumamente graciosas.

Ambos pretendían haber conseguido la colocación de Horacio.

La condesa se contentaba con enseñar de vez en cuando la carta del ministro, lo cual aumentaba la rabia de los contendientes.

Por fin:

—Haya paz—dijo—que yo agradezco á todos sus buenos deseos. Ahora, como quiera que todos están en el *terrible secreto* que anoche preocupó tanto á mi primo, que éste nos diga cómo desempeñó su comisión *cerca* del interesado.

—No me quiso creer, dijo el joven.

—¿Cómo?

—Tuve que marcharme de allí para evitar una discusión acalorada.

—Por supuesto mi nombre no sonó, dijo la condesa.

—Absolutamente.

—La noticia le produciría grandísimo asombro.

—Naturalmente. No podía creer que el gobierno se hubiera acordado de él *porque sí*.

—¡Ya lo creo!

—Se resistía á aceptar el regalo.

—Es una persona delicadísima, dijo don Sebastián.

—Me lo pareció.

—¿Qué te dijo?

—Una de las cosas que más le sorprendieron fué que yo, siendo quien soy, fuese á su casa á las doce y media de la noche á llevarle una credencial.

—Ah, ¿fué usted mismo? dijo el general.

—¿Usted mismo? repitió Paret.

—Ya ves, prima mía, qué efecto hace aquí mi solicitud en servirte, dijo Fernando.

Y antes de que los comensales pudieran contradecirle, añadió con gran expresión.

—Estos señores no saben que eso y más estoy en el caso de hacer por tí.

La condesa le miró con cierta extrañeza:

—Eso y mucho más, ¡porque qué demonio! las cosas ó se hacen bien ó no se hacen; ya es tiempo de que estos señores sepan lo que ni tú misma sabes ni te lo figuras. Ya es tiempo de que yo me ponga serio y diga algo que tengo aquí dentro (y se tocaba el pecho con el cuchillo) hace muchísimo tiempo; algo que va á parecer broma pero que lo digo así *coram vobis*... ¿no se dice *coram vobis*, don Sebastián?

—Sí, señor; sí, está perfectamente.

—Bueno, pues *coram vobis*, para que conste, para que nadie dude de que es una resolución grave que si no se lleva á cabo no será seguramente por culpa mía.

—¿Pero qué es ello?

—Grave debe ser.

—Habla ya, y cesen los misterios.

—Pues es, dijo Fernando acariciando el borde de una copa y mirando á su prima... que me quiero casar contigo.

Hubo algunos momentos de silencio.

La condesa se puso encarnada y miró primero á sus comensales y luego á sus criados.

Don Sebastián bebió sumamente despacio un vaso de agua para dar tiempo á que otro hablara.

El general fué el primero que dijo:

—A esto llamamos los militares un escopetazo.

La condesa no dijo más que esto:

—Efectivamente.

Don Sebastián nada dijo; pero sacó á colación el calor que se dejaba sentir aquel verano y bebió más agua de la que solía.

El almuerzo terminó en silencio.

XVI

PEPA Y PEPE

Pepe Calleja iba por la Carrera de San Jerónimo en dirección á la Puerta del Sol cuando una mujer le detuvo.

—¿A dónde vas, Pepe? ¿Te pasa algo? dijo.

Era Pepita Cobos.

—¡Nada! dijo Calleja. No me pasa nada. ¿Dónde vives? ¿Encontraste casa?

—¡Sí, ya te diré... pero contéstame, ¿te pasa algo?

—Sí, me he dado de bofetadas con Galán.

—¿Con tu amigo Galán?

—¡Con ese, con ese!

—¿Y por qué?

—¡Porque es un estúpido! Porque pretende que yo le lleve recados á su novia que es ya la mujer de un amigo mío.

—¿Quién es ella?

—Adela... Adela no sé cuántos, la mujer de Alland.

—De Alland, ese de la dimisión y de...

—¡El mismo!

—¡Adela! ¡Pues si es muy amiga mía! Ha ido al conservatorio conmigo...

—¿De veras?

—Uf. No conozco otra cosa.

Y enseguida la Cobos añadió:

—Mala persona.

—¿Tú qué sabes? exclamó Pepe.

—La conozco tan bien, que sólo por eso conserva mi amistad.

—¿Luego sois amigas?

—Soy tal vez la única persona de las que la conocieron pobre á quien no ha dejado de tratar.

—Cuéntame, eso Pepilla.

Y Pepe ofreció el brazo á la Cobos.

Andando y hablando llegaron al Prado.

—Pues has de saber que Adela ha sido siempre muy orgullosa.

—Ya.

—Y muy soberbia.

—Ya.

—Y ha tenido pretensiones de gran señora.

—¡Hola!

—El teatro le repugnaba. Decía que por el camino del arte no se llega á nada.

—Ella prefería...

—El camino de la política. Su padre era un honrado portero de la Dirección de Rentas. Su madre una santa. Adela quería tener unos tre-

nes como los del Ministro del ramo, que era entonces el duque de que sé yo cuántos...

—¡Vaya vaya!

—Tenía amores con un estudiante... me le quitó á mí.

—¡Eh!

—Sí.

—¿Quién era él?

—Horacio.

Pepe Calleja se paró y miró fijamente á Pepa. Esta sonrió con cierto aire de satisfacción.

—¿Por que me miras? le dijo.

—¿Horacio ha sido novio tuyo?

—Antes que de Adela, dijo Pepa, pero yo nunca le quise.

—Júralo.

—Por mi madre que está en el cielo.

—Sigue.

—Pues ella, que es envidiosa como pocas...

—¿También eso?

—Como no hay idea. Ella comenzó á hacerle monadas en casa de unas amigas nuestras donde nos reuníamos todos á jugar á la lotería y el muchacho desairado por mí y creyendo que yo iba á desesperarme se decidió á hacerle el amor y acabó por enamorarse perdidamente de ella.

—¡Ya!

—Entonces nos indispusimos, pero cuando yo salí por primera vez al Teatro Español, me mandó un ramo de flores á mi cuarto.

—Y os reconciliásteis...

—¡Oh sí! ¿Sabes lo que me propuso?

—¿Qué?

—Cederme el novio.

—Pepilla, tu exajeras.

—No exajero, digo la verdad. Quería casarse con Alland en cuyo porvenir tenía mucha fe y que yo volviese las cosas al estado primitivo.

—¿Es decir que hicieras cucamonas á Horacio?

—Justamente, pero en primer lugar yo no le he perdonado á Horacio lo que me hizo.

—Luego le querías.

—No, pero tengo amor propio.

—Así debe ser.

—Y en segundo lugar, no me quise meter en nada. Después firmé mi contrato para Valladolid y allí supe que Adela se había casado con el otro, y que el pobre Horacio....

—El pobre Horacio, Pepilla, acaba de abofetearme delante de todo el mundo.

La Cobos hizo un movimiento de cólera.

—Tú no me habías dicho eso, exclamó:

—Sí.

—No; me has dicho que habías andando á bofetadas con Horacio Galán, pero lo que dices ahora es distinto.

—¿Sentirás tú que yo hubiera llevado la peor parte?

Pepita hizo algo que no era ni un suspiro ni

una aspiración. Algo que más parecía un rugido.

—Acaba de explicarte, exclamó.

Pepe adivinaba todo el efecto que sus palabras hacían en la dama joven y explotaba la situación.

—He sido abofeteado delante de todo Madrid, dijo.

—¿Por Horacio Galán?

—Por Horacio Galán.

—¡Qué quieres! Me cogió la acción.... yo estaba hablándole cariñosamente cuando se abalanzó sobre mí.

—¡Oh! pero te conozco muy bien....

—¿Y qué?

—Y sé que no dejarás las cosas así. ¿Quién es Horacio? Un *quidam*, un cualquiera.... tú eres un hombre de honor...

—Yo no puedo olvidar que Horacio y yo hemos sido amigos íntimos y francamente, no he de llevar las cosas á un extremo....

—¿Y todo por qué? exclamó la actriz, porque Horacio se empeña en que Adela le quiera á toda costa.

—Porque pretende que sea infiel á su marido.

—¿Dónde vive Adela?

—Lo ignoro, y necesito saberlo, porque me es indispensable ver á su marido.

—Yo en cambio necesito verla á ella.

—¿Para qué?

—Para librarla de él.

—¿Qué intentas, Pepilla?

—Enseñarte á vengar ofensas.

—¡Tú que has de hacer!

—¡Ay, Pepe! Tú no sabes quién es Josefa Cobos.

—Si yo supiera que no eras una mujer vulgar.... dijo Pepe.

—¿Qué harías?

—¿Qué?

Y después de unos momentos de pausa, Calleja exclamó:

—Me casaría contigo.

Pepa se detuvo; soltó su brazo del de Pepe y echó á correr diciendo:

—¡Tú verás quien es Pepa!

Él se quedó viéndola marchar y dijo con marcada expresión de rabia.

—Esta es la que se va á encargar de vengarme.

Pepe Calleja era muy activo, muy listo, muy emprendedor, muy simpático.

Pero era muy frío.... y muy cobarde.

Horacio estaba siendo el blanco de muchas miserías.

XVII

CONFERENCIA

Jorge Alland condujo á Horacio á un gabinete cuya puerta cerró por dentro.

Invitóle á sentarse y le dijo:

—Caballero, el asunto de que voy á tener el honor de hablar á usted no puede ser más delicado.

Horacio no dijo nada al oír este *introito.*

Jorge continuó.

—Yo me he casado con la señorita de Aznar, le he dado mi nombre y con él mi honra, y tengo la pretensión de creer que no me he engañado al juzgarla bien.

Nueva pausa y nuevo silencio.

—Usted.... dijo Jórge marcando mucho las palabras, usted ha sido durante mucho tiempo novio de esa señorita.

Horacio respondió.

—Es verdad.

—Esto nada tiene de particular, porque todas las muchachas que se casan han tenido no-

vios. Al aceptar yo unas relaciones amorosas con Adela, oí de sus labios que toda inteligencia con usted había concluído....

Horacio tuvo en los labios la palabra *mentira*, pero se contuvo.

—Me casé, pues, con entera confianza en su lealtad, y en la de usted; pero ya no puedo menos de sospechar que usted no ha cesado en sus pretensiones al amor de Adela por dos razones; la primera porque usted ha venido á vivir á nuestra misma casa; la segunda porque Adela me ha confesado anoche que si por su parte tiene resuelto no acordarse de usted, usted en cambio la persigue y la molesta. Hemos llegado por consiguiente, al caso de que yo le pregunté á usted con qué derecho pretende turbar la paz de un matrimonio honrado y dichoso.

No dijo más Jorge. Esperó á que Horacio le contestara, pero éste apenas podía hablar.

Temblábale la barba de tal manera, que Jorge temió un ataque violento y se preparó á la defensa.

Horacio estaba pálido como la muerte Las palabras se le aglomeraban á los labios; eran tantas las frases que quería decir á la vez, que no podía formular una sola.

Por fin rompió á hablar.

—Caballero, dijo por fin, ¿crée usted que se jura en vano por una madre?

—Creo que no, respondió Jorge.

—Pues por la salud de mi santa madre le juro á usted que ignoraba que Adela era vecina mía.

Y añadió:

—Si lo hubiera sabido, le juro á usted una y mil veces, que me hubiera marchado de esta casa inmediatamente!

Había tal expresión de verdad en las palabras de Horacio, que Jorge no dudó.

—Le creo á usted, dijo.

—En cuanto á que yo persigo á Adela... en cuanto á eso... exclamó Horacio en el colmo de la desesperación, es falso, completamente falso, es una miserable añagaza con que Adela quiere buscar mi ruina!

—¡La ruina de usted! ¿Y por qué? preguntó Jorge.

—¿Por qué? Porque parece como que quiere obligarme á decir...

Antes de que Horacio acabara de hablar oyóse un ligero ruido detrás de la puerta de cristales que comunicaba el despacho de Jorge con el dormitorio.

Horacio cesó de hablar y miró hacia el sitio de donde partía el ruido.

Jorge se levantó inmediatamente y abrió de par en par la puerta.

Nadie había detrás y Jorge dijo:

—Puede usted continuar. Estamos completamente solos.

—Pues bien, siguió Horacio, cuya exaltación

iba en aumento; á riesgo de que mis palabras produzcan una catástrofe, quiero decirle á usted lo que yo siento para que no crea que sus alardes de posesor legítimo me asustan. Yo... yo amo á Adela con toda mi alma!

El rostro de Jorge se demudó.

—Sí, repitió Horacio; con toda mi alma, pero viva usted tranquilo, porque yo sé cual es mi deber. La he perdido para siempre... la amo, pero no me verá jamás.

—Eso es lo que se desea, dijo Alland; evitar en adelante suposiciones ofensivas para la reputación de Adela... y para la mía. Otro en mi caso no le hubiera hablado á usted con esta franqueza... yo he preferido el camino expedito... señor de Galán, creo que me dirijo á un caballero y que puedo exigirle...

—No me exija usted nada; interrumpió Horacio. Mientras usted sea el esposo de Adela, Horacio Galán no turbará la paz de su casa.

En aquel momento sonó el piano. ¡Rara casualidad! la pianista tocaba la *marcha fúnebre de Chopin*.

Jorge se levantó y tendió la mano á Horacio, que salió del cuarto conteniendo las lágrimas que le ahogaban.

Al salir cruzóse en el pasillo con una mujer que entraba.

Era Pepita Cobos que iba gritando:

—¡Adela! ¡Adelita!

XVIII

CALMA CHICHA

Y después de todo lo dicho, pasaron seis meses.

¡Seis meses!

¡Cuántas novelas, cuántos dramas, cuántas trajedias han podido pasar en ese tiempo! dirá el lector.

Sin embargo, no sucedió nada digno de ser contado. Por eso el autor ha salvado todo este espacio de tiempo, contentándose con referir al lector algunos incidentes que le sirvan para seguir el hilo de esta vulgarísima historia.

Horacio, fiel á su palabra, se mudó de casa. Se fué á vivir con unas amigas de su madre que tenían casa de huéspedes en la calle del Arenal y que le tenían como á un hijo, según decían ellas.

La condesa, á pesar de la cara larga que puso en aquel almuerzo en que Fernando le pidió su mano *coram vobis*, se casó con él, y Fernando entró en posesión de una de las primeras fortunas de España.

Don Sebastián Paret rindió sus cuentas á la condesa y Fernando como jefe de la casa nombró apoderado general... ¿á quién dirán ustedes? ¡A Horacio!

Con doce mil reales de su sueldo y veinte de la administración; nuestro estudiante se convirtió en caballero, con gran pesar de Pepe Calleja, que seguía emprendiendo todo género de negocios y odiando en silencio á su amigo.

Pepita Cobos y Adela eran amigas íntimas.

Jorge Alland continuaba cesante.

Su cesantía hubiera sido muy penosa si no hubiera hecho lo que su mujer le aconsejó con harto conocimiento de las cosas.

Se reconcilió con el señor de Paret que fué la Providencia de aquella casa.

Alland, que antaño creía ver en don Sebastián un enemigo mortal, se convenció bien pronto de que estaba equivocado.

Paret hacía justicia á sus relevantes cualidades, le quería mucho, le aconsejaba grandes cosas que con el tiempo habían de darle resultado, y sobre todo, era tanto lo que don Sebastián quería á Adela, á *su niña*, como él la llamaba, que solamente por esto merecía todo el cariño de Jorge.

¿Qué hubiera sido del matrimonio sin don Sebastián?

Él proveía á todo. Alland veía pasar los días esperando una ocasión de llevar á cabo cual-

quier *acto* político, pero los pleitos no llegaban y las necesidades eran cada vez mayores.

El matrimonio Alland estaba *muy en juego* como ahora se dice.

Se les convidaba á los bailes, á las grandes comidas, á las giras campestres, y todo esto era muy caro.

Es decir, parecía muy caro, porque en realidad Adela era un portento de habilidad doméstica.

Ella sabía hacer tales combinaciones de cintas y lazos en los vestidos, que con uno solo que tenía hacía creer que tenía diez ó doce,

La condesa les había hecho de su círculo íntimo. Fernando y Alland se sonreían, y la condesa, según se averiguó después, tenía también alguna amistad con Adela.

¿De dónde arrancaba esta amistad? Esto es lo que se ignoraba. Lo único que se sabía era que la condesa, á pesar de su natural bondadoso, le decía siempre las cosas á Adela con una sonrisita que no dejaba de extrañar á todos los que asistían a la casa.

Horacio evitaba todas las ocasiones posibles de ver á Jorge y á su mujer en casa de *la señora*. A la condesa la llamaban sus servidores la señora, y Horacio, aunque podía considerarse como el jefe de la servidumbre, no quería tratar á la condesa con demasiada familiaridad.

Al poco tiempo de encargarse de la adminis-

tración, se fué á vivir á la casa de *la señora*, donde don Sebastián tuvo en sus tiempos una espaciosa habitación en la planta baja.

La casa condal merece especial descripción por los sucesos que en ella puedan verificarse.

Era uno de esos caserones antiguos que tanto abunda en ciertos barrios apartados de Madrid.

La planta baja la ocupaban las oficinas y las habitaciones de Horacio.

La principal Fernando y su esposa, que según expresión constante de la condesa, vivían á *la antigua*. Habitaciones comunes, una sola cama, un despacho grande para Fernando cerca del *boudoir* de su esposa. En una palabra, la vivienda de un matrimonio felíz y rico.

En el cuarto segundo, compuesto de cuartos destartalados, dormía la servidumbre.

Un gran jardín rodeaba todo la casa; jardín frondoso como no es costumbre ver en la corte de las Españas, pero la ilustre dueña amaba con delirio los árboles y las flores y había puesto especial cuidado en hacer un pequeño bosque dentro de su casa.

Estamos en el comienzo del invierno.

Los *azules* habían ofrecido á Jorge una legación, que éste no se había resuelto á aceptar. Necesariamente había de ir á su nuevo destino en compañía de su esposa y esto produciría gastos que él no podía arrostrar.

Se le brindó con un alto puesto en Madrid,

pero don Sebastián se opuso y don Sebastián mandaba ya más que Jorge.

Insensiblemente, la influencia del señor de Paret había llegado á ser extraordinaria. Alland que ántes de casarse era un carácter independiente se iba tornando tan sumiso que sus amigos le desconocían.

Su natural alegre habíase cambiado también. Jorge tenía todo el aspecto de un hombre formal; perdió sus antiguas inclinaciones, dejó de ser el joven activo, emprendedor, travieso. para convertirse en el hombre vulgar y aún indiferente á todo.

Si había dado un golpe de efecto con lo de su dimisión y la crísis producida, ya aquello iba siendo olvidado por las gentes. Apenas se hablaba de Jorge como no fuera recordando el suceso de que fué causa en otro tiempo.

Digámoslo de una vez. Jorge no pensaba más que en una cosa. En Adela.

Al revés de lo que generalmente sucede, conforme el tiempo pasó, creció en el corazón de Jorge el amor á su mujer.

Su matrimonio tenía más de pasión que de amistad pero de pasión ciega.

Adela mandaba, Jorje no sabía hacer sino lo que ella deseaba.

La patria perdía un *hombre de condiciones*, como se dice en política, y el hogar doméstico no ganaba nada, porque la verdad es, que Alland,

ocupado en amar á su mujer, no se ocupaba de nada: y á no haber sido por don Sebastián Paret...

Un día, el matrimonio Alland recibió una invitación para ir á comer á casa de la condesa.

Llegada la hora y cuando el matrimonio se disponía á salir, el señor de Paret entró y dijo:

—No vayan ustedes allá porque la comida se ha suspendido. Parece que por allá suceden cosas graves.

Adela, curiosa como mujer, quiso averiguar lo que pasaba, pero don Sebastián no tuvo por conveniente decir una palabra.

Jorge pretextó un negocio urgente y salió con el proyecto de ir á ver lo que ocurría en casa de sus amigos.

Fernando y Alland habían intimado mucho. Llegó este último á casa del primero y le encontró sumido en la mayor aflicción.

—¿Qué novedad ocurre? preguntó Alland.

Fernando fué á cerrar la puerta del despacho, volvió y le dijo:

—Amigo Jorge, estoy pasando por uno de esos lances en que un hombre de honor no sabe si matar ó morir.

—Habla.

—Ante lo que me pasa, forzosamente tengo que sospechar de la condesa.

—¡Qué dices!

—La verdad.

Y Fernando habló de esta manera:

XIX

GATUPERIO

—Yo me casé con mi prima, no por su riqueza, ni por lo ilustre de su cuna, sino porque en la desordenada vida de Madrid, la tenía por una de las mujeres más virtuosas del mundo Ya sabes que á poco de verificarse nuestro matrimonio, nombré á Horacio Galán apoderado general de la casa en sustitución de Paret. Tenía para ello mis razones. Galán, á quien mi mujer había colocado, era lo que se llama un hombre sin padrino. No tardó en saber á quién debia su destino, y desde aquel momento fueron tales las muestras de gratitud que dió y tantas y tan buenas las noticias que de él nos dió todo el mundo, que yo pensé en él para la gestión de los negocios de la casa. Su padre, que es un honrado montañés, se nos presentó un día y nos dijo:—Sé que mi hijo debe á ustedes su posición; yo he sido en tiempos administrador de los bienes del señor conde (el padre de mi mujer) en la provincia de Santander. De nuestra

conducta puede responder toda la montaña. Horacio me ha contado las circunstancias que concurrieron en su nombramiento. Parece que un empleado de la casa de la señora contó á ésta el triste estado de mi hijo, presa de una pasión de ánimo que seguramente le hubiera producido alguna enfermedad sin la milagrosa intervención de la señora, de modo, que no solamente debe Horacio á la señora la base y principio de su carrera, sino que además se ha conseguido que olvide aquellos desventurados amores.

Al oír esto Alland respiró con cierta satisfacción.

—Esto nos dijo aquel honrado viejo—continuó Fernando—y al poco tiempo y por recomendación de varias personas que por él se interesaban, nombramos apoderado general á Horacio.

Nada he observado en él que pudiera hacérmele sospechoso; pero hace unos dos meses, y con ocasión de haber emprendido obra en la casa, se me presentó un sujeto que dijo ser contratista de obras públicas y llamarse Calleja, proponiéndome hacer cuanto yo pensaba por un tanto alzado. Hablando con él sobre las reformas que intentábamos hacer en el edificio, al oír que en piso bajo habitaba Galán, aquel hombre con ciertos rodeos y palabras vagas comenzó á darme á entender sin comprometerse, lo peligroso de tener en la casa un hombre como

Horacio. No dí gran importancia á este indiscreto aviso, y seguí dispensando á Galán toda mi confianza.

A los pocos días, la sospecha nació en mí por primera vez y fué del siguiente modo:

Ya sabes mi antigua afición á visitar los teatros por dentro. Cuando era soltero me llevaba á ellos la galantería. Ahora no me lleva sino la afición á ver el interior de la escena. Conservo muchas relaciones entre los actores y actrices y la noche que salgo solo suelo ir al cuarto de éste ó el otro sin preferencias ni distinciones.

Una de mis amigas (amiga nada más, pues siempre tuvo reputación de virtuosa) es la Pepita Cobos, actriz de gran talento y honrada á carta cabal como todos sabemos. Estuve hará quince días en su cuarto y á las pocas palabras me preguntó por *mi fiel administrador*. Tú sabes cómo se dicen en el mundo las cosas que pueden sernos desagradables. En toda la conversación de Pepita ví tales alusiones á Horacio y á mi mujer, que salí del cuarto despechado y corrido.

Anteayer, por fin, recibí un anónimo que quiero leerte.

Dice así:

Y el conde sacando un papel del bolsillo, leyó:

—«El niño de la condesa y de Horacio le guarda una mujer que vive en la calle de la Beneficencia número 2 y se llama la Paula.»

Alland no daba crédito á lo que oía. El conde continuó leyendo.

—«Uno y otro van á verle con frecuencia, y á veces juntos».

—Nunca, dijo el conde, he dado crédito á los anónimos; todos me parecen calumnias; y sin embargo, al recibir éste, salí de mi casa y me fuí al número 2 de la calle indicada.

—Y averiguaste... preguntó Alland.

El conde dijo:

—Espera, porque estoy resuelto á contártelo todo.

Era la hora del anochecer cuando llegué á aquella desierta calle. El el comedio de ella tuve intenciones de volver atrás y aún me dieron ganas de reir al pensar en el anónimo y en mi incredulidad inexplicable; pero ya una vez allí quise apurar hasta el fin mi curiosidad ridícula y pregunté á la portera del número 2.

—¿La señora Paula?

—En el cuarto número 3 del corredor, me dijo:

Sentí el frío de la muerte, Jorge. Podría aquello ser una casualidad, pero ya era indudable que allí vivía una mujer del mismo nombre...

Me arriesgué á preguntar:

—¿Está arriba?

—Ahora mismo acaba de subír con el niño.

Al oír la palabra *niño,* comencé á andar rápidamente y subí como si una mano oculta me empujara, hasta el primer piso.

Era la casa de las que llaman *de vecindad*. Un corredor con varias puertas numeradas con una barandilla corrida que las rodeaba todas constituía el primer piso.

Alguna de aquellas puertas estaba abierta y veíanse dentro de los cuartos á los vecinos, todos de bastante mal aspecto.

Yo iba avanzando hacia la puerta del número 3 con tal miedo, que en el peligro más grande no recuerdo haberlo sentido de aquel modo.

Llegué y toqué á la puerta.

—¡Quién es! dijo una voz de mujer.

Lo pensé un poco antes de contestar, porque la verdad es, que yo no había hecho mi plan, y no podía tampoco decir quién era sopena de descubrirme.

—¿La señora Paula?

—Servidora de usted.

—¿No ha venido por aquí la señora condesa?

Entonces la voz dijo:

—¿Pero quién es?

Y se abrió la puerta.

Ví á la señora Paula, que era por cierto una mujer en extremo simpática.

Al encontrarse conmigo observé en su rostro una expresión de respecto que hubiera sido inútil disimular.

—¿Qué deseaba usted, caballero?

—El niño de la señora condesa....

Y enseñé una moneda de oro.

La señora Paula dijo:

—No he comprendido á usted bien....

—Preguntaba si.... si ha estado aquí la señora condesa á ver á su niño.

—¿A su niño? exclamó la mujer. ¿Cómo á su niño? ¿Qué está usted diciendo?

—No tiene usted á su cuidado al niño....

—¡Dále! Tengo un niño, sí señor *lo cual que ahí está,* dijo la señora Paula señalando adentro, pero nada tiene que ver con la señá condesa ni mucho menos....

—¿De veras no? pregunté con gran alegría.

Á la señora Paula iba produciéndole gran sorpresa mi persona y mis preguntas.

—¿Por qué no pasa usted y se sienta? me dijo.

Acepté la invitación y me senté en una sillita baja.

—Vamos á ver, dijo la señora Paula, qué es lo que el señorito desea; diga la verdad.

—Pues... deseo que me diga usted de quien es.....

—¿La criatura?

Y á una señal afirmativa mía, echó á reir estrepitosamente.

—¡Es grande esto! exclamó. ¡Todos vienen á lo mismo!

—¿Cómo?

—Todos.

—No comprendo...

—Todos empeñados en saber que es esto...

—Pero...

—Pues nada, lo sabrá usted, sí señor precisamente el padre de la criatura no anda con misterios ni mucho menos...

—¡Ah!

—Mi niño, porque yo le tengo mucha ley y le llamo mi niño, es de don Horacio Galán. Ya está usted enterado.

—Bien, pero...

—¿Pero qué?

—La madre...

—¡Ah, la madre! ¿Usted lo sabe?

—No.

—Pues tampoco yo, dijo la señora Paula dándose una palmada en las rodillas.

—¿Usted ignora?

—Lo mismo que usted...

—Ah, señora Paula,—le dije—yo puedo hacer la fortuna de usted si me dice lo que tanto me interesa saber. Don Horacio Galán...

—Don Horacio Galán, que es un excelente señor, interrumpió la señora Paula, tiene un hijo, como lo puede tener cualquiera, ¿está usted? y parece que todo el mundo se empeña en averiguar por qué y cómo lo tiene, y esto me parece á mí que no tiene nada de particular, sólo que á todo el mundo le gusta saber lo que no le importa...

—Pero la señora condesa...

—La señora condesa se interesa por esta po-

bre criatura y viene alguna vez á verla y me deja una onza, ¡porque puede! exclamó la señora Paula muy alterada.

Y cuando yo me disponía á averiguar más...

Fernando no pudo continuar, porque á la puerta que él mismo había cerrado sonaron varios golpes.

Alland le hizo señal de que callara y fué á oír...

Pero detrás de la puerta se oyó la voz de la condesa que dijo:

—¡Abrid! ¡Abrid en seguida!

Fernando abrió y su esposa entró en el despacho pálida y desencajada.

XX

—Fernando, dijo, ¿sospechas de tu mujer?

Fernando, después de una breve pausa, contestó:

—Sí.

—Señor don Jorge, dijo la condesa dirigiéndose á Alland, ¿usted tiene ciega fe en la suya?

—Señora condesa, respondió Jorge, no comprendo por qué se mezcla el nombre de mi mujer en este asunto.

—Las circunstancias me obligan á ello.

—¿Las circunstancias?

—Sí. Nunca pude imaginar que Fernando dudara de mí; pero ya lo oye usted, cree que en los secretos de Horacio figuro como cómplice, ¿no es esto, Fernando?

—¡Oh, sí!

—Ha dado crédito á los avisos de una actriz y de un miserable.

—¡Sí!

—Ha caído en un lazo que aparece tendido á mí, y á quien se le tiende es á Horacio.

—¿A Horacio?

—A Horacio, que es la dignidad misma. A Horacio, que representa en este delicado asunto la abnegación, la caballerosidad, la naturaleza.

—¡La naturaleza!

—El hijo de Horacio, dígolo yo y estoy dispuesta á probarlo, exclamó la condesa mirando cara á cara á Jorge; ese desventurado hijo sin padres... es prenda de los amores de Horacio y de Adela.

. . . .

. . . .

Oyéronse dos exclamaciones. Fernando abrazaba á su mujer; Jorge había desaparecido.

. . . .

. . . .

XXI

LA CASA DE ENFRENTE

I

Hace dos años ó tres, ó cuatro, ó los que sean, vivía yo en una calle estrecha y solía pasarme en el balcón las últimas horas de la noche. En verano es grato el trasnochar y disfrutar de las únicas horas de aire fresco que hay en Madrid de doce á cuatro.

En la casa de enfrente de la mía había otra, cuyos inquilinos parecían aficionados también á gozar del relente; porque casi todos los balcones de los cuatro ó cinco pisos estaban abiertos y me permitían observar lo que pasaba en el interior de los cuartos.

Veía á veces en el principal hasta media docena de personas sentadas y repartidas entre un sofá y cuatro ó seis sillas á los costados; y aunque mi vista no distinguía las fisonomías de aquellas personas, adivinaba una animada visi-

ta en el movimiento de los brazos de los caballeros, en el aleteo de los abanicos de dos ó tres señoras y en algunas carcajadas que se escapaban por el balcón, llegando á mis oídos.

En el cuarto segundo solía ver pasar de vez en cuando á una mujer esbelta con una palmatoria en la mano, desde un gabinete á la sala y perderse allá en el fondo, por entre las puertas de cristales que debían conducir á los dormitorios. Después dejaba la luz encima de una cómoda y leía, de pie, *La Correspondencia,* con los codos apoyados sobre el mármol. Al poco rato se alejaba con la luz y volvía á los cinco minutos con un vaso de agua que iba á dejar á uno de los dormitorios indicados; se asomaba un rato á uno de los balcones y después los iba cerrando todos, que eran cuatro, y entornando las maderas pausadamente. Yo adivinaba que aquella mujer, después de vigilar el sueño de unos niños durante la noche, se acostaba á las once y media sin acordarse de que tales Jardines del Retiro había en Madrid ni tal fresco en el Prado.

En el cuarto tercero adivinaba yo las escenas más curiosas y variadas que puede ambicionar un novelista de costumbres. Así como el principal y el segundo ocupaban todo el piso, el tercero estaba partido en dos y en los cuartos separados habitaban muy diferentes castas de pájaros.

En el de la izquierda, cuyos dos balcones es-

taban llenos de macetas de flores, veíanse á través de las hojas y ramas verdes de las clavellinas y los geranios, á cuatro ó cinco hombres en mangas de camisa, que encendían á las doce de la noche una lámpara no muy grande, que colocada en medio de una mesa iluminaba débilmente el cuarto. Uno de los inquilinos solía sentarse en el borde de una cama de hierro y con una guitarra terciada se pasaba las horas muertas cantando *soledades* y dando unos quejidos como si le doliera alguna entraña muy honda; dos de los restantes se ponían á hacer cigarrillos de papel tomando el tabaco de una lata que había en medio de la mesa y *jaleando* de cuando en cuando al del *cante*. Y el otro solía pasar y repasar corriendo detrás de una criada gorda y carrilluda que huía de él de mentirijillas y daba unos chillidos alarmantísimos. Así pasaban dos ó tres horas hasta que entraba uno á quien oía yo llamar á gritos *el patrón* y que venía vestido de sargento de municipales. Los estudiantes le ofrecían un cigarrillo; la criada servía sin manteles ni más copas que una, un gazpacho y una botella de algo que parecía vino de lejos, y luego se apagaba la lámpara, quedábase el balcón abierto y á veces se oían unos ronquidos canonicales.

En el cuarto de al lado la escena era completamente distinta. Dos muchachas que parecían hermanas pasaban la noche entera sentadas á

una mesa alumbrada por un quinqué de petróleo que descollada sobre un canastillo lleno de retazos de colores, cintas, flecos y encajes. De cuando en cuando se las veía llevar la mano al canastillo, cojer unas tijeras y cortar algo de lo que estaban cosiendo. Otras veces llevaban á la boca la costura y rompían el hilo con los dientes. Oíase de tarde en tarde el ruido desabrido de un gran pedazo de tela que una de ellas rasgaba con ambas manos ó el choque de las tijeras contra las baldosas, al caer desde la falda al suelo. Aquellas dos muchachas no levantaban la vista de la labor ni hablaban, ni se asomaban al balcón casi nunca. Se las veía sonreir cuando el estudiante de al lado terminaba una copla picaresca, ó levantar la cabeza cuando comenzaba á dar una hora el reloj de torre cercano y contar las campanadas moviendo los labios. Luego volvían á bajar la cabeza, y seguían cosiendo. Hubo vez que la aurora las sorprendió en esta faena.

Sobre los terceros estaban las bohardillas, colocadas como cajones sobre las tejas y en ellas no ví luz más que una noche en que de repente se iluminó la de la izquierda, y me dejó ver á un sujeto en paños menores mirando con minuciosa desesperación la sábana y las almohadas.

Nada he dicho del cuarto bajo, porque desde que yo vivía en la casa frontera de la que me ocupa no ví abiertas sus ventanas ni un día si-

quiera. Decían en la vecindad que había en él un enfermo grave desde el año anterior.

II

Como digo de mi cuento, solía yo volver á mi casa á las doce ó doce y media de la noche, después de terminados los espectáculos de verano, y en seguida me sentaba en mi balcón á fumar sosegadamente uno ó varios cigarros.

Una noche, cuando me disponía á continuar mis observaciones de la casa de enfrente, noté que ni en el principal ni en los terceros había luz, lo cual me hizo recordar que me había retirado más tarde.

Eran, en efecto, cerca de las dos.

Pero si en los citados cuartos dormían, al parecer, los inquilinos, en el segundo se veía la consabida palmatoría encima de la cómoda y á la mujer interesante leyendo *La Correspondencia;* y en el cuarto bajo, donde nunca se abrían las ventanas, había una de par en par, que arrojaba por su ancho hueco gran cantidad de luz, y dejaba ver una cama imperial y sobre ella un sujeto vestido de militar, de cuerpo presente.

La vecindad de un muerto me hace pensar si alguno de mis ilustres antecesores sería gitano, porque la verdad es, que todo cadáver me cau-

sa instintivo horror y ganas de apretar á correr para no verlo.

Nunca me hubieran hecho mejor servicio que aquella noche las siluetas de los estudiantes, de las costureras y de los tertulianos del principal. O tenía que cerrar el balcón ó que mirar ineludiblemente al cuarto segundo. Lo que hice fué meter dentro de mi cuarto la silla en que estaba sentado y de este modo veía á la vecina y no veía al difunto coronel de abajo.

Dieron las dos y cuarto.

Mi vecina dejó caer el periódico sobre la mesa, bostezó, se miró al espejo que sobre la cómoda había, se arreglo ligeramente los caballos que entonces comenzaban á echarse todas las señoras sobre la frente, y después se asomó al balcón.

Ya es tiempo de decir que á mí me gustaba la vecina sin saber como era.

Se dirá que esto es una tontería. Puede ser; pero los hombres tenemos tantas, que tal vez alguno tan tonto como yo en estas materias comprenda que al cabo de tres ó cuatro meses de ver todas las noches á una mujer joven (al parecer), bonita (al parecer), y (al parecer) sola y triste en un cuarto estrecho y caluroso durante todo un verano, yo sintiera una á modo de simpatía á la que no le faltaba más que la luz del sol para germinar en forma de afecto.

Al mismo tiempo que daban las dos se oyó en la calle una voz que dijo:—¡Sereno!

El sereno contestó desde lejos, vino corriendo, y haciendo chocar el farol contra el chuzo y después de una breve salutación, oí claramente estas palabras:

—Un parte telegráfico para el segundo.

Rechinó la llave en la cerradura con extridente ruido; la vecina se apartó del balcón; la ví dirigirse á la palmatoria y perderse á toda prisa por el interior de la casa.

Al poco rato volvió á sonar la cerradura de la puerta de la calle y oí la voz del ordenanza de telégrafos que se despedía del sereno.

Pero la mujer del cuarto segundo no reaparecia.

Yo la esperaba con impaciencia pueril. Me mortificaba la curiosidad y temía quedarme sin satisfacerla, cuando de pronto la ví volver con la luz en una mano y el despacho telegráfico, abierto, en la otra.

Esta vez dejó la palmatoria, no sobre la cómoda, sino en una mesita que había arrimada á la pared frente por frente de mi balcón, y se sentó en una silla baja que había al lado. Por primera vez ví perfectamente la cara de mi vecina.

Chasco se lleva quien espere que le diga que era hermosa. No era ni siquiera bonita.

Era una mujer joven y graciosa. Podría tener veinticinco años. Parecía menos agradable de lo que realmente era, porque estaba muy triste. Al sentarse lloraba, y á la vez que leía muy des-

pacio el telegrama que tenía en la mano izquierda se limpiaba las lágrimas con el reverso de la mano derecha.

Cualquiera hubiera dicho que lo que aquel telegrama decía venía á llenar de luto y desolación á aquella mujer. Daba lástima ver como leía y lloraba. De repente se levantó, cogió la luz y fué á la puerta de cristales, que abrió, dejándome ver el fondo de la alcoba y lo que yo me había figurado tiempo hacía. Dos cunas con dos niños, á los pies de una cama de matrimonio.

La madre (ya no era posible dudar de que era madre) iba de una cama á otra, besaba á uno y otro niño con indescriptible afán, los estrechaba contra su corazón cubriéndolos de lágrimas y yo veía aquellas dos cabecitas achuchadas con violencia por las manos de la madre afligida y sin despertar, á pesar de todo, del más hermoso de los sueños.

En esto se oyó en la calle una voz varonil que gritó:

—¡Pepe!

Y la voz del sereno que contestó desde la esquina. Luego volvió á sonar la cerradura, y entonces ví que mi vecina salió precipitadamente de la alcoba, volvió á dejar la luz en la mesa, se secó con gran prisa las lágrimas, se miró al espejo con la curiosidad de quien desea consultarse, y se sentó en una butaca que estaba próxi-

ma al balcón y frente á la puerta de entrada, guardándose á la vez el telegrama en el bolsillo.

III

Entró en la casa el caballero que acababa de llamar á *Pepe*.

Le ví perfectamente. Un hombre alto, fornido, vestido con elegancia y con algún desorden. Sobre una cabeza artística, que agraciaban unos ojos grandes, una boca rasgada, una barba negra brillante y una cabellera rizada, traía un sombrero de copa blanco tirado hacia atrás hasta tocar por la nuca en el cuello de la camisa. Vestía un traje claro de buen gusto. Traía en la mano derecha un bastón cogido á la par con un periódico. En el brazo izquierdo un abrigo de verano que casi rozaba con el suelo.

Entró este señor en su casa; tiró el bastón y el periódico sobre un sofá y el sombrero sobre la cómoda. Arrojó el abrigo sobre la mesita donde estaba la luz, sacó un pañuelo, se limpió el sudor de la frente y del cuello y dijo en voz tan fuerte que yo pude oirle desde mi casa.

—Hola.

Y en seguida se sentó en otra butaca frente á *ella* y colocando una pierna sobre la otra y apoyando ambos brazos en los de la butaca, comenzó á hablar algo que yo no podia oír y lo sentía muy de veras.

Pero aunque yo no oía, adivinaba. La conversación parecía tranquila al principio, después se animó por grados, luego ambos interlocutores manoteaban con gran rapidez; el hombre dejaba caer de vez en cuando una mano en el brazo de la butaca como los oradores palamentarios que golpean el respaldo del banco delantero para dar más fuerza á la expresión; la mujer sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas á la vez que hablaba. Por último, la conversación era á gritos y oí estas palabras:

—¡Si ya me lo habían dicho!

—¡Pues te han engañado!

—¡Qué la tienes en el Escorial!

—¡Necedades!

—Que las has llevado allí para que oculte su estado.

—No digas más barbaridades.

—Lo sé de seguro.

—¡Imbécil!

—¿No?

—¡Qué no!

—¡Pues niégalo, infame!

Y al decir esto la mujer sacó el telegrama del bolsillo.

El hombre entonces calló, cogió el papel, fué á la mesa, leyó rapidamente, se puso temblón, y gritó:

—¿Por qué se me abren mis papeles?

—¡Porque me da la gana!

—¡Cuidado como me respondes!

—¡Eres un miserable!

—¡Por vida de Dios!

Y al decir esto el hombre cogió el bastón que había dejado sobre la mesa y al levantarlo, dió en el pie de la palmatoria que cayó al suelo, la vela rodó un trecho y se apagó; oí en la oscuridad una verdadera persecución; el bastón sonaba sobre la mesa; sobre la cómoda, sobre las baldosas, sobre los cristales del balcón que caían rotos con estrépito; oíase el llanto de los niños y la voz de la madre que gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Los que velaban al muerto se asomaron á la ventana del cuarto bajo y llamaron al sereno cuatro ó seis veces; yo hice lo mismo, y entretanto ví en la sombra de enfrente una mano que cerró el balcón de enmedio con gran ruido, luego el de la izquierda, el de la derecha, todos. Los del cuarto bajo se retiraron; el sereno no vino.

Yo me arrojé en mi cama lleno de pesar, lo confieso.

IV

Como no pude dormir, á las diez de la mañana siguiente oí el ruido de varios carruajes que se paraban delante de mi puerta. Me asomé al balcón y ví el coche túnebre y varios particula-

res ó de alquiler que hacían cola. Iba á verificarse la conducción del cadaver del coronel al cementerio.

Bajé á la calle y oí en la portería de la casa de enfrente la siguiente conversación:

—¡Pobre señor!

—Era muy bueno.

—¡Pero qué tifus tan largo!

—¿Tifus? Ríase usted del tifus.

—¿Pues qué ha sido?

—Disgustos.

—*¡Puede!*

—¡Ya lo creo que puede! ¿Pues no sabe usted lo de la señorita?

—No.

La portera dijo en voz más baja:

—¡Pues si se le escapó hace cuatro meses!

—¡Jesús, María y José! ¿Con quién?

—La verdad, no lo sé, pero hay quien dice que con el de arriba.

A riesgo de que me echaran noramala tercié en la conversación y averigüé lo siguiente:

Jorge Alland, que era el inquilino del cuarto segundo, se había separado de su mujer y había contraído criminales relaciones con una viuda con dos hijos, que era la apaleada.

Esta viuda era hija del coronel, que enfermo hacía tiempo, ignoraba la vecindad de Jorge y su querida.

Además, Jorge Alland mantenía una querida

que tenía oculta en el Escorial por razones particulares.

Todo esto lo había hecho Jorge, según pública voz, despechado y desengañado de Adela á quien amaba con delirio.

Adela vivía con Horacio, que por irse con ella dejó la administración de la condesa y no tenía sobre qué caerse muerto.

La condesa y su esposo solían ayudarles como podían.

El señor de Paret, tan grave y tan formalote se había pegado un tiro. En su mesa de escritorio encontró el Juzgado un paquete de cartas de Adelita, en las que le llamaba *corazón* y *vida*.

Es decir, que Adela había causado más ruinas, más muertes y más desolaciones que la guerra de la Independencia.

Por eso Pepita Cobos cuando oía hablar de las relevantes prendas de Adela, de su acertada boda, de su porvenir brillante, aseguraba que en todo aquello había mucho *busilis*.

Porque Adela es el prototipo de la mujer funesta.

Y de éstas hay... no diré muchas, pero sí bastantes.

FIN DE «BUSILIS»

LA CIENCIA Y EL CORAZÓN

Madrid 1881.

LA CIENCIA Y EL CORAZÓN

I

El doctor Busting, hijo de padres alemanes, pero español y extremeño, había sido durante cincuenta años el rey de los médicos de la Península é islas adyacentes.

Su reputación había traspasado las fronteras, y en todas las Academias francesas, belgas, prusianas, rusas, americanas y portuguesas figuraba su nombre como socio correspondiente, y se le recordaba en toda consulta sobre enfermedades del corazón, en las que había logrado el sabio de que me ocupo celebridad universal.

No quiero decir con esto que fuese un médico especialista. En la época en que el doctor *reinó*, no se conocían los especialistas. Todos los médicos lo curaban todo, ó para hablar con más propiedad, lo intentaban.

Busting había sido médico de cámara de cuatro ó cinco reyes; había asistido á los enfermos más ilustres de la nación; había rayado, en fin, tan alto, que hoy día de la fecha (porque Busting existe aún) nadie discute la legitimidad de tan inmensa fama. El doctor se había casado con una joven inglesa á quien conoció en no sé qué aguas minerales del extranjero, á donde fué acompañando á un enfermo grave. Tenía entonces Busting cincuenta y dos años. Su mujer, no hizo escribir á su marido más que una receta, con ocasión de un constipado, que cuando llegó en manos de un criado á la botica, ya no era necesaria, porque la señora de Busting había muerto.

Parece ser que al inclinarse para coger el abanico que se le había caído al suelo, *se le rompió un vaso,* según certificación facultativa y murió en el acto. No le sirvió su buen carácter en este bajo mundo. La ruptura de un vaso le produjo la muerte, á ella que no había roto un plato en su vida.

II

Dejó una niña, que fué desde aquel día el único pensamiento de su padre.

Busting, ya viejo á la muerte de su mujer, dedicó el resto de su existencia al amoroso cuidado de aquella encantadora criatura, que desde

los cinco ó seis años anunciaba ya una belleza extraordinaria y un carácter angelical.

No se cuida una flor en la invernal estufa con más solicitud ni cuidadoso afán con que Busting se dedicó á cuidar á Sofía. Sofía fué para él el resumen de su existencia gloriosa. Dió por terminada su misión sobre la tierra y anunció un día á su numerosísima clientela que dejaba de visitar enfermos y que se retiraba á más tranquila existencia.

La noticia cayó en Madrid como una bomba

Protestó cariñosamente la prensa de aquel adiós á la ciencia y al mundo. Las familias más ilustres acudieron á casa del doctor á quejarse del abandono en que iba á dejarlas. Sostenían que un hombre del mérito del doctor Busting no se pertenecía, y la opinión pública llegó á redactar una exposición con millares de firmas rogando al célebre doctor que continuase siendo *salus infirmorum,* como dice la letanía de la Virgen.

Pero nada bastó á convencerle.

Mientras la corte, la nación acaso, comentaba el suceso, él compró una magnífica casa de campo, que le costó nada menos que millón y medio de reales, y para evitarse dimes y diretes, se despidió de sus relaciones con quinientas ó seiscientas tarjetas que confió *aux soins obligeants* del cuerpo de carteros.

III

La casa era magnífica. Propiedad un tiempo de un opulento banquero, todo había sido pensado en la construcción de tan agradable retiro.

Habitaciones espaciosas, inmenso parque lleno de flores. Un estanque lleno de dorados peces. Grandes estufas para las plantas exóticas. Amplia huerta en cuyos millares de árboles se balanceaban en Otoño las jugosas y sazonadas frutas del país. Paseos entoldados de parras. Pajareras pobladas de canoras aves. La palmera junto á la encina. El canario junto al guacamayo. Cientos de pollos en torno á las cluecas, alegrando el inmenso corral donde Sofía y el doctor pasaban la mañana embobados arrojando puñados de trigo á los hambrientos polluelos... y todo esto á cuarenta metros del mar, y á mil de un villorrio cuyos sencillos habítantes no se comunicaban con los dueños de aquella hermosa posesión como no fuera para recibir algún inesperado beneficio.

Seis años pasaron así padre é hija, retirados del mundo. Ella recibiendo en la soledad la más brillante educación, merced al cotidiano empeño de su padre ayudado por miss Fanny, una institutriz que el doctor había hecho venir de Londres para que se encargara de enseñar á Sofía todo lo que debe saber una señorita de los tiem-

pos modernos. Él, mirándose en los ojos de su hija, que era en su honrada vejez la recompensa de una vida dedicada al bien de la humanidad y al servicio de su patria. Sabían por los periódicos, que aún existía Madrid, y que en él las gentes se divertían, se comunicaban, se amaban, ó se odiaban; y lo mismo el viejo que la niña sonreían al leer la relación de una fiesta, de una discusión parlamentaria, de un acontecimiento cualquiera, con ese desdén que deben causar las vanidades humanas en el ánimo del que disfruta en calma dichosa en la inapreciable paz del campo la completa tranquilidad de la conciencia.

Sofía tenía quince años y no sentía la necesidad de conocer el mundo. Era un pájaro que no ansiaba salir del nido. Su carácter está pintado con esta observación. El doctor Busting, que era católico ferviente, daba gracias á Dios por haberle proporcionado en la vejez el consuelo de una hija en quien no se notaba ninguno de los rasgos característicos de la señorita moderna.

IV

Al cumplir Sofía los diez y ocho años, miss Fanny dió por terminada su misión, y volvió á Inglaterra entregando al doctor una joven cuya educación podía competir con la de cualquier princesa europea.

Quedaron Busting y su hija solos en su encantadora hacienda de orillas del mar. Para el doctor era demasiada felicidad ver que Sofía no pensaba nunca en salir de allí.

—Hija mía, le dijo una tarde en que paseaban juntos por el jardín, ¿no has pensado nunca en variar de vida?

—No, papá, respondió Sofía, cuya penetración era tan grande como su belleza. Ya sé lo que me quieres decir, y voy á evitarte rodeos. Me encuentro aquí tan bien, que por mi gusto no saldría nunca.

—¿De manera, observó el doctor, que te basta con mi cariño y con tus libros?

Sofía sonrió.

—También sé lo que eso quiere decir, respondió. Tengo diez y ocho años, y á mi edad las muchachas tienen novio, ¿no es eso?

Ahora el que sonrió fué el padre.

—Pues verás. Si fuéramos á Madrid, ya sé yo que tendría muchos adoradores, pero no serían el mío.

—¿El tuyo?

—Sí; uno que yo me he inventado, y que vendrá.

—A ver á ver...

—En mis libros y en mis conversaciones con *Miss*, he aprendido que las mujeres no eligen. Salen del colegio ó del regazo de su madre, y entre mil hombres que las asedian ó las adulan,

prefieren á uno; y eso, papá, no es lógico, ó como dirías tú, no es humano.

Para un hombre de talento como el doctor, este modo de discurrir que á un artista le hubiera parecido seco y frío, era una agradable novedad. Sofía hablaba como otro doctor, y Busting se veía más reproducido que nunca.

—Explícate, dijo.

—Yo, papá, continuó Sofía, amo ya, sin saber á quién.

Aquí recordó Busting aquello de que «se ama el amor y no el objeto amado.»

—Sí, no sé á quién, pero yo amo á uno que mi corazón me dice que ha de venir por mí. Es un ser ideal que no sé por qué ha de tomar figura humana; yo le espero... y si no viene, ¡cómo ha de ser! Paciencia.

El doctor cortó la conversación pensando que mis Fanny era una excelente institutriz, pero una inglesa, al fin, excéntrica en demasía.

—Si me la ha hecho romántica, decía para sus adentros mientras volvían á casa, nos ha divertido.

Porque después de todo, las ideas de Sofía no eran *prácticas*.

V

Una mañana, á mediados de Junio, cuando Sofía y el doctor acababan de almozar y se dis-

ponían, ella á pasar la ardorosa siesta tocando al piano unos valses de Kaulistz, y él á dormitar sobre el sofá escuchándolos, entró el guarda mayor de la posesión sudando como un pollo y avisó que llegaban forasteros preguntando por el amo.

Era la primera vez en seis años que venía nadie á visitar á los dueños de la finca.

La sorpresa fué grande al saber que había quien intentaba traspasar el umbral de aquel voluntario retiro, y á punto estuvo el doctor de no recibirles, pues la costumbre de estar solo le había hecho tan insociable como comunicativo era en sus tiempos de médico á la moda; pero observó que el guarda le alargaba una carta y la tomó de un tirón, como quien no quisiera haberla recibido.

Apenas vió la firma, miró á su hija, que estaba con la mano derecha apoyada en las teclas y la izquierda en lo alto del piano, y vuelta la cabeza hacia su padre.

—¡De la reina! dijo el doctor.

Sofía se levantó.

—¿Quiénes son? dijo.

—Una condesa extranjera con un hijo de veinticuatro años enfermo, respondió el doctor. La reina me los recomienda, porque según dice, vienen de Francia y de Alemania con el solo objeto de consultarme.

Y al decir esto, la vanidad que había dormi-

do seis años á la sombra de los árboles del jardín, despertó como si estuviera aún en medio de la corte, haciendo decir al sabio estas palabras:

—Juan, haz subir á esos viajeros. Sofía, prepara dos habitaciones. Anda, hija mía, anda, una recomendación así no puede desairarse.

A los diez minutos entraban en el comedor la madre y el hijo.

VI

Ella era una gran señora que conservaba los restos de una deslumbrante hermosura.

Él un interesante muchacho en cuyo sereno rostro había todas las huellas de una constante y sorda melancolía.

Después de los ceremoniosos é inevitables saludos, la madre expuso en breves frases el objeto de su visita.

—Doctor, dijo; hace ocho años que recorremos el mundo en busca de una esperanza. Mi esposo el conde de Pest murió al cumplir veinticinco años, sin enfermedad determinada. A los veinticinco años había muerto su padre; su abuelo falleció á la misma edad, recordando que su padre no había cumplido los veintiseis. En la rama paterna de Luis, se muere á esa edad, y Luis ha cumplido ya los veinticuatro. Observe usted la melancolía que le devora; tiene la con-

vicción de que antes de un año debe morir, y está ya muerto moralmente. Hemos consultado á millares de médicos, y ninguno nos ha dado la seguridad de la vida. Se nos dan probabilidades, pero no certezas. En Italia nos hablaron de usted como de Dios; la hija del embajador de España nos aseguró que le debe á usted la vida, y que no hay en Europa quien pueda darnos la palabra definitiva más que usted, sabio de todos reconocido. Venimos, pues, á que nos dé usted la vida ó la muerte; porque mi Luis no vive, y yo... ¡yo, doctor, soy su madre!

Esto, sobre poco más ó menos, dijo la viajera. En cuanto á su hijo, habló como un excéptico que espera ya la muerte cual supremo bien. Aquel hombre estaba en el caso de un reo en capilla, con la diferencia de que, según sus cálculos, debía estar en capilla ocho ó nueve meses.

El doctor les aconsejó la calma. Les ofreció casa por un mes, pues dijo que no necesitaría menos para estudiar á su recomendado. Les presentó á Sofía, de la que se deshicieron en elogios. Aquel día lo pasaron todos entretenidos en ver la posesión, en hablar de los padres y abuelos muertos, en hablar con Sofía en dos ó tres idiomas, en abrir sus baules y preparar su estancia en la casa y en respirar la fresca brisa del mar después de comer, desde el hermoso balcón del salón, oyendo cantar á los ruiseño-

res y contemplando la corba luna, que daba de lleno en el pálido rostro de Luis.

VII

La finca, como he dicho al principio, era inmensa. El doctor la recorría en su parte más pintoresca dando el brazo á la condesa que no hallaba distracción en nada.

Luis daba el brazo á Sofía, y sin notarlo, se adelantaban cincuenta ó sesenta pasos hasta perderse de vista.

Algunas veces después de un largo paseo, él solía pensar:

—¡Si yo viviera!

Y ella pensaba al mismo tiempo:

—Dios mío, ¡que viva!

En cuanto al doctor, no pensaba más que en averiguar en qué rincón de aquel cuerpo tan airoso y gallardo estaría escondida la muerte, para echarla de allí en noramala. Porque ¿cómo no había de humillar él á todos los médicos del mundo, ni cómo podía dejar de decirle á la reina su señora que la había servido.

Toda la calma y humildad adquirida en la deleitosa soledad del campo después de cuarenta años de gloria, habían desaparecido ante la presencia de una dificultad.

No podía suceder otra cosa.

VIII

Se había fijado el 1.º de Julio para la *junta de familia,* como llamaba Busting á la que pensaba tener. Aseguró á la afligida condesa y á su hijo que les diría toda la verdad, después de hacer un detenido estudio del individuo aprensivo. Inútil es decir con qué impaciente afán esperaban madre é hijo la sentencia ó la absolución, y con qué temor aguardaban las primeras horas de la mañana del día marcado.

El día llegó.

Después de almorzar, el doctor, restregándose las manos, dijo de pronto:

—¡Válgame Dios, y qué sabios hay por el mundo!

La condesa, Sofía y Luis, se quedaron mirándole llenos de curiosidad.

—Luis está para vivir mucho más que yo, que he cumplido anteayer sesenta y cinco años, exclamó el doctor dando una manotada sobre la mesa. Le he reconocido minuciosamente; no tiene lesión alguna en ningún órgano interesante á la vida. Está sano y bueno; sólo le agobia la aprensión de que se ha de morir al ser mayor de edad. ¿Y por qué? ¿Porque así le sucedió á su abuelo? ¿Hemos de convertir en ley la casualidad? ¿Vamos á creer en brujerías? ¿Seremos tan ridículos que sometamos el temperamento

á reglas matemáticas? A mí no me significa nada la historia de esas defunciones á plazo fijo; y sobre todo, díganle ustedes á su majestad, y al doctor A, y al doctor B, y á todas las eminencias de la tierra, que yo, el doctor Busting, les apuesto para dentro de veinte años doce millones de reales ganados robando víctimas á la muerte, á que el señor don Luis, mi muy querido amigo, no tiene por qué morirse á no ser que coja una pulmonía fulminante, cosa á que todos estamos expuestos, ó cualquier otra enfermedad de la que nadie está libre, pero que por ahora no denuncia síntoma ninguno.

Un triple grito exhalado de lo íntimo de tres corazones ansiosos se dejó oír en aquel momento, y el doctor recibió á la vez tres abrazos.

¡Extraña condición humana! Como si el doctor Busting fuera inapelable, su última palabra dió á la madre y al hijo una esperanza que no habían sabido darles todos los sabios de Europa en ocho años.

IX

Luis y Sofía salieron corriendo al jardín. La condesa les vió partir y no pudo menos de exclamar:

—Doctor, ha dado usted la vida á Luis.

—Como que no tiene más que aprensión.

—¿Me lo asegura usted?

—Se lo juro.

—¿Qué opinión ha formado usted de él?

—Pero no digo...

—Como hombre.

—¡Ah!

—¿Le juzga usted bueno?

—Creo que es un excelente muchacho.

—¿Cree usted que hará feliz á la mujer que ame?

—No tengo duda.

—Pues bien, doctor, ya que *va á vivir*, sépalo usted, Sofía y Luis... ¡se aman! ¿Quiere usted que los casemos?

El doctor se quedó como petrificado.

X

Entre tanto Sofía y Luis, que habían corrido como locos hasta apartarse un buen trecho de la casa, se habían sentado cerca del mar y decían:

Ella.—¿Lo ves, cobarde? ¡Vivirás! ¡Vivirás para mí!

Él.—¿Querías que con la duda de morir te expusiera á ser á un tiempo mi enfermera y mi viuda?

Ella.—¿No te lo decía yo que queriéndome sanarías?

El.—¿No esperaba yo salvarme por haberte conocido?

Ella.—Tú eres el que esperaba yo aquí sin saber si vendría.

El.—Tú eres la que veía yo como amor soñado y perdido cuando sentía las alas de la muerte rozando mi almohada.

Ella.—Vive, que eres mío.

El.—¡Si la vida eres tú!

Y se fundieron en un abrazo.

XI

El doctor había estado hablando media hora seguida, como si la condesa no le escuchara.

—¡Eso no! decía. Yo no puedo asegurar lo que está en los secretos de la Providencia!

¡Me retracto!

¡Casarle con mi hija... para que se muera dentro de seis meses!

Exponer á la hija de mí alma á la más amarga de las penas...

¡Yo no sé nada! ¡Nada! Declaro que si Sofía se pusiera mala, no me atrevería á recetarle nada. Llamaría á todos los médicos de España, pero yo... yo me confundiría, me creería incapaz de asistirla... ¡pues si es mi hija! ¡A los extraños les receto sin miedo!

Claro es que Luis no presenta síntoma ninguno de enfermedad mortal... ¡pero quién sabe! Por algo se murieron su padre y su abuelo en

fecha determinada. ¿No vemos que se hereda el carácter?

He visitado familias cuyos individuos todos padecían del corazón, del hígado ó del bazo... Supongamos que la ciencia no alcanza á ver en donde está el secreto mal de este hombre... yo al menos no le he visto... ¿soy yo acaso infalible? ¿he de sobreponer mi soberbia de sabio á mi afecto de padre? ¡Oh! eso no, ¡casar á mi hija *con un caso raro*... nada, nada, nada, no sé, no quiero saber nada, solo sé que mi hija es antes que todo!

La condesa estaba pálida, desencajada, temblorosa. No era ya la aflicción de la madre que volvía á temer por su hijo lo que predominaba en ella, era la rabia de la mujer que se veía defraudada en una esperanza suprema, engañada de la manera más insolente.

Y Sofía y Luis, que volvían á la casa, oyeron desde el jardín las destempladas voces, y escucharon.

—¡Se casarán si se aman! decía la condesa.

—¡Lo impediré á toda costa! decía el doctor.

—¡Ella le amará, aunque sepa que ha de morir mañana!

(Y Sofía en el jardín exclamaba:—¡Sí!)

—¡Él no consentirá en llamarla su esposa si yo le digo que se muere!

Y Luis en el jardín, exclamaba:—¡No!)

—¡Usted ha venido á probarme que su ciencia es mentira!

—¡Y usted ha venido aquí á robarme mi hija!

—Sostenía usted que no se hereda la muerte.

—¡Todos la heredamos!

—Va usted á matar á mi hijo.

—¡Sálvele usted si sabe!

La condesa miró fijamente al doctor, durante algunos segundos, y dijo:

—¡Sabré!

En el jardín se oían sollozos y besos.

XII

Aquella noche, un criado vino á avisar al doctor que la condesa, encerrada en su cuarto, daba grandes gritos.

Sofía andaba de un lado á otro de la casa llamando gente.

Luis golpeaba la puerta del cuarto de su madre.

Ocurría, indudablemente, una gran novedad. El doctor no podía ser sordo á la hospitalidad. Se levantó, y en unión de Fernando echó la puerta abajo.

La madre de Luis se moría.

De su enfermedad crónica no se había ocupado nadie. Luis hizo saber al doctor que su madre había estado en peligro de muerte dos veces.

Busting se arrodilló á los pies de la cama,

pronunciando en voz baja una palabra desconsoladora.

La condesa señaló hacia un papel que había sobre un velador.

Luis le cogió, leyó... y se ocultó el rostro entre las manos.

La moribunda entonces dijo al doctor en voz casi imperceptible.

—Le declaro al morir... que deshonré á su padre; así, pues, ¡no ha heredado nada!

Y antes de que el doctor hablase:

—Cuando viva y sea feliz, encargaos vosotros de decirle que he hecho el sacrificio de la honra para darle la esperanza de la vida; decidle que la condesa su madre no deshonró nunca su nombre. ¡Ya veis cómo yo he encontrado manera!

....

Y exhaló su último suspiro.

XIII

Entre el lector y el autor.

—¿Esto es una historia, un drama, un problema ó una rareza?

—Lo que usted quiera.

FIN DE «LA CIENCIA Y EL CORAZÓN»

MILORD

(MEMORIAS DE UN AMIGO MÍO)

Madrid, 1875

MILORD

(MEMORIAS DE UN AMIGO MÍO)

I

Sería una vulgaridad que yo repitiera aquí lo que todo el mundo sabe; esto es: que los perros tienen mucho talento.

Talento, sí. ¿Por qué no hemos de tener la franqueza, ó mejor dicho el valor suficiente, para declarar que un animal de cuatro pies tiene algunas veces tanto talento como uno de dos, y muchas veces *más*?

¡Pues qué, hombres! ¿pretenderéis, en general, sentir más que algunos seres á quienes la Providencia privó del don de la palabra?

Un hijo tiene mi amigo el coronel Orbienta, que nació sordo y mudo; y á pesar de haberle enseñado todo lo que á los sordo-mudos se les enseña en todos tiempos, no ha aprendido nada, absolutamente nada. Celestino (que así se llama) tiene la frente espaciosa, cuadrada, los ojos

pequeños y vivos, la mirada penetrante, los labios finos y delgados, la nariz como los reyes de la casa de Austria; nada revela en él un entendimiento apagado. De nada ha servido, á pesar de esto, que le enseñen á escribir, á pintar, á hablar por los dedos, á hacer, en fin, lo que hace el sordo-mudo más vulgar. Celestino no aprende; Celestino no hace más que comer, beber, fumar, reirse y dormir. Celestino es un imbécil.

Y en cambio ¡oh Dios! un loro que tiene el zapatero del portal de su casa, grita día y noche, con voz clara y acento iracundo: «*¡Viva la república federal!*»

Hombres, sois injustos. Os habéis empeñado en llamar instinto al talento de vuestro perro cuando os comprende sin descubriros y abusáis de su forzado silencio, que os guarda el secreto de mil conversaciones culpables.

—¡Ah!—decía en cierta ocasión una ilustre dama, tan adúltera como ilustre, al recibir un beso criminal que apasionado amante le daba—¡Ah! ¡Me aterra la idea de que quel animal (y señalaba á un hermoso perro de Terranova que presenciaba tales cosas) pudiera hablar de lo que ve!...

¡Y el perro (me lo contó el amante) alzó la cabeza y dió un ladrido!

El hombre es orgulloso por naturaleza. Su soberbia es satánica. Ha adoptado un sistema

para hacerse superior á todo: lo que no comprende, lo niega. Por eso niega que cuando las tórtolas se arrullan, se dicen muy lindas flores. Aquello no es un lenguaje, según el hombre. La *gramática de las tórtolas* no se vende en ninguna librería, *ergo* aquello no es hablar.

El ladrido del perro, que unas veces es fuerte, otras débil, unas veces alegre y otras lastimero, no está traducido á ningún idioma, y por eso lo negamos, y aún lo despreciamos. ¡Y hemos traducido á diez aquel famoso libro de Machiavelli, para aprender en él á robarnos unos á otros y á desangrarnos con toda habilidad y maña!

Considero y respeto al hombre que ha tenido la admirable paciencia de leer hoja por hoja sin perder una línea los treinta y ocho tomos de la *Historia universal* de César Cantú, desatinadamente traducida en lengua que no parece castellana. Dicho español, á quien me figuro con los ojos muy grandes y los labios muy gordos, señal evidente de buena memoria, según datos adquiridos por Gall y Lavater que llevaban en el bolsillo el alma de sus conciudadanos, habrá aprendido cómo vieron los hombres, cómo se mataron, cómo se compraron, cómo se vendieron; sabrá de memoria las quince ó veinte mil guerras en que las generaciones todas, á medida que han ido adquiriendo luces y progresos, han ido matándose con más perfección y segu-

ridad de siglo en siglo; habrá hecho, como dice el vulgo, su composición del lugar, y sabrá á qué aterherse respecto de las pasiones humanas; y sin embargo, no sabrá, no podrá, no querrá comparar sus costumbres públicas y privadas con las del más simpático de sus animales domésticos.

—Señor,—le dirá su criado,—el gato molesta á la vecindad por las noches con sus maullidos incesantes, y las quejas son muchas. Desde que empezó Enero, el gato sale al tejadillo del balcón y alborota el barrio.

—¡Echarle!—dirá el sabio con mal humor.—Regalarle á cualquiera...

¿Y por qué, ¡oh sabio impertinente? El gato ama á su manera; canta endechas de amor con una música que tú no comprendes: tú, que *finges* comprender el *saltarello* de la cuarta sinfonía de Mendelssohn (te he visto dormido en el Concierto de Monasterio, aburrido de no entender aquello); busca á su amada en la sociedad de la noche, lo mismo que tú, y hace, ni más ni menos, lo que tú hiciste en tus mocedades para que te amara tu mujer, que mal que te pese, se llama Diana, lo mismo que tu perra de caza, á quien instintivamente diste nombre de persona para llamarla de algún modo.

Tu gato no hace más que mayar, pero su amor no pasa de Enero, mientras que *tú* amaste cinco años y has acabado por separarte de tu

mujer, menos fiel que la otra Diana, á quien no puedes culpar de inconstante.

Tu gato expresa su amor de una sola manera.

Tú escribíste versos,

distes serenatas,

convidaste á comer,

rondaste la calle día y noche, molestando á la vecindad y poniéndote en ridículo.

En cierta ocasión... ¡anduviste también por el tejado!

Ahora repruebas la conducta de tu siervo felino; te declaro egoista, intolerable, déspota, *intransigente.*

Una noche, en el teatro Real, Luciano y yo (Luciano era un amigo mío, cuyo caballo, harto de malos tratamientos, le dió un par de coces tan bien pensadas, que le dejó muerto en el acto); Luciano y yo asistíamos al ensayo general de *La Africana,* verificado al comenzar el cólera en Madrid. Allí, en el mismo teatro, hubo algunos casos. Los hombres, olvidando que aquella podía ser la última noche de su vida, habían acudido, sin embargo, á gozar del espectáculo. *Un día de vida es vida,* dicen los árabes... y los españoles. Luciano participaba de mis opiniones respecto de la *ilustración* de ciertas familias del reino animal.

—¿Qué género de alimañas,—me decía—habrá tan indiferentes á la muerte como nosotros?

—Es verdad,—le dije.—En el Jardín de Plantas había (y es Buffon quien lo cuenta) dos elefantes apreciabilísimos, en honor de los cuales se verificó un concierto para ver qué efecto les producía la música. Los acordes de un violín les conmovieron hasta el extremo de hacerse el amor (eran elefante y señora) y de acariciarse arrobados.

—¿Pero no estarían enfermos? — dijo Luciano.

—No.

—Pues henos aquí á mil madrileños,—exclamó—enfermos todos, amagados de muerte. Tal vez mañana el cólera nos habrá diezmado... ¡y nos hemos puesto de veinticinco alfileres para oír á Meyerbeer!

En esto entró en su palco la señora de... la señora de su marido; ¿qué le importa á nadie su apellido? La acompañaba un marqués, su amigo... pero no, no digo verdad; repugno la mentira y me declaro delator. La acompañaba su amante, el hombre á quien todos señalábamos como tal; porque la deshonra del marido de aquella señora era un secreto que guardábamos seiscientos mil habitantes de la villa y corte, puestos de acuerdo sin previo aviso para no hablar nunca de tales cosas ni á ella, ni á él, ni *al otro*.

—Luciano,—le dije á mi amigo—me acuerdo en este momento de un hecho descubierto por

Büchner, y que han referido todos los periódicos alemanes.

—¿A ver?

—Parece ser que en las cercanías de una quinta de Weddendorf se reunieron varias cigüeñas, y después de gritar desaforadas durante mucho rato, condenaron á otra cigüeña por adúltera. El macho y las demás cigüeñas la mataron á picotazos y la echaron del nido, materialmente despedazada.

Luciano se echó á reir mirando al palco de nuestra amiga, pues amiga nuestra era la cigüeña ilustre á quien nunca pensamos en echar de su nido. Luciano dudaba de esta noticia que le dí, como dudará el lector, á pesar del testimonio que puedo presentarle. Es un hecho referido en todas las obras de darwinismo últimamente publicadas.

Sí, lectora incrédula, lector vanidoso; somos muy soberbios *los que hablamos;* yo declaro que hay seres *inferiores* más apasionados, sensibles, leales, reconocidos, consecuentes y agradecidos que nosotros.

Mi padre, que Dios haya, murió once años há; á los cuatro años ninguno de sus parientes llevaba luto, ninguno conservaba ya en el rostro esa expresión de dolor que deja hondas huellas para mucho tiempo.

Y *Milord* no se ha quitado el luto todavía.

....

II

— *Usted hará lo que quiera y yo lo que debo.*

Así decía el defensor de Zaragoza, contestando á la breve intimación del general francés.

Lo mismo, exactamente lo mismo, nos dijo *Milord* en las puertas del cementerio.

Perro inglés, alma grande, carácter severo: color castaño oscuro, ojos claros, serenos, reposado andar, cola inmóvil, ni una sola mancha: éste era *Milord*.

Y muy bien llamado fué. Tenía la mirada de Nelson: como él, pudo decir al ver caer la última paletada de tierra sobre el féretro de su amo: «He cumplido con mi deber.»

No murió con su amo porque no supo suicidarse. Lo intentó: os lo juro.

Habéis de saber que *Milord* había nacido en mi casa y recibido en ella su educación.

¡Ah! ¿Os reís?

No importa.

Acompañó á mi padre en la primera salida que hicieron los zaragozanos contra los franceses que pusieron sitio al pueblo inmortal.

Las tropas de Lefebre se aterraron ante aquel valor incomprensible. No llegaban á cien escopeteros los que se atrevieron, no ya á comenzar la defensa de aquel recinto sin murallas ni artillería, sino á *salir* contra los gabachos.

Volvieron diezmados.

Milord trajo entre los dientes los faldones de un lancero polaco.

Se asegura, y es lástima que la historia no lo haya consignado en sus gloriosas páginas, que *Milord*, en los momentos más horrorosos del sitio, hizo dos grandes cosas.

Alentó con fuerza durante una hora sobre el rostro de un muchacho de catorce años, que estaba tendido en el suelo y sin vida.

¡*Milord* quería volverle á la vida!

Arremetió con el general Verdier y le mordió en una pantorrilla.

Tiene una cicatriz en el lomo.

¡Oh! ¡Si se pudiera recordar todo lo que este consecuente liberal hizo en su vida, podríase hacer un libro muy curioso!

Era costumbre en mi casa, montada á la antigua, que apenas llegaba el jefe de la familia, que pasaba la mayor parte del día fuera, se sirviera la sopa. De manera, que apenas sonaba la campanilla (y sonaba siempre á las seis en punto de la tarde), ya el criado se presentaba en la puerta del comedor con la sopera en la mano, y la familia ocupaba todos los asientos, esperando á que mi señor padre colgara capa y sombrero en una percha y se presentara en el comedor, con su gravedad, proverbial en la tierra.

Milord comía á su lado.

Un día, eran las seis y mi señor padre no venía. La campanilla no sonaba. *Milord*, impaciente, corría desde el comedor á la puerta de la calle y viceversa; tenía inquietud y hambre. Una de las criadas salió, y al abrir la puerta, *Milord*, rápido como el rayo, sale á la escalera, levanta una pata, la mete por el anillo en que terminaba la cadena que hacía veces de cordón de la campanilla; ésta suena con estrépito, la familia acude al comedor y *Milord* hace lo mismo. El criado aparece con la sopa... ¡Oh, ingenio malogrado, animal sapientísimo! Nos contentamos con celebrar aquel rasgo de ingenio, pero ni comimos ni le dimos de comer al ingenioso, esperando al amo, que vino tarde, regañando porque le habíamos esperado.

A las once de la noche de un Viernes Santo se prendió fuego á la biblioteca de mi tía, una señora erudita é inaguantable. Dormíamos todos profundamente. El fuego cundía, las llamas inundaban el cuarto...

Milord ladraba como un desesperado. Mi padre despierta furioso, y se levanta para castigar al escandaloso animal que así turba el silencio de la noche... Diez minutos más y no hubiera habido remedio para nosotros.

La prensa elogió desmesuradamente la serenidad de mi padre en el incendio, el valor de un criado, que contribuyó poderosamente á extinguir el fuego. Del perro... ¡nadie dijo nada!

Bien lo comprendió y lo deploró el pobre, y se vengó como pudo. Durante un mes, en cuanto oía el ruido producido por el periódico que el repartidor introducía por debajo de la puerta, se abalanzaba al papel y lo hacía pedazos con la boca y las uñas.

Enfermó mi padre. Agravóse su mal, que duró cerca de dos años; dos años, durante los cuales el perro no se separó de la cabecera ó de los pies de la cama.

El médico venía dos veces todos los días; en cuanto llegaba, poníase de pie *Milord,* lamía las manos del doctor, subíasele encima, movía la cola con rapidez vertiginosa, ladraba, aullaba, hacía, en fin, todas las demostraciones de cariño que le eran permitidas.

Después, cuando el doctor pulsaba al enfermo y auscultaba los latidos del corazón, centro de la enfermedad, el perro se quedaba inmóvil, mirando fijamente al doctor, queriendo adivinar lo que éste pensaba; luego le acompañaba hasta la puerta; volvía después á la alcoba, y lamía cariñosamente la mano que mi buen padre le tendía... ¡No ladró en aquellos dos años!

Llegó el día fatal, término de la vida. Morir el enfermo y comenzar la desesperación del fiel amigo, fué una misma cosa. Llorábamos todos á gritos, y él ladraba con furia, subía sobre la cama, olfateaba el cadáver y se arrojaba al suelo, y tomando carrera desde el principio al

fin de un pasillo, se daba con la cabeza contra la pared; y habríase hecho pedazos si los criados, compadecidos, no le hubieran cogido y atado, como á persona loca furiosa.

El entierro fué al día siguiente.

El dolor de *Milord* llegó hasta la irreverencia, hasta la profanación.

Sin respetos humanos ni divinos, sin temor á los puntapies que los sacristanes le dieron y de los que desistieron por fin, para no aumentar el escándalo, *Milord* rompió la fila de deudos y amigos que formaban el duelo, asaltó el catafalco y se tendió sobre el féretro. ¡Espcetáculo extraordinario, nunca visto, desagradable y conmovedor á un tiempo! Con ese aullido tristísimo y desolador con que los perros hienden el aire cuando olfatean la proximidad de un cadáver, interrumpió sin cesar el *De profundis*, y ridiculizó la solemnidad de la ceremonia.

Condujeron el cadáver al camposanto. La comitiva cumplió con el último deber y se retiró. *Milord* se quedó allí, oliendo la tierra, arañándola con las uñas, aullando tristemente. Después, fatigado, rendido, se tendió sobre la fúnebre losa, pegó el hocico á la tierra, y allí se quedó... ¡y allí está todavía!

Sí; al cabo de once años, yo he vuelto á visitar la tumba de mi padre.

Después de once años de ausencia he vuelto á mi país, y la primera visita ha sido al cemente-

rio. ¡Y allí, tendido al sol y sobre la losa que cubre los huesos del hombre que me dió el ser, he encontrado á su amigo mejor, á su más consecuente allegado!

No pude contener un grito de asombro.

El sepulturero arreglaba un montón de tierra cerca del sitio en que yo me hallaba. Le pregunté de quién era aquel perro.

—Ahora, mío,—me dijo;—porque antes era de un señor que se murió, *lo cual* que está ahí enterrado, y este perro se vino aquí el día del entierro y no ha querido salir del cementerio. En mi casa come, y ahí se pasa el día, tumbado encima de la losa.

Milord no me había reconocido. Los naturalistas aseguran que el perro conserva durante mucho tiempo memoria de personas con quienes más íntimo contacto tuvo. Pero ¿no es verdad que un gran dolor puede producir la estupidez, el idiotismo? ¿No pudo *Milord* haber perdido la memoria?

No me reconoció; pero al ver en mí un forastero que llegaba delante de aquella tumba solitaria, y se descubría, y arrodillándose sobre la fría losa rezaba y lloraba, se levantó pausadamente, se acercó á mí con lento paso, y lamiéndome, silencioso, rostro y manos, me consideró como hermano y me acarició como compañero.

. . . .

. . . .

Así decían las Memorias de mi amigo Javier, que me dió el grato encargo de publicarlas comentadas como mejor me pareciera; y tengo el honor de ofrecerlas á la voracidad del lector, para su conocimiento y demás efectos.

FIN DE «MILORD»

INÉDITO

Estas redondillas, dirigidas á D. Nicolás María Rivero, las compuso Eusebio Blasco en 1869, en cuyo año fué aquel Ministro de la Gobernación á Barcelona con motivo de la fiebre amarilla. El malogrado poeta, entonces secretario particular de Rivero, no quiso ir á Barcelona y presentó la dimisión de su cargo.

Amigo Don Nicolás:
esta vida me atormenta
y esto no me tiene cuenta;
me voy, y no vuelvo más.

Confieso desengañado,
que contra lo que creí
no puedo vivir así,
no sirvo para empleado.

Me carga esta sujeción
y estar aquí noche y día;
odio la secretaría
que parece una prisión.

El expediente y la nota,
y la instancia, y el traslado
me tienen desesperado;
¡como que no entiendo jota!

No sirvo para vivir
entreteniendo á la gente,
lo declaro francamente,
no puedo, no sé mentir.

Cuanto veo en mi redor
es rutinario y vulgar,
si á esto llaman gobernar
no he visto nada peor.

Mi carácter no se presta
con esta vida de prosa,
mi existencia ayer dichosa
comienza á serme molesta.

He visto en estas regiones
tanta bajeza en pedir,
tal hambre y sed de subir,
tantas recomendaciones,

tanto encubierto enemigo,
que carnecido de envidia
pide armas á la perfidia
para engañar al amigo,

tanto patriota soez,
valiente en tiempos de paz,
tanto aventurero audaz
que vive aguardando vez,

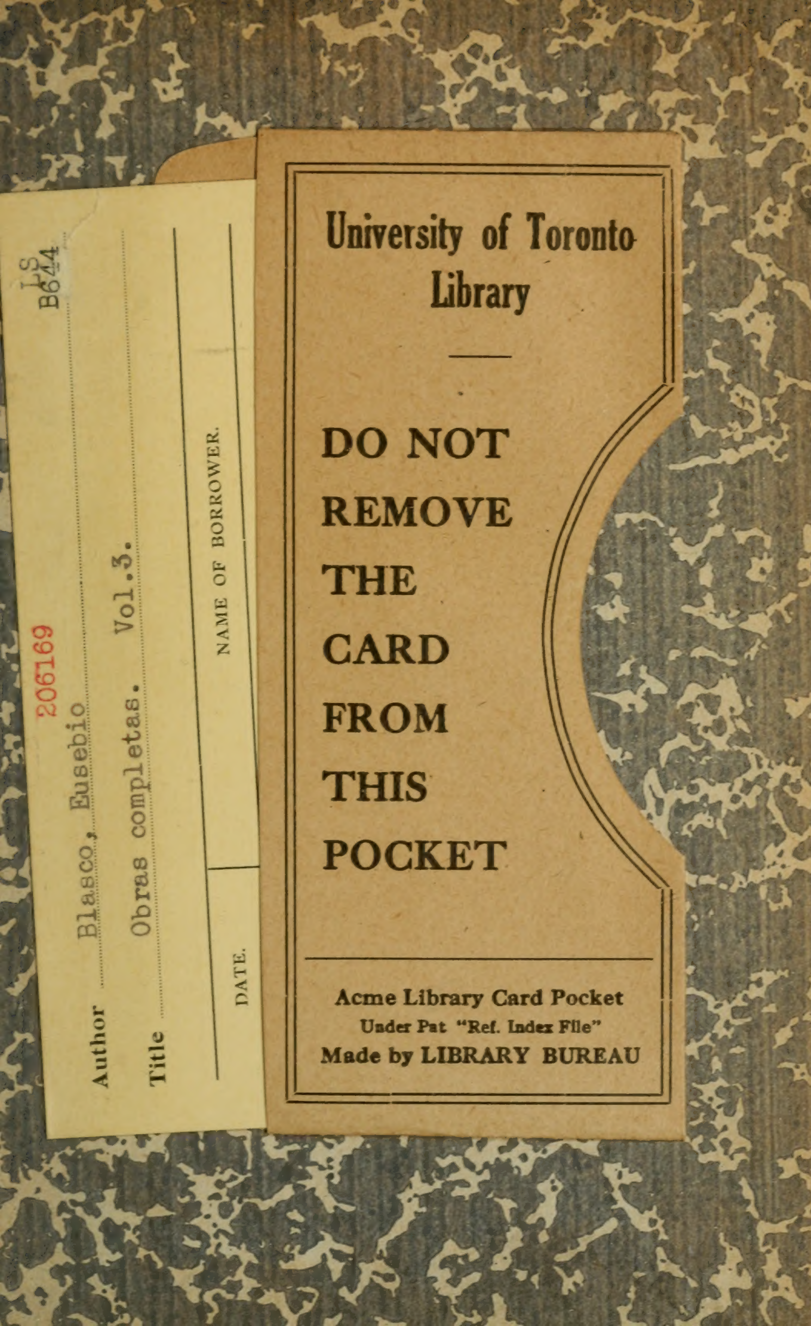
y tanto y tanto ¡ay de mí!
en punto á cosas odiosas,
que, lo confieso, estas cosas
no se han hecho para mí.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

Páginas.





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS
B644
206169
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol.3.
NAME OF BORROWER.
DATE.

